

La Esfera



ONTAÑON:

Precio: Una peseta

PRENSA GRAFICA, S. A.

Editora de "Mundo Gráfico", "Nuevo Mundo" y "La Esfera"
HERMOSILLA, 57.-MADRID ♦ PRECIOS DE SUSCRIPCION (Pago anticipado)**Mundo Gráfico**

(APARECE TODOS LOS MIÉRCOLES)

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas:

Un año.....	15
Seis meses.....	8

América, Filipinas y Portugal:

Un año.....	18
Seis meses.....	10

Francia y Alemania:

Un año.....	24
Seis meses.....	13

Para los demás Países:

Un año.....	32
Seis meses.....	18

Nuevo Mundo

(APARECE TODOS LOS VIERNES)

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas:

Un año.....	25
Seis meses.....	15

América, Filipinas y Portugal:

Un año.....	28
Seis meses.....	16

Francia y Alemania:

Un año.....	40
Seis meses.....	25

Para los demás Países:

Un año.....	50
Seis meses.....	30

La Esfera

(APARECE TODOS LOS SÁBADOS)

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas:

Un año.....	50
Seis meses.....	30

América, Filipinas y Portugal:

Un año.....	55
Seis meses.....	35

Francia y Alemania:

Un año.....	70
Seis meses.....	40

Para los demás Países:

Un año.....	85
Seis meses.....	45

NOTA

La tarifa especial para Francia y Alemania es aplicable también para los Países siguientes:

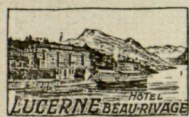
Argelia, Marruecos (zona francesa), Austria, Etiopía, Costa de Marfil, Mauritania, Niger, Reunión, Senegal, Sudán, Grecia, Letonia, Luxemburgo, Persia, Polonia, Colonias Portuguesas, Rumania, Terranova, Yugoslavia, Checoslovaquia, Tínez y Rusia.

CONSERVAS TREVIJANO
LOGROÑO**MARAVILLOSO**
Y PRODIGIOSO INVENTO

LOS CABELLOS BLANCOS tomarán su primitivo color natural á LOS OCHO DIAS de usar el INSUSTITUIBLE **ACEITE VEGETAL MEXICANO**, PREMIADO GRAND PRIX, CRUCES Y MEDALLAS. No mancha absolutamente nada, y por eso se usa con las mismas manos, como cualquier BRILLANTINA. El uso de este ACREDITADÍSIMO artículo no es para teñir los cabellos de tal ó cual color: es únicamente para devolver á los CABELLOS BLANCOS á su primitivo COLOR NATURAL, CON TODA GARANTIA, hayan sido éstos RUBIOS, CASTAÑOS ó NEGROS, sin que nadie pueda ni imaginarse que estén teñidos. Se garantiza también que no se caen los cabellos con su uso. Se vende en todas las perfumerías de España. Precio, 6 y 10 pesetas. Con uno de los de á 10 pesetas hay cantidad suficiente para un año de uso. Concesionarios: «La Florida, S. A.», Juan Martín y E. Durán.

ESCUELA BERLITZ Arenal, 24**ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS**

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán é italiano
CLASES GENERALES E INDIVIDUALES * TRADUCCIONES

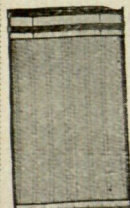
**HOTEL BEAU-RIVAGE LUCERNA**

De primer orden - Modernizado - Baños particulares - Precios módicos
Vista incomparable sobre el Lago y los Alpes. C. GIGER, Dtr. Propietario



Lea Ud. "Nuevo Mundo"

Fábrica de somniers de hierro y madera
(Sistema patentado)

FRANCISCO CALVO MARIN

Casa fundada
en 1895,
primera de esta
industria
establecida en la
plaza

Gran Vía, 25
GRANADA



CAMISERÍA
ENCAJES
BORDADOS
ROPA BLANCA
EQUIPOS para NOVA

ROLDÁN

FUENCARRAL, 85

Teléfono 13.443. - MADRID

ESTUDIO DE ARTE FOTOGRÁFICO**WALKEN**

Sevilla, 16, MADRID

Con los cosméticos y las cremas no se consigue transformar el cutis, sino ocultar momentáneamente sus defectos

Sin embargo, con un tratamiento sencillo y especial puede usted misma hacer que el cutis ajado recobre su pureza y hermosura.

EL tratamiento de Elizabeth Arden se funda en tres principios: LIMPIAR, TONIFICAR, NUTRIR.

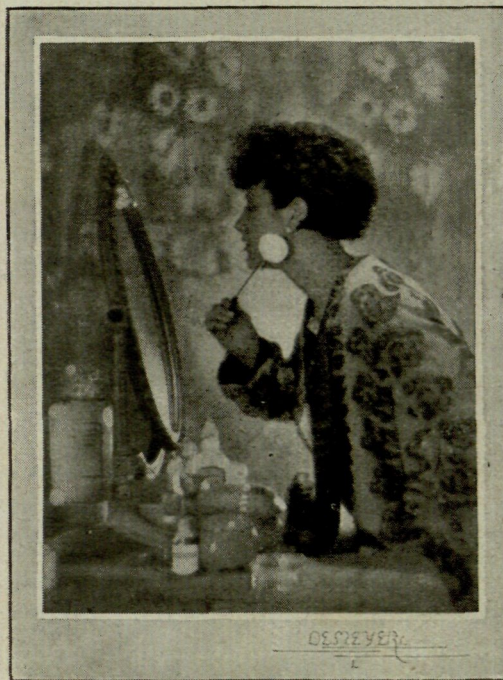
LIMPIAR: La *Venetian Cleansing Cream* destruye las impurezas que originan espinillas y otros defectos de la piel, y extrae de los poros el polvo.

TONIFICAR: Con el uso de la *Ardena Skin Tonic*, poderoso astringente que contrae los poros, da al cutis nueva firmeza y activa la circulación en los tejidos, y finalmente

NUTRIR éstos, con el empleo de *Orange Skin Food* y la *Velva Cream*, que al alimentar la piel debilitada y reseca proporciona al cutis extraordinaria frescura y evita al mismo tiempo las arrugas.

Emplee usted misma, señora, el procedimiento Elizabeth Arden. Unos minutos por la mañana y por la noche en su tocado diario, á él dedicados, la garantizan resultados verdaderamente maravillosos en poco tiempo.

Pídase por escrito un ejemplar de «En Pos de la Belleza», folleto de Elizabeth Arden, en el que se describe detalladamente cómo cuidar el cutis.



ELIZABETH ARDEN recomienda estos preparados para que usted misma, en su tocador, pueda cuidarse el cutis:

Venetian Cleansing Cream. Crema que se disuelve rápidamente al calor de la piel y penetra hasta el fondo de los poros, sacando de ellos las impurezas. Se recomienda para el tocado nocturno y el de la mañana.

Venetian Ardena Skin Tonic. Tónico astringente para dar al cutis una suave firmeza y transparencia. Se usa combinado con la anterior preparación.

Venetian Orange Skin Food. Reconstituye los tejidos debilitados, da firmeza á las facciones y fortalece el cutis, evitando ó haciendo desaparecer las arrugas.

Venetian Velva Cream. Una crema deliciosa para cutis excesi-

vamente sensibles. Proporciona á la piel la nutrición necesaria para evitar el desarrollo de la grasa en los tejidos.

Venetian Special Astringent. Compuesto de esencias astringentes, tiene la propiedad de contraer los tejidos laxos, vigorizando las facciones. Su empleo es de resultados maravillosos para caras enflaquecidas rápidamente, pues vigoriza la flojedad de la piel.

Polvos de Flores. Polvos de absoluta pureza y finura y delicioso aroma. Se adhieren á la piel y no causan nunca esa desagradable sensación de tirantez del cutis, dejándolo aterciopelado y con suave tonalidad. La extensa serie de colorido en que se fabrican permite elegir el tono deseado.

Las preparaciones de Elizabeth Arden se encuentran en las mejores y más elegantes perfumerías

MADRID: H. Alvarez Gómez, Sevilla, 2
Perfumería Inglesa, Carrera San Jerónimo, 3
Perfumería de Urquiola, Mayor, 1
Perfumería Cendoya, Sevilla, 8 y 10
Miguel Esteban, Serrano, 48

BARCELONA: Comercial Anónima Vicente Ferrer, Plaza
Cataluña, 1, y Ribera, 2

BILBAO: Zunzunegui, Heros 32-1

SANTANDER: Viuda de Díaz, «Villafranca», Blanca, 15

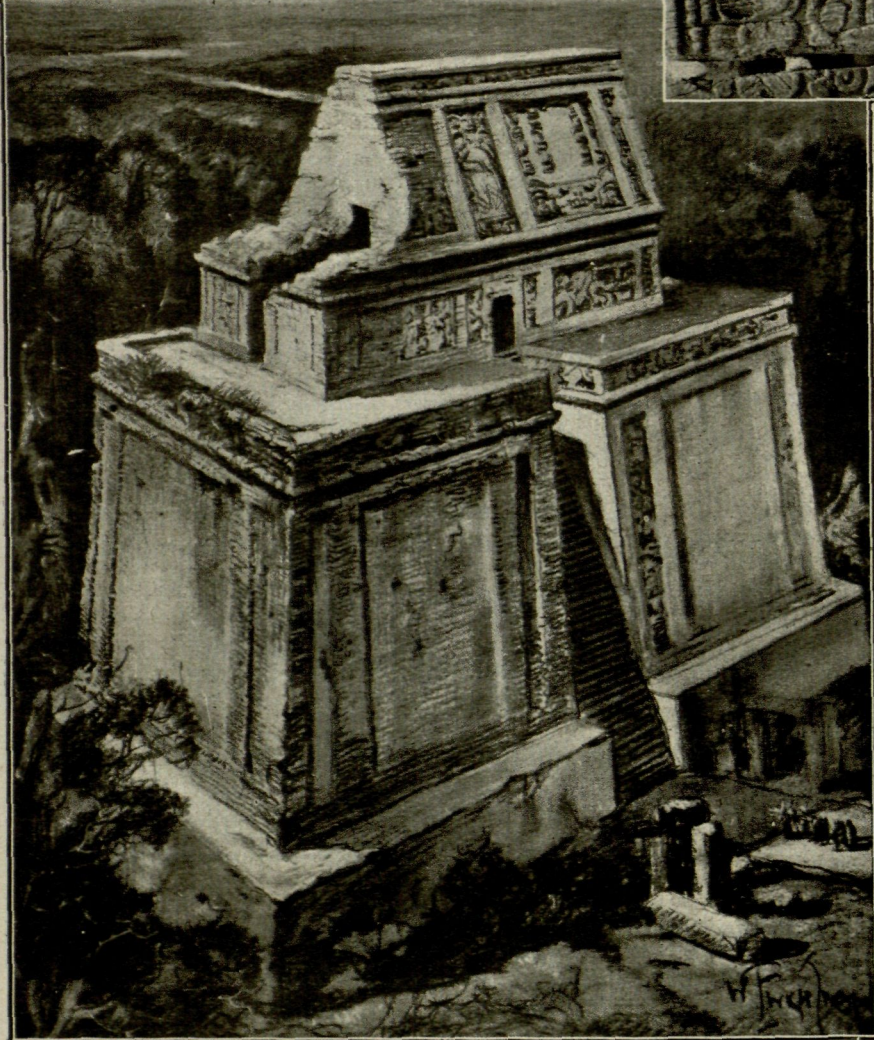
ELIZABETH ARDEN

París, 2, rue de la Paix
Nueva York. 675 Fifth Avenue

Londres, 25, Old Bond Street
Biarritz, 2, rue Gambetta



UN IMPORTANTE DESCUBRIMIENTO



Templo azteca descubierto en Yucatán

Uno de los hallazgos arqueológicos más importantes de estos últimos tiempos acaba de ser realizado en Yucatán por el doctor Gann, conocido explorador de la América Central. En la parte más abrupta y selvática de la Península, y cubiertas por espesísima vegetación, han sido exhumadas las ruinas de un templo azteca, cuya antigüedad, según rezan las inscripciones murales, se remonta á cuatro siglos antes de la Era Cristiana. La elevación total de este templo, erigido sobre dos colosales subestructuras de mampostería, y al que daba acceso una escalinata de mármol de cuatrocientos esca-

lones, debió ser de cerca de setenta metros. Los muros exteriores del santuario, cubiertos de estuco, conservan aún en muchas partes restos de pinturas decorativas y simbólicas. Contrasta con las enormes dimensiones del templo las en extremo reducidas de las cámaras interiores, la principal de las cuales apenas mide un metro cuadrado. Nuestro grabado reproduce un dibujo reconstructivo de este edificio religioso, el de mayores dimensiones descubierto hasta ahora en la América precolombina, y que hubo de trazarse á la vista de las ruinas uno de los miembros de la Comisión exploradora.

Libros nuevos

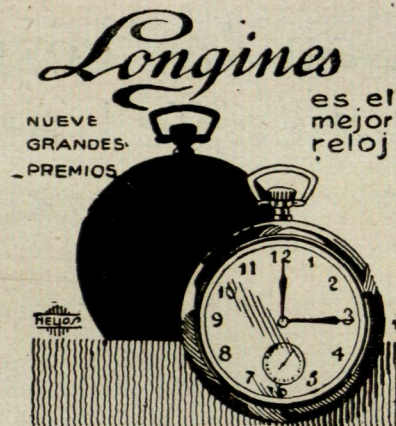
La educación en la familia y en la escuela, por J. Renault, inspector de primera enseñanza, en Bélgica. Constituye el primer tomo de la «Nueva Biblioteca Pedagógica».—Madrid. Editorial Páez.

MAJESTIC HOTEL INGLATERRA
BARCELONA. Paseo de Gracia. Primer orden.
Precios moderados. El más concurrido.

—*El Rey del Río de Oro*, por John Ruskin. Versión del inglés por García Morán.

El autor de este relato, que se halla profusamente extendido por casi todas las naciones, especialmente por las que hablan el idioma de Shakespeare, en las que no hay escuela ni familia donde no se lea y saboree con fruición, es el más grande y el más universal de los escritores ingleses que vieron la luz en el siglo XIX.

—*Del desastre á la victoria*, 1921-1926. *Alianza contra el Rif*, por el competente y notable africanista D. Francisco Hernández Mir. Librería Fernando Fe, Madrid.



—*Sangre sobre el Ara*, novela, por Juan A. Cabezas. «Editorial Covadonga», 1926.—Es un libro, ante todo, lleno de sinceridad juvenil, y escrito, como proclama su autor, en un breve prólogo, con un «estilo bárbaro», para significar que fué trazado con el corazón más que con el cerebro, teniendo presente las palabras que el gran poeta alemán pone en boca de Fausto, el genio atormentado por el Enigma, dirigidas á su fámulo, estudiante aficionado á la retórica: «Nunca podrás influir sobre los hombres si tu elocuencia no parte del corazón.»

—*La princesita de los brezos*.—Como la anterior, un tomo igualmente de «La Novela Rosa». Editorial Juventud, S. A., Barcelona.

La princesita de los brezos es novela de gran originalidad por su estilo y fino humorismo, que no se aparta nunca de la línea trazada entre lo elegante y lo grotesco.

HOTEL INGLATERRA

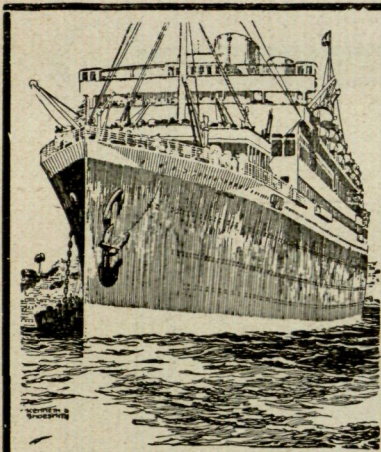
De primer orden — GRANADA

—Juan Guixé, el notabilísimo periodista que tan habituados nos tiene á discernir sobre el panorama intelectual de los problemas de España, acaba de publicar un interesante libro que responde al título de *Sensibilidad Española*. Editorial «Atlántida».—Madrid, 1927.

—*Aurette*, por Henry Greville. Novela publicada en la colección «La Novela Rosa». Editorial Juventud, S. A. Barcelona. Greville nos presenta en esta novela á una linda joven en lucha con los prejuicios familiares, obstáculo casi invencible para la consecución de su felicidad. Una novela de diálogo fresco, ameno y espontáneo, que será bien acogida por el público de estas lecturas.

—*Montserrat*, por Aurelio G. Rendón. Primera obra escrita en el mundo para ser publicada por «Radiotelefonía». Novela de copiosa lectura, muy narrativa, sin amagos de folletín. Ha sido editada ésta por Fomento Comercial del Libro. Barcelona.





MALA REAL INGLESA

SALIDAS REGULARES DE LOS MAGNÍFICOS VAPORES SERIE "A"
DE LA CORUÑA, VIGO Y LISBOA PARA AMERICA DEL SUR

CRUCEROS REGULARES A LOS FIORDS DE NORUEGA

DURANTE LOS MESES DE JUNIO, JULIO Y AGOSTO
POR LOS MAGNÍFICOS VAPORES

"ARCADIAN" Y "ARAGUAYA"

PARA TODA CLASE DE INFORMES DIRIGIRSE:

Madrid: MAC ANDREWS Y C.^a, LTDA., Marqués de Cubas, 21.
La Coruña: RUBINÉ E HIJOS, Real, 81.
Vigo: ESTANISLAO DURÁN, Avenida de Cánovas del Castillo.

Concha Espina publica en el número de esta
semana de

NUEVO MUNDO

una de sus más interesantes novelas cortas.
Emilio Carrère, Montero Alonso, José
Francés, Inestal, Tapia, Estévez-Ortega,
Martínez Olmedilla, López Núñez y otros

notables escritores ofrecen también artículos
y poesías muy interesantes.

NUEVO MUNDO

obtiene cada día mayor éxito por sus trabajos
literarios y su completa información gráfica.
Cincuenta céntimos ejemplar en toda España

Obra nueva del
Dr. Roso de Luna

LA ESFINGE.—Quiénes
somos, de dónde venimos
y adónde vamos.—Un to-
mo en 4.º Precio, 7 pesetas.

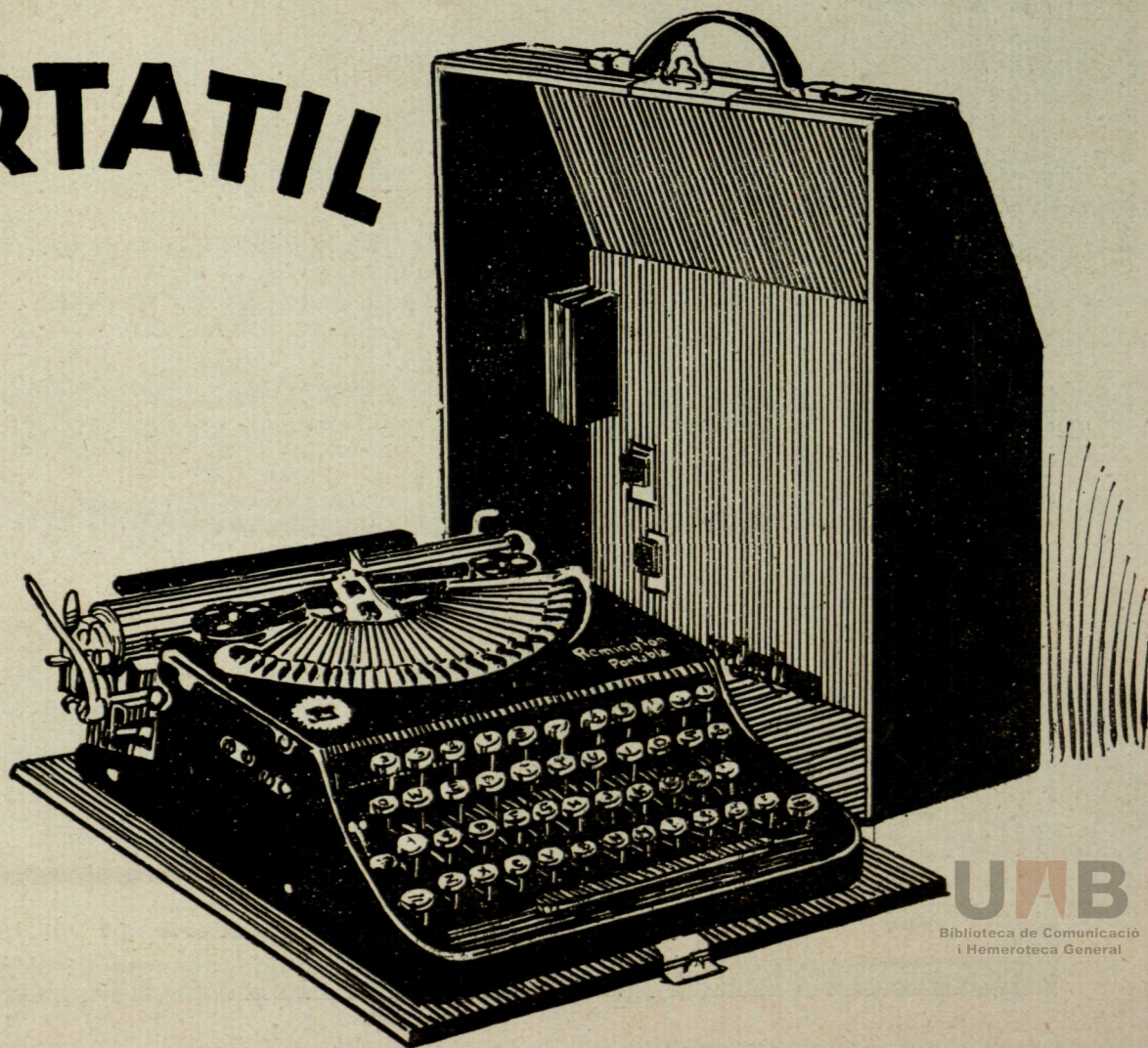
El elogio de esta notable
obra de las 30 ya publicadas
por este polígrafo, está he-
cho con sólo reproducir su
índice, á saber:

Prefacio.—El Edipo hu-
mano, eterno peregrino.—
Lo epiciclo de Hiparco y los
«ciclos» religiosos.—Las hi-
póstasis.—Kaos-Theos-Cos-
mos.—Complejidad de la hu-
mana psiquis.—Más sobre los
siete principios humanos.—
El cuerpo mental.—El cuer-
po causal.—La superviven-
cia.—La muerte y el más allá
de la muerte.—Realidades
«post mortem»: la Huestia-
Arcana-coelestia.

De venta en casa del autor
(calle del Buen Suceso, nú-
mero 18 dupl.) y en las prin-
cipales librerías.

REMINGTON

PORTATIL



UAB
Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General



La ropa interior

LAS muchachas del día cuidan exquisitamente de su fina ropa interior. LUX, solo LUX, puede lavar sin peligro de estropearlas esas deliciosas prendas íntimas, tan leves y frágiles, dándolas el aspecto de recién llegadas de la tienda.

Los copos LUX, brillantes y suaves, se disuelven instantáneamente en el agua, formando una espuma jabonosa que limpia de manera impecable, pero suave, sin tener que restregar para nada esos tejidos tan finos.

Compre usted el nuevo paquete grande LUX y lave con el su ropa interior, medias de seda, etc.



395

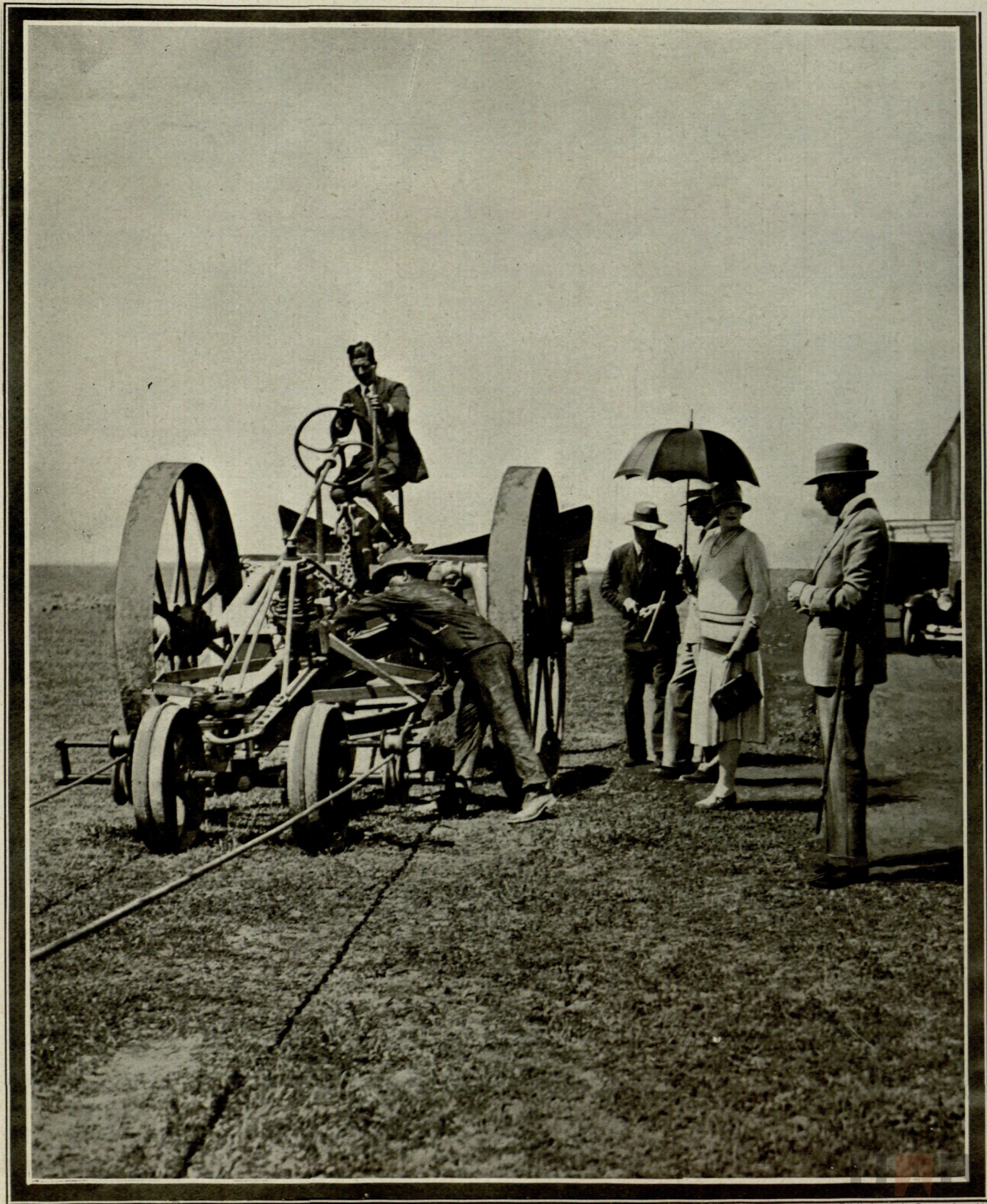
LEVER BROTHERS LIMITED,
PORT SUNLIGHT, INGLATERRA.

LUX

JABON EN COPOS PARA TEJIDOS
DELICADOS

Paquete grande . . 1,00 peseta
» pequeño . 0,50

UAE
Biblioteca de Comuni
i Hemeroteca Gene



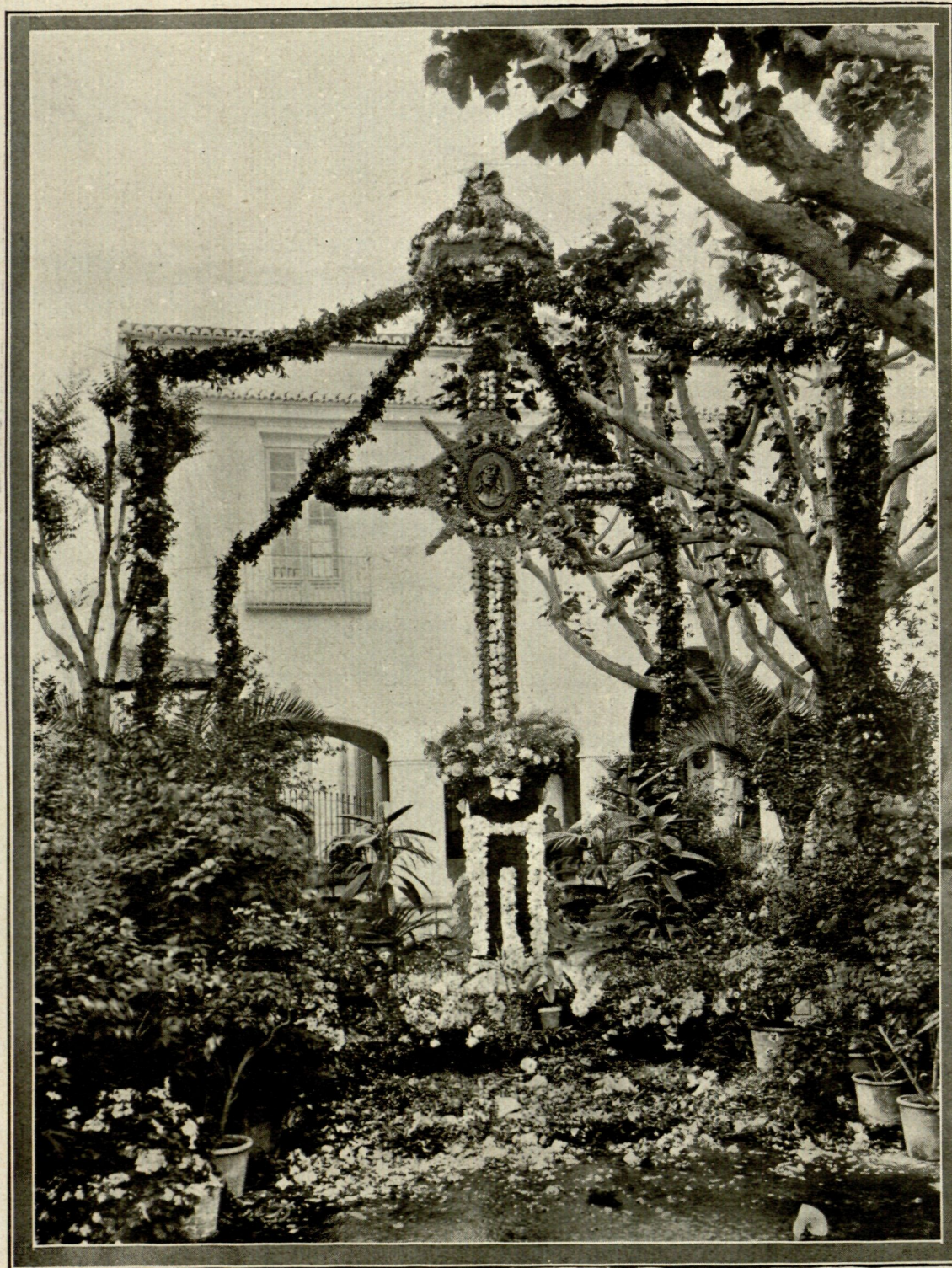
Una nota de la estancia de los Soberanos españoles y los Príncipes ingleses en Sevilla

Sus Majestades los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria, con el Príncipe de Gales y el Príncipe Jorge, visitaron, durante su reciente estancia en la magnífica ciudad andaluza, los terrenos de la Isla Menor, dedicados al cultivo del algodón. Son las primeras plantaciones que de este género se establecen en España. En nuestra página aparecen las augustas personas contemplando una de las modernas máquinas que se utilizan en la Isla Menor para la roturación de las tierras vírgenes.

(Fot. de nuestro enviado Sr. Campúa)

Biblioteca de Comunicación
i Hemeroteca General

VALENCIA INUNDA DE FLORES SUS MAS POPULOSAS BARRIADAS EN TRIBUTO A LA TIPICA FIESTA DE LA CRUZ DE MAYO

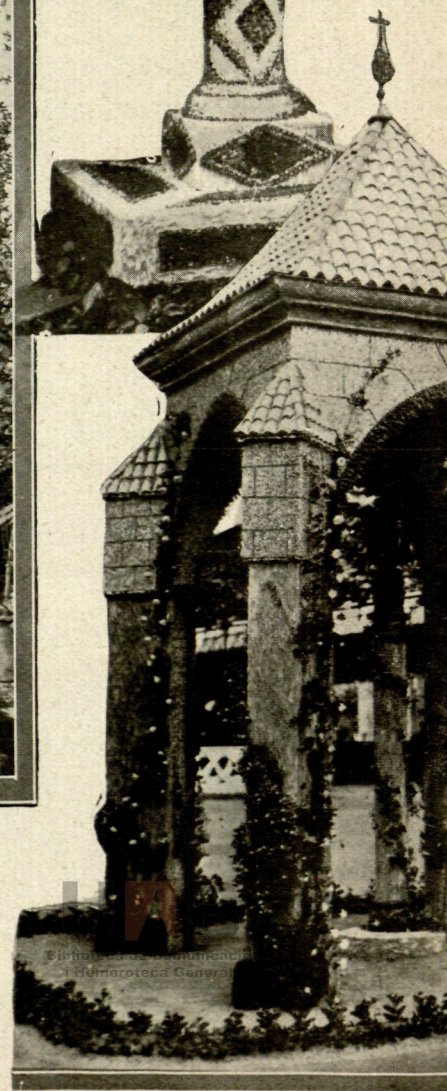


Cruz del patio del Hospital Provincial

En estos días, Valencia, la hermosa población, lujuriante de aromas y esplendores, es como una flor inmensa de arracimados pétalos que vierten su fragancia en las calles... Fiesta galana de maravilla y poesía, síntesis de paz y amor; entre el azul de su cielo y la tierra embebida de perfumes, una Cruz de flores despierta el corazón hacia un concepto redentor y simbólico...



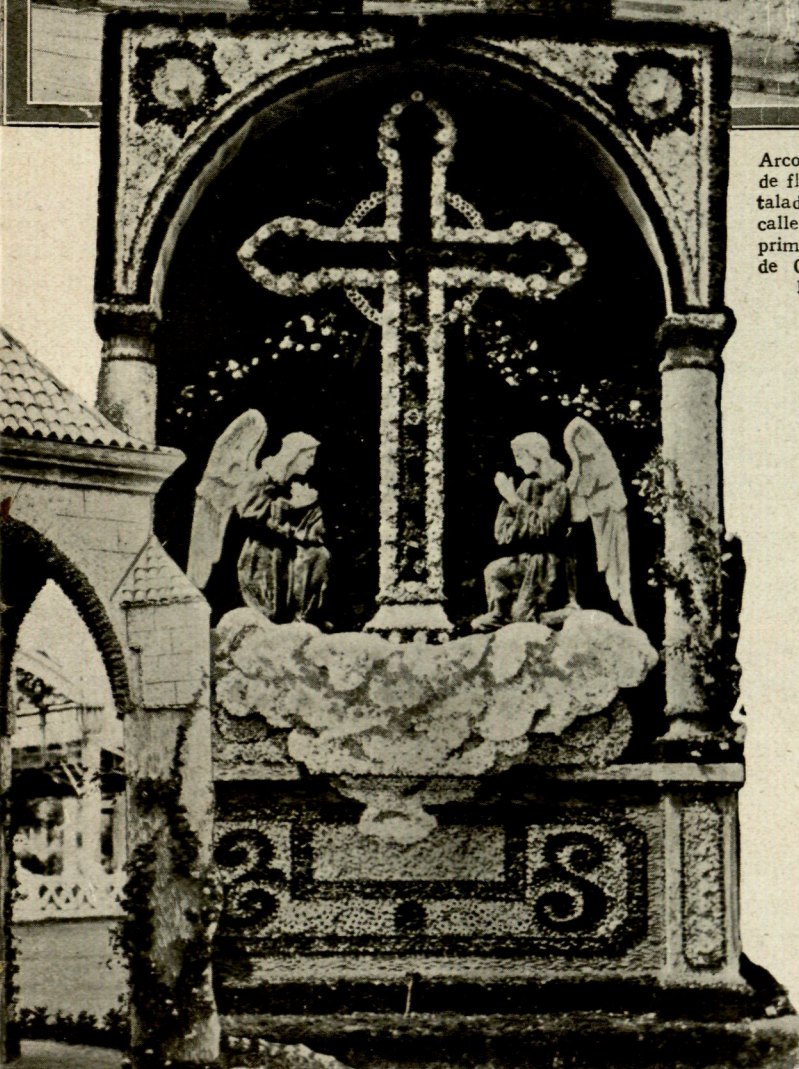
Cruz del Centro Escolar y Mercantil



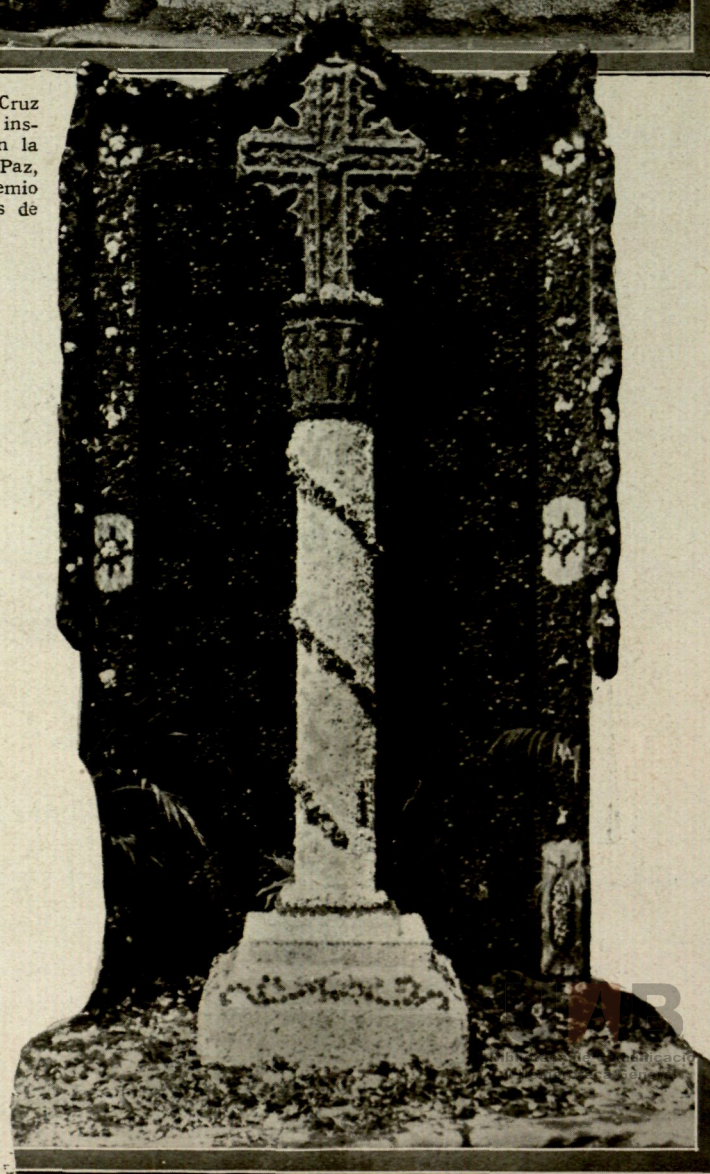
Cruz del Ayuntamiento, instalada en los Viveros



Arcos y Cruz
de flores, ins-
talados en la
calle de la Paz,
primer premio
de Cruces de
Mayo



Otra Cruz del Ayun-
tamiento, instalada
en la fachada de las
Casas Consistoriales



Cruz de la parroquia
de San Bartolomé
(Fots. Barberá Masip)



Pozo de la casa de Iván de Vargas, donde sirvió de criado San Isidro Labrador. La casa de Iván, tan llena de recuerdos tradicionales, es hoy propiedad del ilustre catedrático D. Rafael Forns, que la ha convertido en un verdadero museo de Arte

EL PATRONO DE MADRID LA GLORIFICACIÓN DE LA HUMILDE TAREA COTIDIANA

ISIDRO Y LAS AVECILLAS

ISIDRO es un hombrecito tímido, callado, ingenuo, pueril y candoroso. Es el arquetipo del labrador castellano, sumiso, sobrio, resignado y fiel. Es un alma de Dios, un bendito, simple como una yerbezuela ó una florecilla. Sus manos se agarraban al arado mientras su espíritu ardía como una candelita del Señor. Tiraba en el surco la pródiga simiente que da pan al hombre, y su vida fué oración y trabajo; es decir, tarea celestial y humana. El siembra, siega, ata los haces de trigo, trilla, aventá el grano, lo lleva al molino, lo mete en la tolva, ciérne la harina, la amasa, la cuece y saca al tablero los dorados panes, sustento y regocijo de las criaturas.

Escultura de San Isidro, del siglo XIV. Es de talla policromada, y pertenece á la parroquia de San Andrés

En los días tórridos lleva del ronzal al borriquillo cargado del fruto de la era, y va camino del molino, con la mano en la frente á guisa de pantalla, pisándole la sombra al mísero asnillo. En el invierno, los días de nevada, cuando

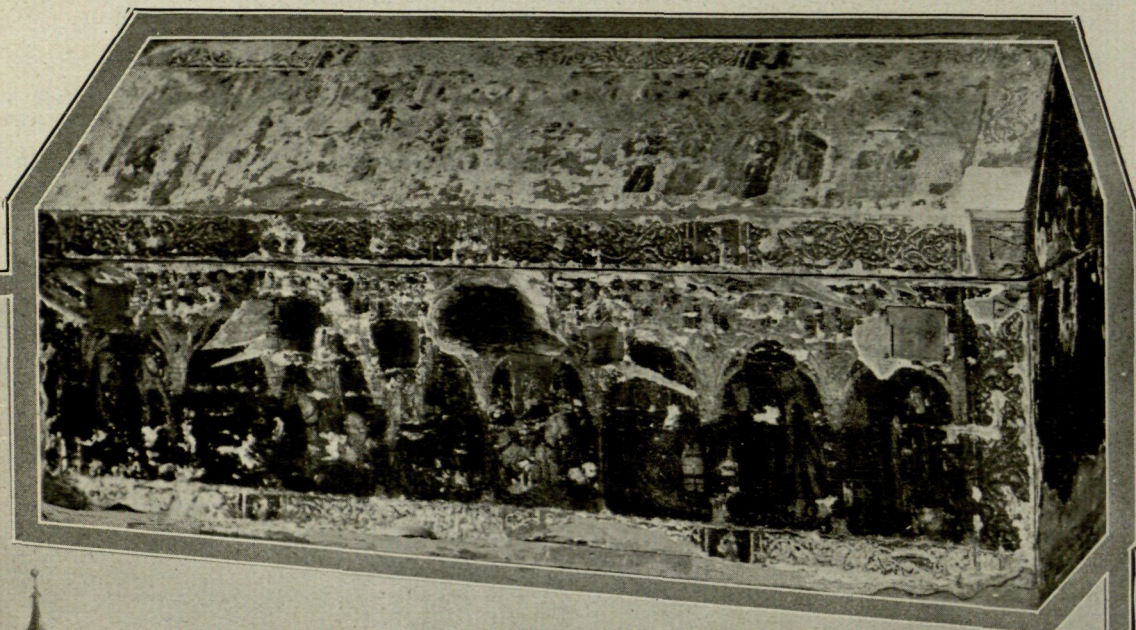
la estepa es un lienzo de plata, el labriego hace su jornada con su bestezuela hermana de padecimientos y de trabajos. Y en un caminejo ó trocha, el pechero oye el piar angustioso de unos pajarillos. La nieve ha quitado el sustento á las avecillas; Isidro desata los sacos de trigo, limpia el camino y tira el grano. Se hartan los pájaros, que saltan y revolotean llenando sus buhecitos ante los ojos del bendito varón, que lanza puña-

de su muerte, los reyes se hincan de rodillas junto á sus cenizas y las multitudes buscan las reliquias del santo para venerarlas.

Los que quieren justificar su pereza, ó vivir del esfuerzo ajeno, cuentan que San Isidro se tendía á la sombra de un árbol y dejaba á los bueyes arar. Juan Diácono nos dice que Isidro servía á su amo Iván de Vargas, hombre áspero, regañón y duro, dueño de unas tierras que labra-

Otra Santa, compañera en fe y trabajos de Isidro—Teresa de Jesús—, también tuvo esas ayudas celestiales. Cuenta fray Diego de Yepes que cuando le mandaron escribir su «Vida» á la monjita, le aconteció «por veces, estándola escribiendo, quedarse arrobada, y acordándose muy bien en el punto que dejaba la escritura, cuando volvía en sí, hallaba dos ó tres hojas escritas de su letra, mas no de su mano; y cierto

Antigua arca de madera con aplicaciones de cuero, con pintura preparada de manera similar á la usada para la decoración de Códices, representando escenas de la vida de San Isidro Labrador, cuyo cuerpo guardó desde principios del siglo XIV hasta su traslado al arca de plata regalada por el gremio de plateros de Madrid, en la que hoy se venera



«Romería de San Isidro en 1850», cuadro de autor anónimo

dos de grano á las aves del campo. Cuando ata de nuevo los sacos están flojos. Juan Diácono, su biógrafo, nos cuenta que al llegar al molino Isidro ve los sacos otra vez atestados hasta el gollete y reventando.

LA LETRILLA BURLESCA

«Tened siempre entre manos algún trabajo para que el demonio os coja ocupados», ha dicho el apóstol. Isidro es la glorificación de la humilde tarea cotidiana, la consagración del obrero fervoroso y humilde que se levanta, con su propio y denonado esfuerzo, hasta la alta cima, como si Dios nos anunciara que las preeminencias y las jerarquías no están fuera, sino dentro de nosotros mismos. A Isidro, hijo del terruño, pobre, desvalido, le rinden tributo y rendido homenaje los grandes de la tierra. Siglos después

ba y cuidaba el santo. Tenía Iván muchos gañanes y terrozneros, que al ver que Isidro salía de mañana dejando la labor para visitar las iglesias y orar, se quejaron al amo. Una madrugada, Iván vigiló á su criado, y al verlo venir tarde, le riñó. Cuando Iván volvió la cabeza vió la yunta de Isidro guiada por dos ángeles. Esto ha dado lugar á que poetas y escépticos quieran abrir una brecha en la simplicidad del labrador castellano, tachándolo de zahino. ¡Ay, quién tuviera dos ángeles que hicieran nuestro trabajo!, dicen los que aman la gloria y la reputación sin el esfuerzo.

Lope de Vega, en las fiestas de beatificación del patrono de Madrid, le dedicó esta estrofa burlesca:

«¿Es bien, Isidro, que holgando
estéis en el campo vos,
y los ángeles de Dios
estén por vos trabajando?»

que quien leyere su vida y sus escritos bien echará de ver que muchas veces le aconteció esto, porque la doctrina es más que humana, y que excede su capacidad y enciende las voluntades con la fuerza y calor de palabras como si fuese sagrada escritura.»

LA BEATIFICACIÓN DE ISIDRO

Los labradores castellanos acudían á la tumba de Isidro en romería. El padre Zacarías García Villada, en su libro *San Isidro Labrador en la Historia y en la Literatura*, nos habla de la veneración de Madrid hacia su patrono. El 25 de Marzo de 1922 hizo tres siglos que fue canonizado Isidro, por el papa Gregorio XV. Según Villada—á quien seguimos los pasos—, tardó cerca de treinta años la beatificación del labriego. El 25 de Marzo de 1593 escribió Felipe II al duque



«La Pradera de San Isidro», cuadro de Goya

de Sesa, su embajador en Roma, para que lo negociase cerca de Clemente VIII. Murió Felipe II el 13 de Septiembre de 1598, y quedó estancada la causa del santo hasta 1611. Felipe III tomó á pechos el asunto de la beatificación de Isidro y escribió al Papa Paulo V. Se revolvían códigos; se hacían preguntas; se escribían alegatos; se escudriñaba la vida del Santo, y se buscaban con ahinco los hechos milagrosos del labrador. Pasaba el tiempo, y como vieran en Madrid que, á pesar de todas las diligencias, no se terminaba la causa, resolvieron enviar á Roma á D. Diego Barrionuevo, caballero del Hábito de Santiago y regidor perpetuo de la Villa, el cual, por haber sanado de la gota por intercesión del Santo, tenía gran empeño en su glorificación. Partió Don Diego á Roma, y tanto trabajó, y tal maña se dió, que al poco tiempo obtuvo de Paulo V el decreto de beatificación de Isidro, firmado en Santa María la Mayor el 14 de Junio de 1619, fijando su fiesta el 15 de Mayo. Apenas llegó la noticia á Madrid, se desbordó el entusiasmo...

LA BIOGRAFÍA LATINA
DE JUAN DIÁCONO.—
EL LABRIEGO CASTELLANO Y EL TERRATENIENTE

Según la tradición, el santo vivió en la última mitad del siglo XI y en la primera del XII. Fuente única escrita de la vida de Isidro es la biografía latina de Juan Diácono, que ya hemos mentado más arriba.

Esta biografía se conserva en un manuscrito del siglo XIII, el cual perteneció primero á la iglesia de San Andrés, de Madrid, y está ahora en poder del Cabildo Catedral, guardado como riquísima joya en el arca de tres llaves, que tienen otros tantos capitulares.

En el pueblo de Isidro ya no hay labradores, y el santo es patrono de una urbe burocrática alocada, inquieta y bulliciosa. Miles y miles de criaturas trajinan, corren, charlan, se meten en máquinas velocísimas, viven en casas que llegan al cielo, viajan en trenes subterráneos ó montan diabólicos artefactos que rajan las blancas telarañas de las nubes. Las moles de portland se han comido leguas y leguas de paisaje, y en la veredita y el atajo por donde iba Isidro en vez de hierba hay adoquines. La villa quieta, mansa, envuelta en silencio, de los tiempos del santo, es hoy ruido, inquietud y zozobra. Los descendientes del labriego castellano dejan la zamarra campesina por el uniforme de criado, y el terrateniente Iván de Vargas duerme la siesta en el sillón de un casino.

Y nos es grato, entre el bullicio y ajeteo de nuestros días, recordar la dulce silueta del labrador haciendo camino con su borriquito cargado de trigo, en el reposo de la tarde, parándose á oír el gemir de los pajarillos en el bancal, abriéndose paso por entre un rebujal de ovejas, reteniendo en las alas de su sombrero las hojas otoñales, y entrando risueño y contento en su hogar, donde su mujer, María de la Cabeza,

volcaba en la vidriada vasija el sabroso cocido. Y veamos al santo humilde y fervoroso dejar el borrico, suelto el ronzal, á la puerta del templo, mientras él eleva á Dios sus encendidas plegarias.

Porque Isidro, el labrador, el tímido y simple hombre que ara la tierra y siembra el grano, es el que sostiene todo el andamiaje de la civilización, y el que por los siglos de los siglos pone en la mesa de los hombres el pan nuestro de cada día.

(Fots. Cortés)

JULIO ROMANO



Un detalle de la romería de San Isidro, en la actualidad

GLORIAS PASADAS

ISIDORO MAIQUEZ

A CABA de celebrar Cartagena, pueblo donde nació el glorioso genio del teatro, Isidoro Máiquez, la fecha de su centenario. Esta, que pasó casi inadvertida al cumplirse la de su nacimiento y la de su muerte, se ha remediado ahora con una estatua que perpetúe su nombre y unos festivales artísticos, en los que han tenido colaboración el Sindicato de Actores, la Sociedad de Autores y el Círculo de Bellas Artes.

La condición de artista de Máiquez quedará seguramente bien honrada con estos alardes. Su memoria ponderada. Y una fecha gloriosa para España, que es la de la revelación del teatro naturalista, registrada como merece.

Máiquez, por su arrogante figura, por su talento y gusto hechos en tierra extranjera—entonces se contaban con los dedos de la mano las personas que se atrevían a salir fuera de España—fué como *Farinelli*, el tenor napolitano que gozó de la privanza de Felipe V, verdadera flor de Corte, que tuvo pláticas con aquella reina desdichada, esposa de Carlos IV, y recibió mercedes de Godoy, dueño entonces de los destinos de España.

Pero *Farinelli* gobernó y dominó en el temperamento pusilánime de Felipe V, más que nada, valido de sus astucias de buen italiano. Y Máiquez, liberal exaltado, patriota sin trampa ni cartón y hombre que gustaba más del aire de la calle que del perfume de los salones, si gozó de complacencias de reyes y de príncipes, fué por esa fama que llevaba y que le hacía soberano en todo el territorio.

La vida de Máiquez fué una vida rota. Rebelde a toda disciplina, vivió siempre unido a la pobreza, para lucir mejor su airo de independencia.

Sus comienzos de artista fueron desastrosos. Empeñado en hacer prevalecer su criterio de que el teatro era una continuación de la vida cotidiana, ni su voz a tono familiar, ni sus maneras sencillas de hombre de buena crianza, eran toleradas por nadie.

Los cómicos de entonces, preocupados más que nada por la entonación del verso que decían, atronaban el recinto de la escena con su voz solemne, dando a la expresión de sus relaciones un manoteo ridículo y artificial.

Máiquez rompió contra esos convencionalismos. Para ello se hizo de un repertorio personalísimo, educó a unos cuantos comediantes que se decidieron a hacer con él la cruzada, y unas veces en las pequeñas aldeas y otras en las grandes ciudades, conquistó definitivamente el prestigio que le obligó a decir al propio Talma, ídolo de Europa entera por entonces: «He visto a Máiquez y me ha hecho dudar de que yo sea la primera figura del teatro».

Asimiló Máiquez en su vida forzada de desterrado en París las nuevas artes de la caracterización, el modo de poner la escena, las diversas escuelas declamatorias, y con el intento certero de su talento, ya de vuelta en Madrid, empeñóse en representar *La vida es sueño*, en la forma que él la concebía; y su interpretación fué tan portentosa, que un periódico de entonces, *Diario de Avisos*—el más popular y el que más le había combatido siempre, no tanto por su arte como por sus fueros liberales—, hubo de reconocer «que

nándose como sueldo mínimo el de veinte reales.

Fué aquella fecha la de más esplendor de Isidoro Máiquez. Con cualquier pretexto procuraba por él Fernando VII. El infante D. Carlos se hacía acompañar de su persona en los devaneos cortesanos. El pícaro «Chamorro», aguador que fué de la fuente del Berro y truhán que por sus truhanerías consiguió ser el mejor amigo de Fernando VII, con frecuencia sentaba a su mesa a Máiquez, y de Máiquez recibían consejos hombres de más alcurnia, como el duque de Alagón, Ugarte y el propio Blas Omalaza, confesor del infante D. Carlos, del cual dijo su amigo Escoiquiz que «después de rezar maitines con el hermano del rey, bendecirle la cama y rociarla con agua bendita, salía de palacio, envuelto en su capa, a buscar aventuras amorosas en la compañía de Máiquez, el hombre más preferido de las damas.»

Pero Máiquez no se resignaba a tales tratos, que si los aceptó fué, más que nada, por conocer de cerca la vida palaciega. Y dispuesto a imponer por encima de todo el interés de su arte, rompió abiertamente con el corregidor por no aceptar la representación de una obra de Javier de Burgos, gran amigo de aquélla autoridad, que año después fué estrenada y ridículamente protestada.

Esta rebeldía valió al gran comediante un destierro, que fué causa de un memorable motín que conmocionó a España entera.

Máiquez fué llevado a viva fuerza a Ciudad Real. La tuberculosis había hecho garra en él, y su relativa juventud pudo menos que su naturaleza, bastante castigada por su vida andariega.

De caridad le recogió en Granada su amigo de la infancia el escribano Antonio González, llevándolo a su misma casa y aposentándolo en lo mejor de su vivienda.

El estado de Máiquez era verdaderamente miserable. «Los cabellos—dicen sus cronistas—le salían por las roturas del sombrero.»

—Pero ¿cómo has perdido todo?—dijo, abrazándole, Antonio González.

—Precisamente—contestó Máiquez—por conservar lo único que es mi honra: el prestigio de comediante.

Y poco después moría Isidoro Máiquez, cuando, triunfante la Revolución por la que él suspiró tantas veces, Riego y sus amigos Quintana, Sabehón y Marbieran le llevaban la orden del levantamiento de su destierro y la de retorno a Madrid, que le esperaba con los brazos abiertos.

Así vivió y así murió Isidoro Máiquez, espíritu puro, que por su grandeza, bien merece de estos recuerdos póstumos que hoy se le dedican.

ANTONIO DE LA VILLA



Monumento al genial actor Isidoro Máiquez inaugurado en Cartagena el día 2 del actual (Fot. San-Chito)

Máiquez era un artista sublime, que se había adelantado más de cincuenta años a su época.

Algo, muy poco, le dejaron entonces hacer a Isidoro Máiquez, que concibió y dió forma a un Reglamento de Teatro, vigente por Real decreto en 1817, y en el que, conociendo ya de antemano el espíritu del comediante, estableció en el primer artículo «que ningún actor podría negarse a representar la obra y el papel que le fuera repartido». Estableciendo disposiciones para suprimir la venta de piñones y frutas en los entreactos, la representación en los corrales y al aire libre, el recitado a telón corrido; y exigiendo un contrato visado por el corregidor a cada artista que no bajara de treinta representaciones, asig-



LA VIRGEN TONTA O EL MILAGRO DE LA RISA

(CUENTO)

La joya de la casa era el San Clemente. Obra de algún imaginero émulo ó discípulo de los Gregorio Hernández y los Pedro de Mena, impresionaba por la perfección de su talla. Cada vez que algún nuevo visitante entraba en el salón y se abrían los herrados postigos que daban á la plaza del pueblo, oíanse las mismas exclamaciones:

—¡Qué maravilla! ¡Parece que va á hablar!... ¡Fíjense en la mirada, en la sombra de la barba,

en las arrugas de la frente, en las uñas, en los pliegues del hábito y en las venitas de los pies!

Pero en los más inteligentes no era la minucia, ni siquiera la destreza inspirada con que el artífice infundió ya carnalidad, ya blandura de lienzo á la madera lo que suscitaba el pasmo de la admiración, sino la rara mezcla de naturalismo y espiritualismo, merced al cual la materia de la imagen lucía toda saturada de alma.

En el caserón con traza de palacio habían ido apareciendo, en el transcurso de dos ó tres generaciones, reliquias de la época gloriosa en que los Haro regían el pueblo, cuyo castillo, medio derruido ya, dominaba un paisaje de tierras áridas. Era imposible remover cualquier desván, abrir cualquiera de los anaqueles empotrados en los espesos muros, sin hallar ejecutorias, cartas de nobleza con pesados sellos de plomo, donde los buitres de los Haro, en actitud de ataque,

nada podían contra correderas y polillas. Pinturas é incunables debieron perderse por esta incuria, pues al acometer el último Haro, casado con una andaluzza de imaginación efervescente, la busca del tesoro que, según tradición, estaba escondido en la casa, dieron luz á libros y lienzos deteriorados por el largo y húmedo abandono.

Fué entonces cuando apareció la que había de ser bautizada con el nombre á la vez cándido y sacrilego de *La Virgen tonta*. Pretender que aquella imagen mofletuda, de frente estrecha y macizote cuerpo de labriega fuese á competir con el San Clemente, habría sido casi herejía. Las telas del sayal del santo, policromadas con primor, eran la verdad misma; mientras que en los burdos paños renegridos, á pesar de traslucirse pálidas azucenas de oro, todo era tosquedad. Si el rostro del uno movía á respeto, el de la otra convidaba á reír. Las manos gordas, la mirada zafia, no podían ser de Virgen celeste; cuando más de doncella montaraz, y de las peores. Por su gesto bobalicon merecía bien el nombre que Carmencita—la hija única de la andaluzza y del señor Haro—le puso en repentina ocurrencia. Y puesto que la había bautizado tan bien y la escultura tenía aquel aire de muñeca, se la dieron para jugar.

Durante cinco ó seis años, desde el hallazgo hasta que entró en el internado de la capital de la provincia, Carmencita y sus amigas bañaron á la virgen tonta en el pozo; la vistieron con ropas estafalarías; hicieron andas de una silla rota para pasearla en procesión sonando calderos y cantando disparatados latines; le encendieron velas, que, á pesar de estar á punto de chamuscarla, no nublaron la sonrisa mema de su faz; la golpearon contra todas las esquinas del pueblo; hicieron su cara llave para abrir las bocas más reacias, apostando meriendas á quien pudiera mirarla fijamente hasta contar cien sin soltar la carcajada; se la prestaron de casa en casa jugando á esconderla, y considerando chasco gracioso el hallarla inesperadamente; la dejaron á la intemperie noches y noches mientras el San Clemente miraba desde su confortable hornacina los muebles del salón; y hasta una tarde, huyendo del párroco que por veces tenía teológicos escrúpulos y disolvía á coscorrones el cortejo que la llevaba bajo palio hecho con alguna falda inservible, la ocultaron bajo un montón de estiércol. Luego la oían y no paraban de reír. Y el recuerdo del episodio, asaltándolas hasta en las ocasiones más inoportunas, suscitaba en ellas hilaridad tan estridente, que más de un castigo les valieron las carcajadas primero contenidas, á modo de insidiosa mofa, y al fin libres en catartata que ninguna severidad familiar lograba detener.

Años después, un pintor que pasó por el pueblo aseguró que la virgen tonta era una escultura bizantina, y la lavaron con alcohol hasta hacer surgir las bellas azucenas de oro. Al volver Carmencita, hecha ya una mujer, y encontrar en el salón, sobre la cómoda, casi apareada con el santo ilustre, aquel testigo de su infancia, tardó en reconocerla. «¡La virgen tonta!» ¡Cuántos recuerdos alzabanse, entre la bruma del pasado, á la luz de su mofletuda sonrisa! Algunas de las amigas que más se habían reído con ella habían muerto; á otras las había aventado la vida mundo adelante... Su alma, hecha de la severidad castellana de los Haro y del risueño ímpetu andaluz heredado de Sevilla, tuvo un confuso sobresalto. Ya era mujer... Ya su cara y su cuerpo atraían á los hombres... Ya, también confusamente, sentíase á veces como un imán débil que aceros incommovibles obligaban á ir hacia ellos... Necesitaba, pues, velar sobre sí misma y no tener nunca en el alma el gesto que la virgen de su niñez seguía mostrando sin corregirse, siquiera por coquetería femenil, ante el San Clemente de mirar joven y belleza pulida.

—O—O—

Carmencita Haro hubiese querido arrancar á sus padres del pueblo hacia cualquiera de las grandes ciudades exaltadas en conversaciones interminables por algunas de sus condiscípulas; pero cuando las brisas de su anhelo parecían á

punto de henchir la vela del navío familiar, el ancla de la parálisis fijó para siempre á su madre en un sillón de ruedas; y al cambiar la Muerte la inmovilidad vertical por la horizontal, ya estaba de nuevo acostumbrada al poblachón nativo, en el cual la viveza de su carácter y el garbo de su hermosura le daban, por encima del señorío de su casa, rango dominante.

Entre la seriedad utilitaria del lugarejo, ella representaba la fantasía, la gracia, la risa; las fuerzas alegres de Dios. La campanita joven de la Colegiata no repiqueteaba tan claramente como ella. Era el suyo un reír florido, fresco, acariciador y táctil casi, que vibraba en el viento, y que, hasta en lo áspero de la invernada, esparcía por las calles algo de primavera. «Ya está la Carmencita contenta», decían los vecinos al oírla. Y aun los rostros más arrugados por los años y las preocupaciones, se dulcificaban.

Contenta estaba de continuo. Su voccecita siempre un poco ronca; sus ojos de ébano luminoso; su piel de nardo muy moreno, tenían algo de fiesta. Ni siquiera el luto materno y el carácter sombrío é intransigente que le quedó al viudo después lograron entenebrecerla del todo. Trabajando reía y sonreía en sueños. Su alma meridional, en la que el injerto castellano ahondaba una veta apasionada, pasaba extremadamente del contento á una efímera desesperación sin detenerse en el puente de la melancolía. Su padre la solía decir:

—No me gusta que te rías tanto.

—Déjela usted, qué caray! El pecado no se rie nunca. Aunque haya echado ese corpachón, sigue teniendo el alma de la Carmencita que le hacía judiadas á la pobre virgen tonta—decía el párroco.

Y el boticario, á quien las adversidades del trellido dictaban rigores, apoyaba al señor Haro así:

—Pero la risa es cosa del cuerpo, y por ella juzgamos los hombres, que todos no somos santos como usted, padre.

Entonces, el sacerdote se encolerizaba bonachonamente: «¡Si sabría él quién era Carmencita!» Sus pecados, oídos al través de la celosía del viejo confesonario de crujidora haya—cual si har-to de guardar años y años tantos secretos se decidiese á murmurarlos ya—, eran casi pecados de santidad. No la había más piadosa ni hacendosa en el pueblo. Si dominaba á todos, no se debía á torcida ambición, sino á don del cielo, ¡qué caray!

Esta conversación apartaba de tarde en tarde las discusiones de los lances del juego. En tanto, la belleza de Carmencita maduraba. Todos los mozos del pueblo soñaban con ella, sin atreverse jamás á decirselo, seguros de que entre su bas-tedad y la finura de ella mediaban montes de aquel plomo de que estaban hechos los sellos de las ejecutorias de nobleza decoradas con letras de los mismos colores alegres que su reír.

Y el día en que, de pronto, la risa se hizo preocupado silencio entre los labios, y en que, en vez de ir tumultuosamente del enfado al júbilo, quedóse horas y horas en el puente de la melancolía, ensimismada, ni el buen sacerdote ni el señor Haro se dieron cuenta.

Esa fantástica capacidad de disimulo, herencia de cien generaciones de mujeres tiranizadas, viva hasta en la más inocente y leal, surgió en ella, con el despertar de su primera ansia de amor. El galán no hubo de extremar sus demandas. Le bastó con venir de fuera, con ser joven, con repetir la eterna romanza para que su vulgaridad se transfigurase. La exuberancia del temperamento de Carmencita, su belleza harto respetada, teníanla en espera de los primeros brazos tendidos. No fueron las palabras; fué la voz; no fué un hombre; fué el hombre quien la sedujo. Y no tuvo suerte en la aventura.

Si Andalucía aceleraba el ritmo de las venas y engendraba en la mente locuras, Castilla impelía á realizarlas con seriedad. También traía su seductor al vivir enjuto castellano su cháchara fácil de andaluz. Era apuesto, con algo ordinario, de jaque, en su apostura. Viajante de comercio, llevaba á las casas ecos de las elegancias del mundo. En cada pueblo tenía un amorío—«Le-tras de cambio en moneda de suspiros y abrazos pagaderas al año»—solía decir cuando el vino

removía las heces de maldad sedimentadas bajo la astucia. Pero taimado y fatigado de aquel errar, buscaba desde hacía tiempo una de esas dotes acurruadas en los pueblos. Bastaba mirarlo para ver el dolor en sus ojos y huellas de fatigas y hasta de enfermedades bochornosas en su juventud marchita ya. Mas para ver eso precisaba mirarlo con ojos lúcidos. Y Carmencita lo miró con ojos empañados de pasión. Lo miró al través de los colores de las telas que le hablaban de la ciudad; al través de su ceceo que le hablaba de la tierra jamás vista, y llevada en la sangre.

Cuando se detuvo en la primera parada de reflexión, ya había andado largo trecho, y le fué imposible recordar el punto del primer intercambio de sonrisas, de miradas, de palabras de pacto.

Si alguien hubiese venido á decirle que aquel hombre tenía abandonada una mujer con hijos, lo habría desmentido á gritos del alma; si alguien hubiérase dicho cómo, con lentísima cautela, averiguaba la cuantía de su fortuna, habría querido matar ó morir. Sus precauciones fueron tales, que hasta á esa hipertrofia informativa de los pueblos, hija espuria de la pequeñez, se ocultó su amor. Por instinto, el hombre comprendía que en la ausencia la imaginación de Carmencita trabajaba más en favor suyo que en la presencia, y obraba con tino, negándose á buscar complicidades ni á incurrir en riesgos. Sólo alguna noche, por la reja volada del corralón, hablaban. Era él quien acumulaba inconvenientes:

—Yo no soy de tu clase. Claro que se han visto princesas enamoradas de... Pero para eso hace falta amor verdadero, no capricho de muchacha aburrida.

—No digas eso. Me haces daño... ¡Te quiero, te quiero, te quiero!—respondía Carmencita con todo su ser puesto en la queja, abrasada.

Y él sonreía en la sombra.

De este modo la diferencia de clases adquiría en los lagos ensueños, halo de romántica reivindicación. El era el freno, y la arrebatada candidez el impulso. La fantasía trocaba en realidades inicuas los temores: «Si; su padre era un tirano... De seguro que se opondría con todos los medios... De no tomar una determinación antes de que el pueblo los descubriese, cosa que no podía tardar, estaban perdidos.» Así, cuando una noche creyeron ser vistos por la beata que iba antes del alba á barrer la iglesia, y él le dijo de pronto:

—Tenemos que decidírnos; si ésta no nos ha descubierto, será otra... Además, yo no puedo estar más aquí; hay que demostrar si tu cariño es verdadero ó no.

Carmencita le respondió apretándose hasta hacerse daño contra las rejas de su cárcel, en un ansia de huida:

—Sí; nos vamos. Cuando tú quieras.

—¿Mañana?

—Mañana.

—¿Me lo juras?

—Te lo prometo... Y te lo juro también. ¡Por mi madre!

—Al sonar las tres sal por la puerta de los carros. Yo tendré preparado todo.

—Al sonar las tres, sí.

Un gallo cantó cerca, sobresaltándolos, y otros fueron repitiendo el alerta de lejos en lejos, cual si quisieran dar á los durmientes lección de deber y de vigilancia.

La silueta del hombre se alejó rastreando los muros, buscada en la sombra por la negra mirada luminosa, que lo seguía ya.

—O—O—

El beso nocturno de su padre, al decirle con su voz confiada y fatigada: «Hasta mañana, nena», le quemó la frente.

¡Qué difícil es saber cuándo vemos cosas y seres por vez última! «Hasta mañana.» Mañana la casa no sería ya la misma, y ella, lejos, empezaría á tender entre cada día y el ayer la tela del propio destino, tejida ya por sí misma con dedos impacientes desde que un desconocido de la víspera pasó á ser para ella todo en el mundo.

Entre las sábanas de lienzo recio temblaba en,

cogida, cual si la seda de la piel presintiese ya otras caricias rudas.

No, no podría dormir. Acababan de sonar las once, y le quedaban cuatro horas de desvelo torturador. La casa, el pueblo quieto en torno, alzabanse de su memoria con mil detalles que eran manos esforzándose en retenerla. Aquel repecho de la subida al castillo, desde el que, por la tardes, se dilataba el horizonte en una fusión de arreboles, nácares y oros; aquella fuentecilla de agua fina junto al chopo partido por el rayo al borde de la carretera; aquellas bardas del corralón erizadas de vidrios, donde el sol se rompía en arco iris; y el grave sonido de la campana de la colegiata; y el tenaz repique de la bigornia del herrero, campana laica del lugar; y aquel baldosín flojo del pasillo que daba siempre al descuidado paso cotidiano un instante de titubeo y aventura, adquirirían, de súbito, substancia de seres queridos. Por ellos, casi tanto como por el párroco y por su padre, sentía partir.

Pero estas remembranzas, en vez de sugerirle desfallecimientos, avaloraban su decisión. Ya estaba dispuesto su paquete de ropa. Al caer de la torre la primera de las tres campanadas, ella caería en los brazos elegidos para guiarla ya para siempre.

Durante mucho tiempo, con la cabeza tan pronto en la almohada como erguida por un temor de ruidos lejanos, pasó por vez primera los densos minutos, capaces de contener tantas cosas. Sus amigas, su madre, sus sueños, su vida íntegra hasta en pormenores insospechados, desgranóse en el largo rosario de minutos. Hasta hubo algunos en los que, abolido todo pensamiento, estuvo inerte de cuerpo y de alma. El toque de las dos y media rescatóla de aquel sueño de ojos abiertos; y al sonar la bruja diana se incorporó en el lecho, y se irguió sin ruido en medio de la alcoba, dispuesta á partir.

Pero ¿cómo iba á bajar media hora antes? No debió de levantarse tan pronto. Y, sin embargo, hubiese preferido todo á volverse á acostar. Se acercó con pasos tácitos á una silla... Tampoco; si el lecho amedrentábala con misteriosa amenaza de sueño, la silla podría también impedir su designio ahorrándole con una parálisis semejante á la que retuvo á su pobre madre los últimos años. Esta idea trajo del fondo de su ser el recuerdo materno con tal angustia, con anhelo tal, que la saturó en un instante. Era preciso que le dijese adiós. De su padre se había despedido: al recibir el beso en la frente, cerró los ojos y le dijo sin palabras: «Adiós, padre mío. Perdóname.» ¿Y no iba á decirle adiós á su madre?... Puesto que había aprendido á moverse sin ruido entre las sombras; puesto que los pestillos obedecían sin chirriar á la lenta presión de sus manos, iría á mirarla hondamente, una vez siquiera, en el retrato del salón.

Al empujar la puerta, la lucecita de aceite, siempre viva ante la hornacina del Santo, empujó su sombra contra la pared. ¿La rechazaba?

¿La repudiaba? Era una penumbra más medrosa aún que la obscuridad, y necesitó de toda su entereza para reponerse. Miró el retrato querido con el alma puesta en los ojos, y después, removida en lo más profundo por aquel escenario de los momentos solemnes de su vida, sintió el afán

Por conocerla desde la infancia, por ser mujer, aunque fuera tonta, la comprendería mejor que el santo más sabio del cielo. En la semi-obscuridad, la imagen era una masa erguida, de la que sólo el enjambre de azucenas de oro resaltaba. Siempre á pasos tácitos, Carmencita quitó

la lamparilla de la hornacina y, tomándola en sus manos de virgen loca, fué á ponerla sobre el mueble, ante la que había de escuchar su rezo. Prosternada, bisbiseó la primera oración: *salve*, á la cual añadió frases trémulas en demanda de ser también salvada: «Virgen tonta, ayúdame... Píde en el Cielo por mí... Haz que no haga demasiado infeliz á mi padre y que yo no lo sea tampoco... ¡Ilumíname!... ¡Guíame!... ¡Tú ves hasta el fondo de mí y sabes que soy buena!... Y vacía al fin de palabras, levantó los ojos á la imagen.

La luz daba de plano en el rostro mofletudo, en el mirar bobo, en la boca que un día estuvo llena de estiércol entre un coro de muchachuelas traviesas. Y al verla, sin poder evitarlo, cual si un eco de la niñez viniese á romper con su claridad las nerviosas tinieblas de su alma; cual si una fuerza de alegría, de burla, de ruido, de secreto al que se abren las puertas se impusiese, rasgando la resistencia apretada de sus labios, una risa fuerte, cromática, inextinguible, empezó á llenar el salón, á despertar la casa y á extenderse por el pueblo entero, como si prodigiosamente la mañana se hubiese equivocado de hora.

•••••

—¿Confiesa usted al fin, hombre incrédulo, que el pobre curador de almas sabe más que usted, que vende potingues contra los males de la carne? El pecado no se ríe jamás. Quien es capaz de reír, según rió ella, no puede realizar nada malo. Poco importa que haya quedado enferma; ¡ya sanará! Pero necesitaba reír así de fuerte para que el bandido se diera á la fuga y nos despertásemos todos. Ahora le dosificaremos, según usted dice en su jerga, la risa, y le buscaremos un buen marido... ¿Y quiere usted que le diga

hasta dónde ha sido patente el milagro? Pues hasta en lo de hacer que ninguno de los mozos de aquí se haya tropezado al truhán. Cualquiera de ellos, hasta el de menos arrestos, la habría vengado igual que un hermano ó que un novio... Este domingo los voy á hacer confesar á todos, sí, señor. Y como la corriente no puede represarse sin peligro, le voy á dar un cauce justo. Si alguna vez se le ocurre al viajante venir á cobrar por aquí una de sus letras anuales de amor, recibirá del primero que se lo encuentre hasta veintidós palos y algún que otro puñetazo de propina. ¿Le parece poco? Pues ni uno más... ni tampoco uno menos... Con mis años y mi sotana soy capaz de dárseles yo mismo si me lo tropiezo, ¡qué caray!

A. HERNANDEZ CATA

(Dibujos de Dubón)



de prosternarse ante la imagen celeste para imprecarle protección.

Pero de pronto el San Clemente apareciósele con un aspecto nuevo. La misma verdad de su mirada, la barba que le sombreaba la mandíbula, la desnudez de los pies, y los músculos acusados bajo los pliegues del sayal, le daban una realidad de hombre, de hombre vivo, de hombre joven. Carmen sintió una ola de rubor. Arrojarse ante él hubiera sido un sacrilegio, una infidelidad casi al que ya la estaría esperando allá abajo. «No, el santo era demasiado bello, demasiado mozo... Una mujer angustiada de amor no podía rezarle confiadamente.» Y como su alma necesitaba ablandarse en plegarias, la idea de ir á confiársela á la pobre Virgen tonta que estaba allí al lado nació y creció en ella de pronto, con júbilo.



Un aspecto de la peregrinación al Cerro de los Angeles, en acción de gracias al Sagrado Corazón de Jesús por el restablecimiento de nuestro Soberano

El acto religioso en el Cerro de los Angeles

EL día 2 del presente mes se celebró con gran solemnidad y numerosa concurrencia una peregrinación al Cerro de los Angeles, en acción de gracias por haber recobrado la salud Don Alfonso XIII.

Asistieron S. M. Doña Cristina y la Infanta Doña Isabel, las damas de honor de ambas, duquesa de Fernán Núñez, condesa de Heredia Spínola, señoritas Bertrán de Lis, García Loy-

gorri y otras. Entre los caballeros concurrieron el duque de Sotomayor, mayordomo de la Reina; conde de Grove y duque del Infantado.

Como en las grandes solemnidades, el monte estaba cubierto de vehículos, y no bajarían de cinco mil personas las que asistían al acto.

Se cantaron los himnos que ya son de rúbrica en aquel lugar.

Después de la ceremonia religiosa se tributa-

ron cariñosas ovaciones á las Reales personas que honraron el acto, que constituyó, en resumen, sobre un magnífico tributo de gracias al Sagrado Corazón de Jesús, una evidente manifestación de simpatía y cariñosa lealtad á nuestro augusto Soberano. ^{El Rey} ^{que} ^{ya} ^{saludado} ^{por} ^{la} ^{vida} ^{han} ^{encomendado} ^{todos} ^{los} ^{españoles} ^{al} ^{Rey} ^{de} ^{nuestro} ^{Rey}.

(Fot. Díaz Casariego)

La Mallorca de Tito Cittadini



«La taberna», cuadro de Tito Cittadini

De la fértil fascinación, del profundo lirismo que Mallorca ejerce sobre los pintores, viene produciéndose una amplia diversidad de obras donde la isla se nos aparece con expresiones distintas.

Para quien la ama de lejos, y así, adivinada á través de los temperamentos y los fervores ajenos, cada nueva interpretación la promete más inagotable todavía de sorpresas por como es siempre diferente á las anteriores. La supone proteica, multiforme, de súbitas é infinitas sugerencias que no se descubren á la primera mirada ó que la primera mirada imagina hallar inéditas.

Para el saturado, el gustosamente hechizado de Mallorca; para el que sabe poner nombres y encontrarse pretérito en cada piedra, cada árbol, cada cala, esas sucesivas Mallorcas le exaltan el gozo de la evocación, pero no le satisfacen del todo. El tiene también su Mallorca. Cree poseer su secreto y estar ungido del don revelador. Otros lugares, otras demarcaciones geográficas imprimen un acento único, dentro de las plurales inflexiones, que no deja de existir aún en los más opuestos estilos. No tardamos en saber que es la misma á través de antitéticos virtuosísimos ó intuitivos impulsos de la forma externa donde se contiene su luz y su topografía. Y ello acaba por prestar el deseo de conocimiento en quien la va reconociendo á lo largo de las obras ajenas y tranquiliza al que la vió de un modo más ó menos subjetivo, pero en realidad, semejante al que halla reflejado por otros.

Mallorca, no. Mallorca tiene una potencia que

deslumbra, que consume y que apasiona. Una perennal energía de creacionismo estético que se respira en su aire y se ve con su claridad y satura de su calidez pagana desde milenios remotos hasta Dios sabe qué futuros, siempre iguales en la fuerza íntima y siempre henchidos de la diversidad sirenaica que el poeta quería señora del mundo.

Llega á sentirse temor de arribar hasta ella, de entrar á su naturaleza majestuosa y sonriente, complicada y simple divulgada, pero no vulgarizada por los cuadros de tantos pintores inteligentes.

¿Qué tierra es esta donde hay una sensibilidad intacta en los seres y una belleza primitiva en las cosas, á pesar de la avidez de descubrimiento que se nutre repetidamente, obstinadamente, de aportaciones exóticas, de aprehensoras codicias?

Como otras, heroicas, tiene sus leyendas artísticas esta tierra de milagro oculto y veracidad presente. Ha enloquecido pintores; les ha quitado la audacia luminica de que se vanagloriaban; ha esclavizado á alguno para éxtasis inactivos en que la dicha de contemplar no quiere empujarse con el dolor de producir.

Tan en apariencia pródiga de sí misma, no se entrega, sin embargo, al recién venido. Hay algo de burlesco desdén en sus consentimientos inmediatos, de feroz frialdad, en la cálida vista de sus cantiles, cumbres, calas y valles. No se da al paisajista de plazo fijo y billete de ida y vuelta. Juega con la facilidad improvisada de las sorpresas repentinas.

Y para de ella conseguir algo no efímero ni externo hay que tributarle alma y tiempo. Ser de ella sin aspirar á otra cosa, sino sentirse transubstanciado en ella. Vivir de su templanza húmeda ó de su ardimiento culminal; despertar cada orto y adormecerse cada véspero en su regazo ubérrimo, sin prisa ni reservas; en una infinita donación de todas las facultades puestas al interés máximo de su inmenso tesoro emotivo y plástico.

—o—o—o—

Tito Cittadini ha sabido y ha podido realizar esa plenaria entrega del artista á la Isla Sugeridora. La entrega de años, de esfuerzos que nada pide, en cambio, sino ser aceptada en la calma ardiente de todos los días iguales y varios.

Tito Cittadini, oriundo de italianos, nacido en Buenos Aires, tiene ya la noble ruralia mallorquina. Se ha desposado en y con Mallorca. Su juventud ha ido caminando hacia la madurez á lo largo de senderos serranos, verticales caminos de acantilado, olivares polvorientos y playas de antiguo encanto clásico. Son diez, quince, acaso más, años de fecunda sumisión á las revelaciones sin cesar renovadas de cuanto vibra entrañable y flota sutil en la tierra y el mar de Mallorca.

El pintor no es de esos paisajistas de escapada dominical, de vacación quincenaria, pantografistas del apunte ligero que cogen una tarde de paseo.

Porque ama el campo, vive en él y para él. Porque le sabe con legítimo derecho á no ser siempre explícito, está inmune de aquella erup-

Biblioteca de Comunicació
Biblioteca General



«La Atalaya»

ción repentista de los advenedizos y de los que temen perder el tren que les devuelva á la ciudad. No todos los días son de pintar. Hay muchos de sentir y de comprender y de sembrar visual é ideológicamente para que luego á él mismo le sorprenda la floración espontánea y el fruto jugoso.

Es así como concibo al paisajista; hijo y padre del paisaje. Un poco labriego de colores y de formas, un poco arboricultor con el pincel y hortalano en el lienzo terso, templado de tirantez, como un tambor donde suenan los tonos cromáticos.

Paisajista que no aprovecha las jornadas de una sola estación, sino que las desea, las sufre y las disfruta todas; que puede contar en un mismo sitio aniversarios repetidos, y que conoce bien la mudanza de los meses y hasta de las horas en la naturaleza libre por donde los demás transitan y él se sitúa.

Así, y por esto, es paisajista Tito Cittadini. Su Mallorca le pertenece legítima, con mutua fidelidad entre el país y el artista hombre. Y como la Mallorca viva y dilatada de plural diferenciación de motivos, sugerencias y emociones, la Mallorca pintada es también un suave y fuerte prodigio de diversidad en los temas y las expresiones.

Hallamos en seguida concatenadas tres verdades irrefutables: la capacidad temperamental de un gran pintor, la sensibilidad educada de un gran artista, la maestría factual de un gran técnico.

En ese Salón de tan varia suerte que el Museo de Arte Moderno ofrece á expositores de diferente mérito, pocas veces se ha tenido oportunidad de ver un conjunto de obras cual este de Tito Cittadini. Sin disculparme con flaqueza de memoria, acaso no podría citar más de cinco ó seis en otros tantos años.

Personalidad, no amaneramiento, es la otra condición derivada de aquellas tres supremas ya reconocidas que descubren obras de Cittadini. No se obstina testarudo en los hallazgos y los logros. No se «especializa» á modo de los monocordes por haraganería ó impotencia.

Centrados en su Exposición, vamos girando lentamente la vista y el cuerpo, y se substituyen los cuadros distintos según horas y lugares. El estilo, el procedimiento también, que no es tampoco Cittadini pintor de truco y de receta.

Entre los gruesos de color, los empastes briosos, la áspera superficie, por ejemplo, de *Monta-*

ñas de Boquer ó *Vall de Boquer*, y la delicadísima tersura, la transparente delicadeza de algunos de sus nocturnos; entre la luminosidad majestuosa, el posado casi didáctico de los tonos que ofrece ese admirable *Rincón de Cala*, y el barroquismo decorativista de *Huerta de Pollenza* ó el dramatismo esquemático y profundo de plenilunio, ¡qué opulencia de facultades pictóricas y de matices espirituales revela su disparidad dentro del homogéneo concepto de la naturaleza como inspiración estética!

La línea no es de uniforme rigor á ritmos que sacrifiquen el sentido de lo peculiar, al manierismo de lo reiterado. Son frecuentes, sin embargo, las masas chispeantes de las amables subdivisiones y panoramas vistos á través de huecos que Wölfflin descubre en Hobbema por contra-

posición á Ruysdael. Hay como una sabia escenografía de embocadura de oscuros para fondos de claridad atmosférica, predilecta al artista. Formas poderosas de árboles ó dentados perfiles rocosos enmarcan esas glorias dulzuras ó apoteósicas rutilancias donde la piedra ó el aire están empapados, saturados de luz.

El hombre no cuenta apenas en esos cuadros de plenitud, de saturación, de voluptuosidad solar. Apenas alguna silueta encorvada de huertana entre los surcos ocres, las verduras jugosas ó el estridor lumínico de las claridades espolvoreadas de brillos.

El hombre aparece en los nocturnos, cobra importancia en las notas crepusculares y urbanas. Diríase que es entonces, cuando el artista se da cuenta de sus semejantes y coincidentes en el humilde prodigio de los tránsitos de la luz á la sombra, de las masas arbóreas ó pétreas á las arquitectónicas de la grandeza libre de la Naturaleza á la pequeñez del poblado.

Y entonces el estilo casi violento de tan enérgico, el genesiaco júbilo del trepador de riscos, del nadador de calas, se hace sutil, ingrátido, de una delicadísima y mística terneza. Las figuras humanas trazan estáticas líneas verticales; la línea de los edificios tijeretea el cielo pálido ó profundo; los azules, los grises, los violetas, los negros substituyen con pinceladas finas y transparentes á los cadmios, ultramares, rojos, amarillos, verdes de los empastes densos y los gruesos de color superpuestos. La agresividad sensualista, de un panteísmo y de un cromatismo que deben ser ciertamente la fragancia de la Isla, se transforma en el deliquio sensitivo, desencarnado, todo espíritu, que encontramos en los nocturnos de Chopin, no ajenos á la sugestión de las noches mallorquinas. Se escapa, por lo tanto, como un panida ágil, ó se oculta como un eremita amigo de la soledad y de la meditación, este artista, al encasillamiento que gustan ciertos críticos encostrados en sus prejuicios dogmáticos.

Lirismo, romanticismo, naturalismo en cuanto á las ideas; clasicismo, barroquismo, impresionismo en cuanto á las escuelas. Nada nos dicen si queremos sistematizar su arte y su alma, que algo de todos esos ismos pudieran serle asequibles, según las inquietudes distintas.

Lo que importa para él y para nosotros es el espléndido resultado de una larga estadía á solas con la Naturaleza, y como ella, rico en motivos, elocuente de enseñanzas y deleitoso de contemplar...

José FRANCES



«Rincón de Cala»

(Fots. Bestard)

Reconstitución histórica de un descubrimiento glorioso



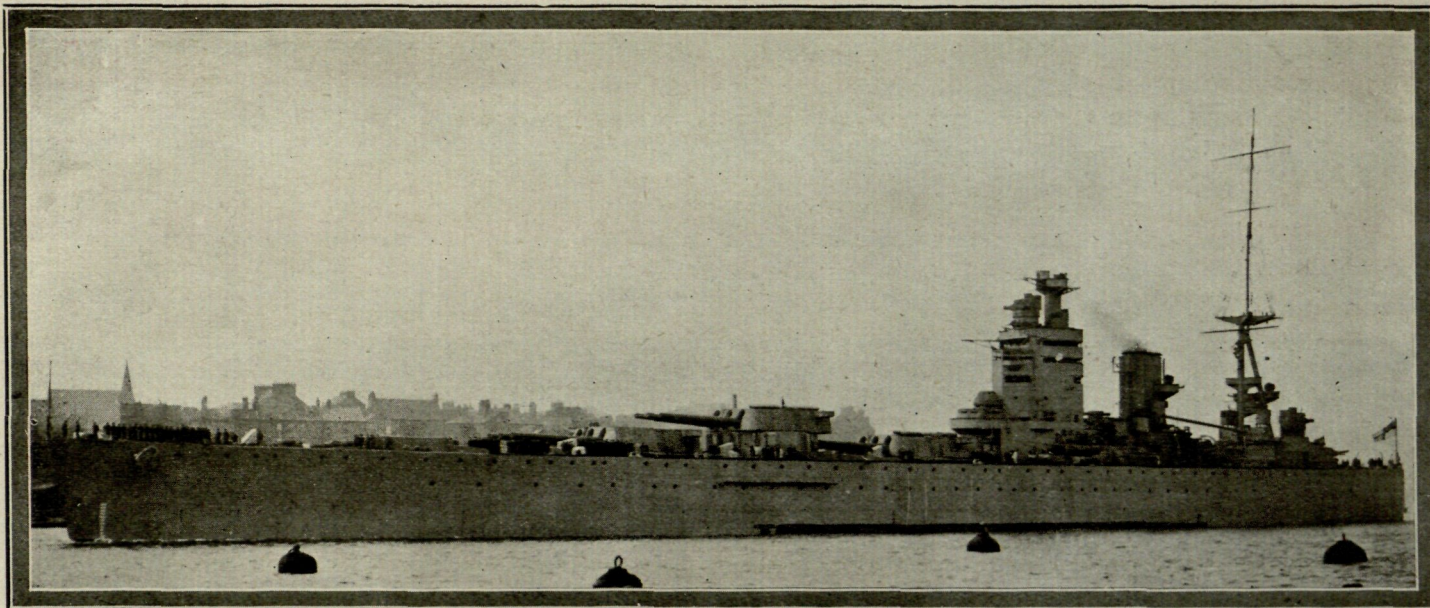
La carabela «La Dolores», que ha servido para la reconstitución histórica

COLÓN, Cortés, Ponce de León y tantos otros de la gloriosa estirpe de aquellos abnegados aventureros, reclaman constantemente la atención mundial. Indelebles efemérides de audaces epopeyas, como la que recuerda la primera nota gráfica de la presente página: el instante en que nuestro glorioso conquistador y explorador, Juan Ponce de León, al mando de tres carabelas, arriba con otros valerosos navegantes frente al continente americano, y descubre la isla de la Florida, allá en la segunda década del siglo xvi. Con la reconstitución histórica, ligado al momento epopéyico, refléjase en la silueta de abajo á J. L. Dunne y miss Ruth Graham, representando á los Reyes Católicos.



Los personajes que representaron á los Reyes Católicos en la histórica fiesta

(Fots. Marín)



El formidable acorazado inglés «Nelson», el buque guerrero más grande del mundo, haciéndose á la mar para realizar su primer crucero, después de ser entregado á la Marina, luego de las brillantes pruebas obligadas

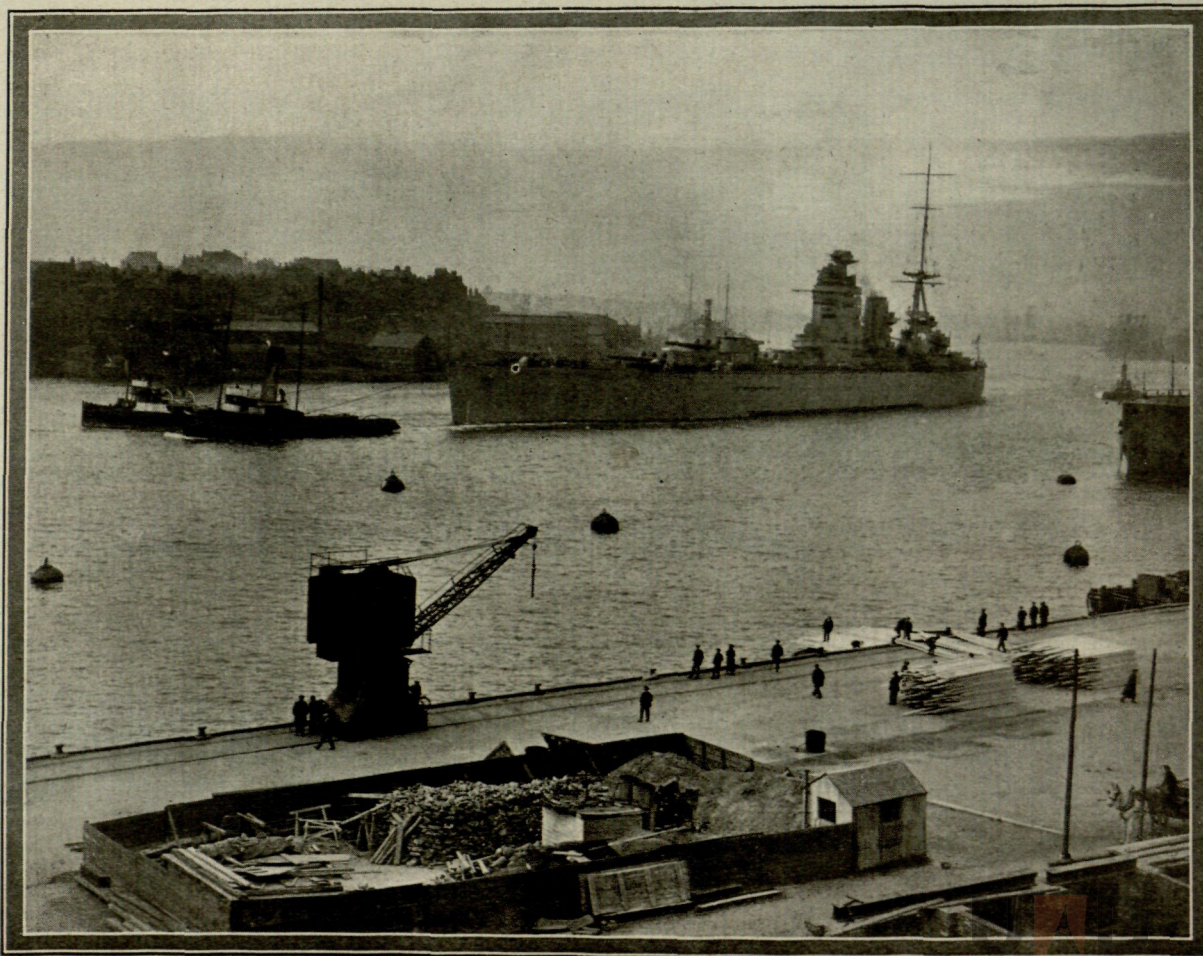
COLOSOS DEL MAR

La unidad marítima y guerrera más grande del mundo, el acorazado "Nelson", incorporado recientemente á la flota británica de combate

UNA vez más, el espíritu de dominio que alienta constantemente en la ambición humana se hace evidente lanzando contra el lomo rebelde é invencible del Océano el barco que refleja la presente plana informativa.

Trátase del palacio flotante más grande del mundo, rotundo omega de la locomoción sobre el mar, iniciada con aquellas primitivas carabelas.

Este barco guerrero, capaz de acoger á un numeroso pueblo, desplaza treinta y cinco mil toneladas, y ofrece la garantía de conseguir desafiar con absoluto éxito los mayores temporales del Océano, pudiendo abatir, con la furia de las tormentas de metralla de sus cañones, á los pueblos costeros y á los rivales del mar al alcance prodigioso de sus disparos.



El «Nelson», la nave de guerra británica que desplaza 35.000 toneladas, con un coste nunca alcanzado por buque de la Armada inglesa, al salir del arsenal de Portsmouth para incorporarse á su división

Biblioteca de Comunicación

(Fots. Agencia Gráfica)



La calle de la Flor

EL NUEVO MADRID Y SU GRAN VÍA

MADRID se va... La vieja lamentación se repite, un día y otro, en las columnas del periódico, en el cuplé de la cancionista y hasta en las escenas de la zarzuela... Madrid se va... Y en esta frase ponen los madrileños una emoción triste, un lamento hondo. El viejo dolor de las despedidas es, al fin y al cabo, el que palpita en este *adiós* a un Madrid que se va irremediabilmente...

Esta ciudad que se va—que se *fué*, mejor dicho—es una ciudad de tradición y de sainete. ¿Recordáis? Hace diez, hace quince años, aun la fisonomía de Madrid era distinta. *Fué* la guerra—la *postguerra*—la que dió una expresión nueva al viejo rostro madrileño. Todos los días, los periódicos—y los escenarios—recogen notas de esa expresión nueva. Todos las conocéis: *music-hall*, *dancing*, *melenas breves*, *auto*, *rascacielos*...

Seguramente, la parte de Madrid en que más se ha notado este cambio de decoración es la que corresponde a la Gran Vía en construcción. Sobre todo, en los trozos nuevos que ahora empiezan a construirse, en las cercanías ya de la calle de San Bernardo. Emilio Carrère llamó a esa vieja parte el *Barrio latino* de Madrid... Y, en efecto, los últimos vestigios de la bohemia li-



Las calles de Tudescos y de Jacometrezo

teraria estaban allí, confundidos con los estudiantes de las miserables casas de huéspedes, cerca de las sombrías librerías de viejo...

Calles oscuras, estrechas, retorcidas, de irregular empedrado. Cafetines de visillos, escenario de esas novelas alucinantes y dolorosas que escribe Antonio de Hoyos. Toda la picaresca que asoma su lamentable traza en las páginas de Emilio Carrère. Perfiles judaicos tras los mostradores de las librerías de lance, polvorientas, en penumbra...

De todo ello, borrado, destrozado, surge la nueva Gran Vía. Desde ella, Madrid se asoma a los horizontes mundiales. Calle amplia, escaparates lujosos, altos edificios—reminiscencias neoyorquinas—, terrazas alegres, casas de modas, hoteles, anuncios luminosos, trepidación continua de automóviles...

Toda una nueva decoración—escenario de revista—que echa paletadas de olvido sobre el viejo telón de sainete...



La plaza de Leganitos



La calle de San Bernardo

De esa destrucción actual, de esos montones de material viejo que dan á las cercanías de la calle de San Bernardo aspecto de ciudad bombardeada, va surgiendo la rúa nueva, amplia, luminosa. La Gran Vía es actualmente la calle madrileña que sugiere más visiones modernas, más perspectivas mundiales.

Hay en esto de las grandes calles madrileñas, de las que atraen más que ninguna otra el fluir de la multitud, una nota curiosa. Fué, primero,

hace unos años, la carrera de San Jerónimo la que tuvo este monopolio del pasear frívolo. Sin embargo, la Carrera decayó, y abandonó esa leyenda suya de ser la calle de la aventura, de las modistas y de los estudiantes. El cetro pasó á la calle de Alcalá, primero en su parte más cercana á la Puerta del Sol, ahora—por demasiado congestionada y vulgarizada esa primera parte—al trozo que baja desde la calle de Peligros hacia la Cibeles. Actualmente, esa dictadura frívola

UN VIEJO BARRIO QUE DESAPARECE

pasa á la Gran Vía, nuestra gran calle de hoy, ó, mejor aún, nuestra gran calle de mañana. ¿Cual será mañana la nueva rúa que atraiga este fluir de la multitud?

•••••

Tengamos, para este nuevo Madrid, nuestra mejor salutación. Cambiemos ese inveterado lamento por lo que desaparece, por una bienvenida hacia lo que llega... ¿Es mejor, es peor esta ciudad nueva que la ciudad desaparecida? Es, sobre todo, la ciudad que requiere la época, que exige la vida de hoy, frívola y precipitada.

A través de todas las mutaciones, de todas las alternativas, hay algo, en este proceso de desarrollo de Madrid, que no cambia: la simpatía, el espíritu—cordialidad y desenfadado—de la ciudad. Con un fondo ó con otro, con este ó aquel escenario, esa simpatía—alma de Madrid—es siempre la misma. Olvidemos, por tanto, toda nostalgia.

Guardemos ese lamento para el día—¿llegará?—en que esa admirable simpatía madrileña haya huido. Sólo en esa fecha podrá decirse con justicia que Madrid ha dejado de ser Madrid.

Biblioteca de Comunicación
Reservados todos los derechos

EL PASTELERO DE MADRIGAL

CONOCIDA por todos la historia del privado de Felipe II, no hemos de relatarla aquí una vez más: aquella negra historia del que, libertado por el pueblo, á quien había oprimido, murió pobre y abandonado de todos, sin haber podido regresar á su patria ni rehabilitar su memoria, como lo solicitó diferentes veces; pero sí queremos recordar la famosa invención del *Pastelero de Madrigal*, que tanto dió que hablar por aquella época á novelistas, cronistas y dramaturgos.

Entresacamos de los madrileñistas más autorizados los datos que van á continuación, y de cuya veracidad algo podíamos decir; pero no es éste el momento oportuno.

Llegó desterrado de Castilla, por haber sido partidario acérrimo del prior de Ocrato, un fraile agustino y portugués, llamado fray Miguel de los Santos, el que, en vez de ser destinado, como era natural, á un convento de religiosos, lo fué, y de vicario, al de monjas agustinas de Madrigal, donde profesaba la infanta doña Ana, hija natural de D. Juan de Austria y, por lo tanto, sobrina de Felipe II. Había en la villa un pastelero llamado Gabriel de Espinosa, que en facciones y en cierta importancia que daba á su oratoria, no obstante ser hombre vulgar y de escasas luces, recordaba mucho al rey D. Sebastián, que todos sabéis pereció en la rota de Alcázarquivir. Nació en el caletre del insensato vicario la idea de que el tal pastelero se fingiese D. Sebastián, ya que ayudaba el parecido, afirmando que no había muerto en la batalla, como se creía, y dándole unas cuantas lecciones para que se comportase, en lo posible, como quien era, y diciéndole los beneficios que podría reportarle á quello, salieron á la palestra nuestros dos personajes históricos.

Por otra parte, el fraile se propuso explotar la credulidad de doña Ana, mujer cándida en demasía, consiguiendo que esta infeliz dama creyera en ciertas revelaciones que había tenido fray Miguel de los Santos, de que ella llegaría á ser una gran reina, dando su mano de esposa al aparecido D. Sebastián, que no podía menos de recobrar su trono en cuanto se presentase. Tan á pechos tomó la inocente monja, sobre todo lo del casamiento, cuanto le dijo el fraile, que le indicó que quería anticipar algunos favores á su futuro cónyuge, entrando con él en tiernísima correspondencia y enviándole algunas de sus mejores joyas.

Al recibir estos presentes el pastelero enfatuado, empezó á creerse gran persona-

je y á dudar si la añagaza del fraile no sería haberle convertido en pastelero cuando lo que realmente era cosa bien distinta.

Divulgóse el caso poco á poco; de Portugal acudieron gentes que, deseosas de ver y saludar al rey, á quien tanto habían llorado, le reconocieron por verdadero; ya el fraile le había vestido y dispuesto de modo que pareciese un gran señor. Recibía muy grave el tratamiento de *majestad*, que le daban, sobre todo, su presunta esposa y fray Miguel; y él, en cambio de aquellos halagos, ofrecía á todos hacer pasteles y dulces exquisitos para corresponder á estas manifestaciones de pleitesía. Oír el fraile las ofertas de pasteles y sentarle mal sin probarlos, todo era uno. «Majestad», le decía doña Ana, y él se apresuraba á responder: «Alteza».

Deliciosos ratos pasaba el fraile esperando el resultado apetecido. Doña Ana hizo que le entregaran al Gabriel de Espinosa alhajas de su propiedad, que él lucía y hacía saber á todos que eran obsequios de su prometida, doña Ana.

Un día, el trapacero agustino llevó á Palacio al crédulo D. Sebastián, ya estimando que estaba en condiciones de discreción, para enseñarle, aunque no fuera más que al exterior, lo que vendría á ser el Palacio que él disfrutaría el día

que, casado ya, ocupase el trono, y cegó el pastelero, porque los centinelas no le prestaron atención y no le rindieron honores, de que tanto le hablara su preceptor, sin tener en cuenta la tontería de su ahijado; armó tamaño alboroto, que hubo de enterarse el jefe de la guardia del Alcázar.

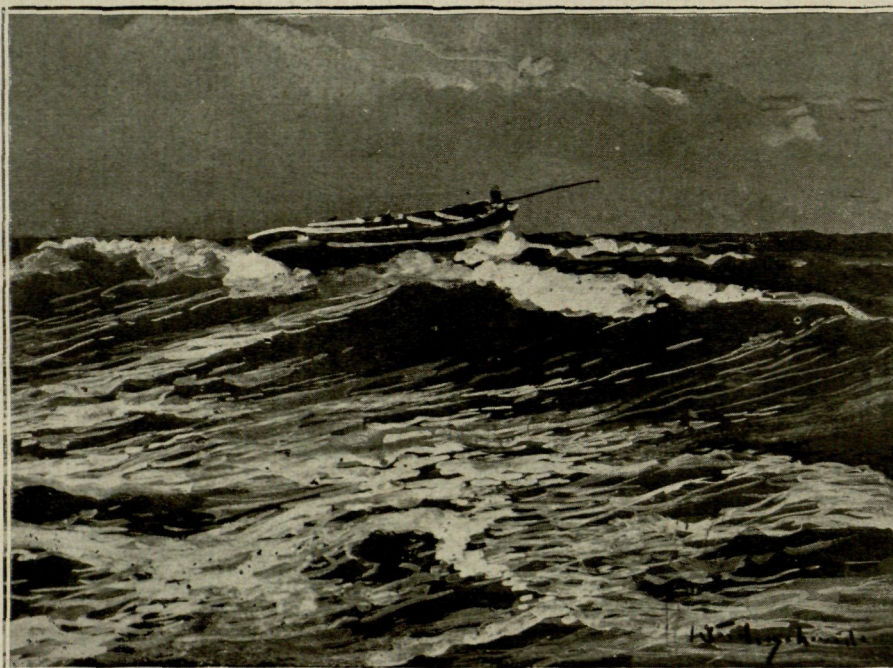
Gabriel Espinosa, empujado por un guardián, salió de la plaza de Armas; el fraile pidió perdón al oficial, diciéndole que era un perturbado que él guardaba de sus excentricidades; pero se comentó el caso, y la policía vino á caer en la cuenta de que aquel hombre del escándalo vivía en la casa del presunto D. Sebastián, el que se rumoreaba había resucitado, no obstante asegurarse haber muerto en la rota de Alcázarquivir.

Por indicación del agustino mudóse de vivienda, yendo á parar á la casa de una pariente de fray Miguel de los Santos, en la calle del Conde.

Mal se acomodaba el hombre-rey improvisado con aquel descenso, y gritaba por todo, ya su cerebro trastornado, y escribía misivas á su adorado tormento diciéndola que le tenían secuestrado. El hambre se imponía, y las alhajas iban desapareciendo de las manos del D. Sebastián fingido, y la policía dió con las cartas que se cruzaban de una y otra parte.

Un día salió á la calle para ser llevado á otra parte, porque ya le seguían de cerca á Espinosa y á Miguel de los Santos, cuando tuvieron que huir, temerosos de todo, al otro extremo de Madrid. Se refugió en una casucha de miserable aspecto que había cerca del cuartelillo de la Montaña, y allí, á las pocas horas, dió la policía con él. Intervino la justicia y se deshizo toda la maraña, formando un largo proceso, en el que el fraile se declaraba inocente; el pastelero, embaucado, y doña Ana, sugestionada; pero la Justicia obró en derecho, y el pastelero fué arrastrado en Madrigal y ahorcado en la plaza pública, dando fin así á este inocente crédito; el fraile embaucador, único culpable, que quiso ser privado de aquella corte de castillos en el aire, sufrió la misma pena en Madrid; y la monja, mero instrumento de aquel imbécil y aquel intrigante, condenada á vivir en un monasterio de Avila reclusa en celda por espacio de cuatro años, á ayunar por el mismo tiempo á pan y agua todos los viernes, y á perder la aptitud para ser prelada y el tratamiento de *excelencia*, que hasta entonces había tenido. Terminando en esto la farsa del fraile, la monja y el pastelero, que dió lugar á donosas obras de teatro.

Juan GÓMEZ RENOVALES



PRESENTIMIENTO

Olas que van, son mis ansías;
Olas que vienen, mis duelos,
Y entre unas olas y otras,
Navegas tú, mar adentro.
En la barca de mi dicha
Mis amores llevas presos,
Y esa barca, cielo mío,
No tiene vela ni remos.
Ya la borrasca se acerca;
Ruge la mar, y yo temo
Que la barca de mis glorias
No llegue á seguro puerto.

J. MUÑOZ SAN ROMÁN

(Dibujo de Verdugo Landi)

Biblioteca de la
i Hemeroteca General



(Fot. Alfonso)

PORTADA DE UN LIBRO

—¡Fuego en el Mar!—han gritado
cien voces desde la orilla,
porque brilla
arrogante,
en la sombra destacado,
un diamante
constelado.

—¿Será un lucero caído?
—¿Será el astro de un timón?...
Nadie sabe lo que es;
pero la noche ha prendido
un corazón
en su marino pavés.

Esa lumbre que destella,
no es la estrella
que se ha querido bañar,
ni la perdida centella
de un hogar.

No la vengáis á coger
sobre las aguas de Abril;
dejádmela florecer
en el oscuro pensil;
que este puro fogaril
es un rezo de mujer.

Libro, rosario, cantar,

dejadme con él á solas,
que yo no temo á las olas
de la Mar.

No derivéis inhumanos
detrás de esta maravilla,
hermanos;
¡si no es más que una cerilla
que han encendido mis manos!...

—
¿Llegaré á puerto?
De cierto;
sin que roce mi bandera
vuestra playa.

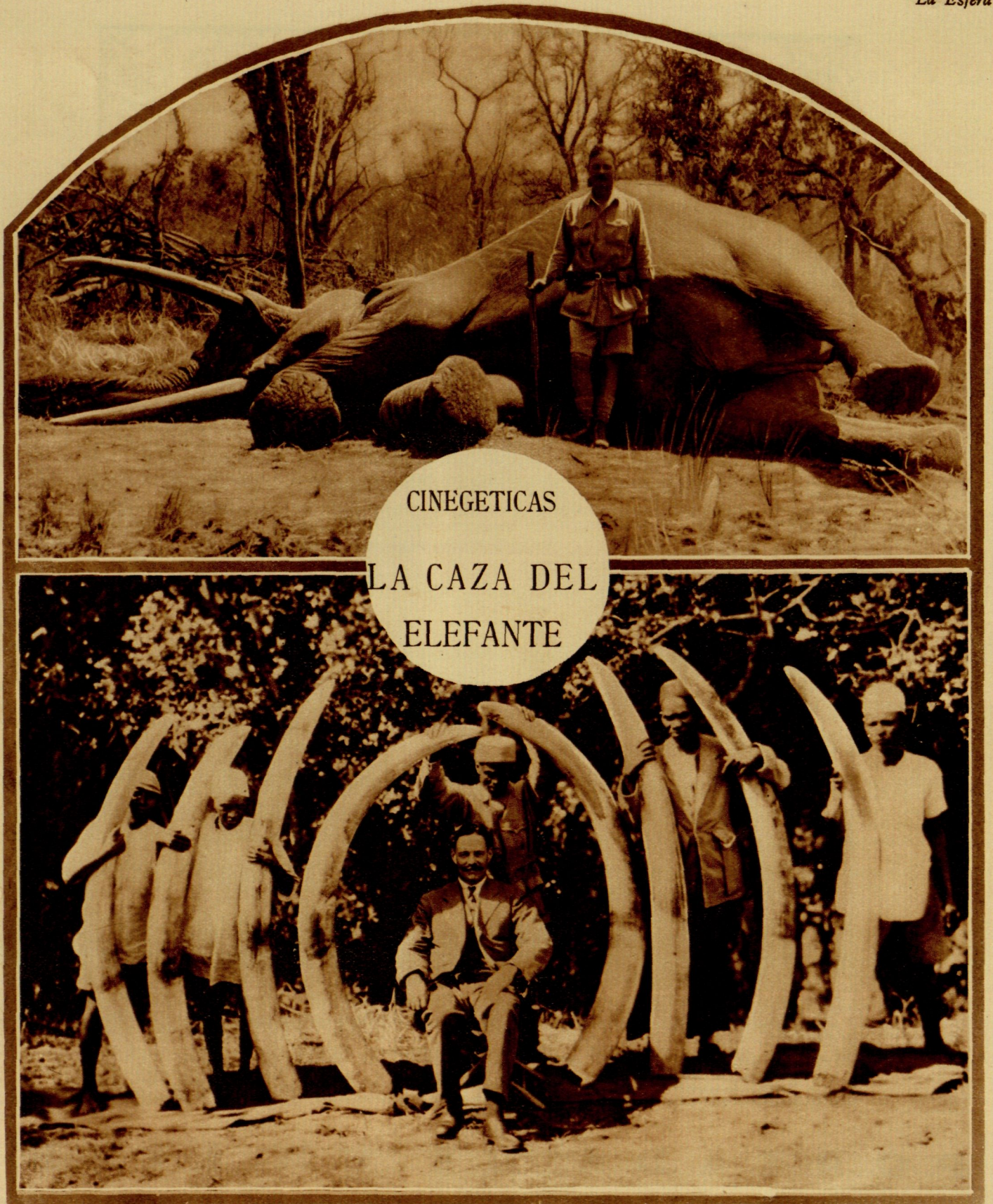
Nadie en el mundo me espera.
Si no voy á otra Ribera,
¿á dónde queréis que vaya?

Dejadme, por Dios, seguir;
á mi luz y mi pasión
caminar;
que nada os he de pedir;
me basta mi corazón
sin razón
entre la Noche y el Mar.

CONCHA ESPINA

Abril, 1927.





CINEGETICAS

LA CAZA DEL
ELEFANTE

Como muy lejos del mundo, en lo recóndito de la Naturaleza, en las tupidas selvas vírgenes del Indostán, Birmania, Assam, Sumatra, el elefante constituye un elemento imprescindible de su majestuosa y bravía decoración. Y un animal, desde tiempo remotísimo, al que se persigue para domarlo y aplicarlo al trabajo. Suele vivir reunido en rebaños más ó menos numerosos. En Ceylán existe una casta de cazadores de elefantes llamados *panihies*, que recorren los bosques armados de un lazo fuerte y elástico que lanzan á una pata del cuadrúpedo que pretenden cazar, mientras que un ayudante amarra á un árbol el otro extremo de dicho lazo. Así, mantenido el animal durante varios días en continua intranquilidad mediante el fuego, el humo y el ruido, sometido á la par á los suplicios del hambre y la sed, consiguen

en pocos días, mimándole después, amansarlo. Pero la emoción, para hombres como el banquero norteamericano Mc. Lucen Grant, perfilado en la primera fotografía contra el vientre de su víctima, estriba en la caza á tiro sumamente peligrosa, porque dadas las constantes variaciones del viento, los elefantes olfatean al cazador. Sin embargo, un buen tirador, con cautela, puede acercárseles lo suficiente para derribarlos de un certero balazo detrás del ojo ó, aun mejor, detrás del borde de la oreja. Los tiros que den en otra parte del cuerpo, no obstante se empleen rifles de gran calibre y balas explosivas, no sólo no derriban al imponente paquidermo, sino que raramente le impiden escapar, salvando grandes distancias, para ir á morir en sitios donde no lo encuentra va el cazador.



UN GRAN RETRATO
DEL REY DE INGLATERRA

Ha aquí fielmente interpretada la figura del Rey Jorge de la Gran Bretaña. El pincel maestro de Sir Arthur Cope ha sabido llevar al lienzo la humana expresión—con graficismo vulgar—de «un retrato que habla». Esta lograda pintura, una de las más acabadas que se han conseguido del Soberano de Inglaterra, que honrará uno de los principales muros del Real Colegio de Música, de Londres, se llevó á efecto mediante sucesivas sesiones de «pose» del Rey Jorge.





LAS
CIUDADES
ETERNAS

GRANADA



A la izquierda, la Puerta de la Judería, uno de los más bellos rincones de esa maravillosa ciudad de tradición y de arte que es Granada



A la derecha, la carretera del Darro, en la magnífica ciudad andaluza cuyas nostalgias y cuyos recuerdos cantaron en versos de oro Zorrilla y Villaspesa

(Fots. Wunderlich)



EN LA CIUDAD MAS ELEVADA
DEL MUNDO

ANTE LAS MAQUINAS
DE LA
CASA DE LA MONEDA

Dépendons pour paraître riche.

M. DE CALONNE Á LUIS XVI.

No se necesita para ascender á la cumbre del Oreko-Potocchi (cerro que brota plata) ser un Eduardo

Que el Bolívar del (Mi delirio sobre el Chimborazo) subió á la cima (y verdaderamente esta vez) del Cerro de Potosí y derramó palabras que no son en los libros que hablan de el Libertador.

Whympner, ni siquiera trepar *piolet* en mano, ni echarla de los *stengeisen*; basta con que las hemolisininas de Lands-teiner no aglutinen y disuelvan nuestros glóbulos ro-

jos. O sea, en lenguaje cristiano, que desde la plaza Matriz se puede subir en mula hasta cien metros (y el pico) de la cúspide; en mula y en *auto* (si el que maneja el volante es norteamericano). Una vez en la trocha, para ganar el perfectísimo círculo del fin, hay que tallar escalones en la voluntad, cosa hacedera si la sangre no se (sorocha), en cuyo trance el remedio indicado por los naturales del país es pegarse un tiro, porque á cuatro mil ochocientos metros sobre el nivel del Pacífico, todo otro consuelo es sinapismo, exceptuando si la malaventura se resuelve en hemorragia y lleváis con vosotros un médico y éste os inyecta sueros salinos ó glucosados. Pero el espasmo se reduce á pismo del espíritu, si al alma no se le sale la sangre coagulada por narices y oídos y aprovecháis para mirar, con los ojos bien abiertos y bien abierta la boca, esta luz de (laboratorio). Todo eso de radiaciones de cuerpo negro, calores específicos y espectros de los átomos, se ve, desde aquí, claro; desde la cuestión de las ondulaciones neuromusculares que resolvéis (subiendo) sin necesidad de Crookes, hasta las infinitesimales sin refracción, en el extremo preciso de la escala de los sesenta y tres grados, ya en los dominios de un Paulowski, en cuya cuarta dimensión va Bozzano la (memoria sintética) de la subconsciencia. Y que viene todo ello al pelo para explicarse el frenesí y el delirio que asalta



Casa de la Moneda de Potosí, tal como ha quedado después de una restauración de esas de moda, y que el viejo edificio ha resistido valientemente

el cerebro en sitios semejantes. En este pequeño espacio redondo de la cima por el que apenas podéis dar unos treinta pasos, deliró Bolívar por segunda vez. Esto del (Delirio sobre el Chimborazo) traía á mal traer á los historiadores del gran vasco (avenuezelado) mas esta luz ultravioleta pura y ese azul del cielo (químicamente puro) tan poco azul como impresionante por su sutileza insondable, explica perfectamente por qué un vasco perdió la cabeza, ¡con lo difícil que es eso!... Y que estas cumbres andinas deben serles (á los vascos) fatales, pues de las tremendas luchas de Potosí y las más terribles aún de las minas de Laicaccota por Puno, en el lago Titicaca, ellos son los promovedores. Y es que cuando á un vasco le salta de la cabeza dar la vuelta al Mundo en un navío algo mayor que una nuez (El Cano) se sale con la suya, y si se le da por que sea el Mundo quien dé vuelta, y aun vueltas á su cabeza, surge un Bolívar. Qué más si hasta existe

toda una teoría para demostrar que el misterio de Tialsuanacu (que es el enigma de América y tal vez el mayor de la Tierra), y ellos (los vascos) son eje, raíz y centro... Bien; aun demostrado por la ascensión de Whympner que ni Humboldt ni Boussingault habían escalado del Chimborazo otra cosa que sus escarpes primeros, el genio montaraz de Bolívar es un hecho y no es un grano de maíz subir por el Arenal hasta el pie de los glaciares, como hizo el admirable soldado: «... Llegué á la región glacial y el éter sofocaba mi aliento...», escribe Bolívar (en el Delirio). Eso del éter estaba entonces de moda en los sabios, poetas y mujeres. Y si «en los cristales eternos que circuyen el Chimborazo» Bolívar dialogó allí con el Tiempo en la figura de un viejo calvo, rizada la tes, una hoz en la mano; aquí, sobre la cumbre del Putt-sí (en Aymara), exclamaba: «De pie sobre esta mole de plata cuyas venas riquísimas fueron trescientos años el Erario de la Es-

pañá, yo estimo en nada esta opulencia cuando la comparo con la gloria de haber traído victorioso el estandarte de la libertad desde las playas ardientes del Orinoco para fijarlo aquí en el pico de esta montaña cuyo seno es el asombro y la envidia del Universo.»

Estas palabras, que además de tener el mérito de ser voz de la Historia, tienen el no menor de ser la vez que un vasco ha hablado más, re-

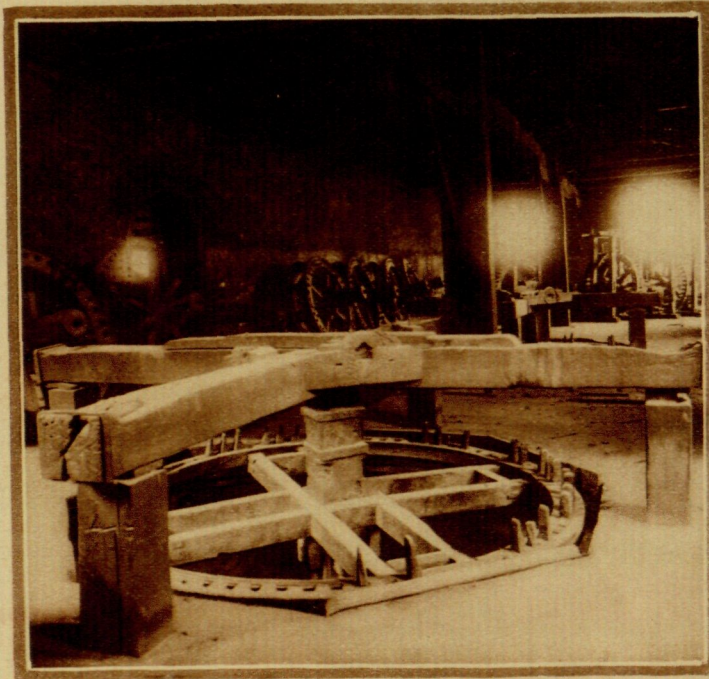
Que se ven desde el cerro centenares de leguas de panorama excelso, tres siglos de historia española y una montaña convertida en panal de abejas.

amargura mayor. Ningún suceso más feliz ocurrió á España en América que el hallazgo de este Cerro; ninguna tragedia comparable (para nuestra patria) al primer rayo de libertad salido del monte asimismo. Es ahí en esa ciudad, que hoy cuenta solamente unos miles de almas y las ruinas de una grandeza sin par, de donde surgió la centella primera de la Independencia. En alguna parte tenía que ser... Algún día había de ocurrir... (Estaba escrito). Lo que (no estaba escrito) es que fueran españoles los corazones esforzados y geniales que acertaron á quebrar los vínculos con sangre. En fin..., el delirio; siempre el delirante efecto de esta luz que no sólo os trae á los ojos la remotísima cordillera de los Frailes, de Poopó hasta el abra de Huasacho, con las serranías y contrafuertes que convulsionan más que agarran el altiplano de Potosí, la cima del Malmisa, la cordillera de los Asanaques y toda la de Corregidores hacia el salar inmenso, sino que os mete por los ojos las entrañas de las cosas mismas, como si las viérais á través de combinaciones de vibraciones de altísima frecuencia y ondas nerviosas (exteriorizada). No son colores ni masas los que veis; son las vísceras de las cosas y los matices de dentro. No es posible un pintor aquí, sino un óptico. Por ello, sin duda, los geólogos conocen esta colmena de pórfido como ninguna mina del Mundo, y os describen á pedir las treinta y dos vetas que la cruzan y los mil millones de metros cúbicos de la zona no explotada. Espléndido escenario de montañas y de actos. Cruzado de brazos, y como ellos el alma, la espalda descansada en la lanza de hierro que los *boys* potosinos colocaron, los ojos no saciados de ver las torres de los templos hispanos que restan de tantas que se hundieron, buscan sobre las lomas de Cari-Cari el drama de las lagunas que se derramaron también sobre la ciudad, sepultando tesoros, desbordando de la quebrada y valle de Tarapaya. La ciudad de los docemil pozos necesitó agua para mover sus ingenios, lavaderos, quimbaletes, rastras y trapiches; obra de aliento español el sobrehumano trabajo de colgar sobre la Villa Imperial docenas de lagos artificiales cegando las cabeceras de la ribera y uniendo las lagunas por red de acequias prodigiosas niveladas á portento en su extensión de cinco leguas. Rotas las compuertas un domingo de Marzo del 1626, las lagunas se vaciaron sobre la Villa. Pero ahí están. Los vasos se han vuelto á llenar, los desagüaderos, los aforos, los túneles, las puertas, todo recuerda la ingente labor de aquellos dioses de la voluntad que roídos de vicios, de crímenes, de gloria, de piedad y de sangre, de nervios batidos por la fortuna y la tragedia, recibieron sobre sus cabezas el tremendo bautismo de expiación, aunque no de enmienda. ¡Enmendar un español su temperamento!... Los hombres de acero que vinieron por ese mar



El indefinible encanto de estas portadas tan bellas y tan únicas en los riquísimos acentos de nuestro barroquismo plateresco consiste en que están labradas sobre los Andes, casi á una legua de altura sobre el Pacífico y á millares de leguas de la Nación que las soñara...

de natales petrificados y enrabizados en contorsiones de sierras imponentes sobre el ya alucinante altiplano andino; los hombres que caravanearon hasta aquí por esos dislocamientos de sistemas enteros, nudos de serranías y hoyas espantables, entre ese Condo y Challapata, por esos Sevaruys, las Chichas, Kuanchaca y Chinguipaya, por el Chorolque y Andacaba, esos hombres no tenían de qué enmendarse. Eran dignos del fuego pasmado de esos metales. ¡Cómo conciliar el asombro de darse en un espíritu las torres y espadañas y tramas de froga de ese San Lorenzo, la Matriz, Santa Teresa, San Francisco, Santo Domingo, San Agustín, la Casa de las Teresinas, el Convento de Santa Mónica, la Concepción y los centenares de galerías, socavones, tajos abiertos, ratoneras, piques, dislocadores,



Ninguna melancolía mayor que la visión de esta maquinaria ahí arrumbada y perdida. ¿No sería posible recabar del Gobierno boliviano su cesión á la Casa de la Moneda de Madrid? ¡Qué buen recuerdo éste en el Museo! El nos hablaría de esfuerzos que vamos olvidando...

ojos, clavos y las fantásticas perforaciones y bucerías de este arapil de magia asentado en millargos argentíferos insospechados sobre el plinto descomunal de Cari-Cari á Lipez-Orco y toda la sierra entre la ciudad y Puna de Talavera?... Los mismos que se quebrantaban los huesos en torneos dignos del «Amadis» sobre ese ocre sienés de la pampa de San Clemente, cambiaron la milenaria fisonomía del Cerro satánico y lo despellejaron de su cobertura, de su piel (de ichu), la paja consumida en los miles de miles de hornillos, las cebadillas y manchones de pasto que tapizaban los panizos.

Y ya no acompañan el laboreo y beneficio de las minas, ni (el *cajcheo*) de (la *mita*) ni la fatiga de los carreteros y porteadores de metales, agua

ó caja, las campanas de San Juan y de la Merced y de San Martín; ni sobre la sórida tierra del *Quintu-mayo* cae el toque de Animas. Ni hay Cruces verdes que alternen con los andariveles, ni revueltas é intrigas en las *rimac-pampa* (plazas que hablan), que acompañen las parlerías de los metalarios ó de los *palliris* que chancan en los cauchones las rosadas peyas. Caballeros andantes de la Cruz, Campeones ó campeadores de yelmo sobre el yermo bermejo de la puna (quechuas); los relatos en los nudos de los (guipus); el Santo Cristo de la Vera Cruz, que aplaca los flajelos y deja crecer sus cabellos; justas; coca; quenas; la cárcel de los Mitayos, ahí en pie todavía; Visitas de Virreyes; remates de Alferazgos; quemas de blasfemos; Real Pendón de Santiago el Mayor; Alguaciles; Veedores; Toros; palacios embrujados; apariciones de cometas; Cristos de la Coloma; Casas Señoriales; muebles suntuosos; procesiones; penitencias públicas... Todo eso en esta colmena que bolea una legua y remata á un kilómetro, en esta musa rasa, destemplada y árida, estriada de niveles y cornisas, de derrumbaderos de escorias, catas, desmontes y arroyadas, mole rojiza de rubio de trigo, como empuñamiento terror de plata, matorrada de verdosas pelusas en manchones como parches, acullá y aquí arenisca, pizarrosas bandas, peñascales, partes guijarreas cruzadas de bajas amoladeras. Sin una sola flor, sin un solo árbol. Vagoneas, chimeneas, carriles de cable, rieles, hornos, reberberos (buddles), molinos, líneas y lomas jorobadas por restos de las madrigueras pulveri-

zadas y que tienen livideces de entrañas animales. Baldes de andariveles, humo azufrado, declives de decoviles, wolfram estaño, plata, bismuto, vientre ó bolsas destripadas que han volcado cochizos y rioritas y metalejos. Recuas, rebaños de llamas cargadores ó husmeadores del cascajo que es oro también negro ó gris ó cadmio, pero oro, oro siempre, lo lleva el aire, la luz y la sangre y el humo. La obra más grandiosa del hombre antiguo en América (aparte, en América y en el Universo, Tiahuanacu), es la fortaleza de Sacsayhuaman en el Cusco, sobre la colina de San Cristóbal; la obra de la Naturaleza en América más bella no es el Aconcagua es en la Guayana Inglesa la Cascada de Kaieteur de cerca de trescientos metros de altura; la obra en América más grande hecha por el hombre moderno es Potosí. Esa masa de imán ha magnetizado una Raza entera durante siglos, hasta destrozarla. Pero la Raza ha horadado el monte funesto y ha rellenado los huecos que le abría con una cantidad tal de alma, que ese cerro posee una vida espantosa. Parece muerto, y no lo está. ¿No parece eso la Raza también? Los ojos, cansados de mirar la colmena de pórfido vuelve á lanzarse al in-

finito de ese océano de montañas que se destacan unas de otras, más que por el color fieramente primario, como las olas del mar, por la línea de fuerza que desplazan. Luego, la mirada busca cierto edificio en los tejados del Potosí actual.

Después del Cerro, y con ser todo aquí símbolo de cosas inolvidables, la Casa de la Moneda suspen- de el ánimo y le sacude con nuevas impresio- nes. No es la primera

Que la Casa de la Moneda de Potosí, en la Plaza del Gato, es digna de eterna recordación, y que no allí, sino en España, debían estar las máquinas llamadas (Molinos) que laminan tanta plata para nuestro país.

que estableciera España en América, ni tampoco la única que existió en Potosí. Como la primer imprenta, fué México donde se fundó, en 1535. El edificio, aun restaurado, es delicioso, y sin ser vetusto ni trágico, tiene facha de adusto y mucho de cárcel. No se le quiere en Potosí, y cuando hablan de él los americanos se reservan y gruñen. Grave cuestión fué y (es) para España esta del dinero de América; pero tarde ó temprano pasará con ella lo que sucedió con las Leyes de Indias y con las relaciones del P. Las Casas. No sino esperar. Jerónimo Becker ha rectificado á Alonso Morgado, y de los datos de la Casa de Contratación saldrá otra vez la verdad, que ya empieza á esclarecerse en Suárez, Tello y Matienzo... «Por aquí se va al Perú á ser ricos» fué una de las cosas que dijo Pizarro con la espada en la isla del Gallo. Caro le costó á él, y más que á él á nosotros, los (dos millones y medio de dólares) que valdría en buena moneda de hoy el Tesoro de Atahualpa. Los ojos reelen desde esta Casa de la Moneda que tanta plata laminara para España la (Consulta del Supremo Consejo de Castilla) hecha á Felipe III en 1619... Pero todo ello

importa poco ahora. Aquí lo que inmuta el pecho ibérico es el gesto. Había que hacer el case- rón y hacerlo bien, y se hizo. No hay un árbol en centenares de leguas al contorno, y vinieron millares de vigas, tijeras, soleras y tablas, pe- aras, tirantes, planchas y alfajías; no había car- retas para traer esa madera, y se labraron; no ha- bía caminos, y se allanaron en lo imposible; cos- taron un dineral y un caudal de sangre; la sangre y los dineros se gastaron sin mirar tasa. Se ne- cesitaba tipa, soto, cedro, nogal, arrayán y al- garrobillo; en Potosí sólo hay plata y sangre, granito y voluntad; la madera vino de Mojtoto- ro, Paccha y Presto; hubo que ir por ellas á los valles de Mataka y á las riberas del Pilcomayo y Pila- ya. Y sobre la plaza del Baratillo, el sólido pa- ralelogramo surgió bello y ceñido, como la raza que lo ideó. Estos edificios tienen historias se- mejantes á las vidas de los hombres de enton- ces; pero el resumen de todas ellas es esta pa- labra: querer. Ahora la maquinaria vieja está arrumbada en salas inmensas, como galpones, pero de recias murallas. Patios y más patios, ca- llejones y sótanos, y ante los ojos los crisoles de herrumbre, los molinos de laminación de la Fie- latura, el andén de las mulas, las hileras de ara- ñas, los aparatos de corte de tejuelos, limadores, hornazas y tiestos, quimbaletes, y los triturado- res tremendos de los almadenates de bronce. Y es ante esos malacates, maderos gigantes de Sucre y Ejeñam, ante los cabrestantes con sus palancas, ruedas dentadas, tacos y volantes for- midables, las piezas con sus juegos de piñones y sus viguerías descomunales traídas de Tucumán; es en esta vasta sala desamparada, sin sus be- renguelas, pero aun con sus barrotes vizcaíños en las toperas, donde un alma hispana se da cuenta de que el edificio es digno del monte y las máquinas, del caserón. ¡Oh, aquellos letreros en el eterno rasgueo y almagre de los letreros estu- diantes solariegos: (O dulcis Virgo María),

(O Clemens o Pia), (Ave María Jesús)... Nuevas maquinarias las han relegado para siempre... ¿Por qué no conservarlas? Millones de reales en plata y en oro, quintos, diezmos y cobos, (ocho- cientos veintitrés millones novecientos cincuen- ta mil) de estos (un total de mil seiscientos cua- renta y siete millones y cerca de otro y unos cuartillos) de gruesa... Ellas hablan de los res- catadores ó mercaderes de plata; de plata en piña de azogueros, y del Gremio de éstos; ellas, del Real Banco de Rescates y del Real Socavón, de las Corporaciones, de dineros, granos, marcos, maravedís, de plata ensayada y marcada, de tostones, tomines y cuartillos de á real, de los derechos de braceaje, de chafalonías de ayer... Pero ellas hablan de algo más: de nuestra poca memoria (efectiva) y de un lirismo de alfeñique. ¿Por qué estas maquinarias no están en España ya? Alguien que sin ser ya español guarda en su pecho, «como oro en paño», la solera de la Raza, me decía ante ellas: (Muy difícil será que Boli- via las deje marchar). Esas maderas (son), viven aún. ¿Qué Stanley Jevons, ó Welwski, ó Seyd ó el diablo en persona podrá á un corazón espa- ñol hablarle de sus finanzas y de sus gestas como esos enormes trozos de maderas acomodadas en un museo?... En 1592 Cervantes pedía venir á América. Pobre, muy pobre él, buscaba esta plata. Los jóvenes intelectuales potosinos me prometieron (y América cumple siempre lo que promete) cincelar en plata del Cerro el busto de Cervantes, de aquel que extendiera por el mundo el modismo: (Vale un Potosí)... Y jamás plata en piña (sin quintar) habrá estado mejor em- pleada que en vaciar en ella las líneas severas de ese hidalgo que acertó, como nadie lo haría jamás, á encontrar la razón de la sinrazón de duelos tan descomunales como el de ese Cerro y España, como el de España con su destino...

EUGENIO NOEL



Un rincón... ¿de España?, de Potosí. Tanto monta. Esas obras maestras quietas y escondidas parecen guardarle á España todavía el secreto de su viejo valer...

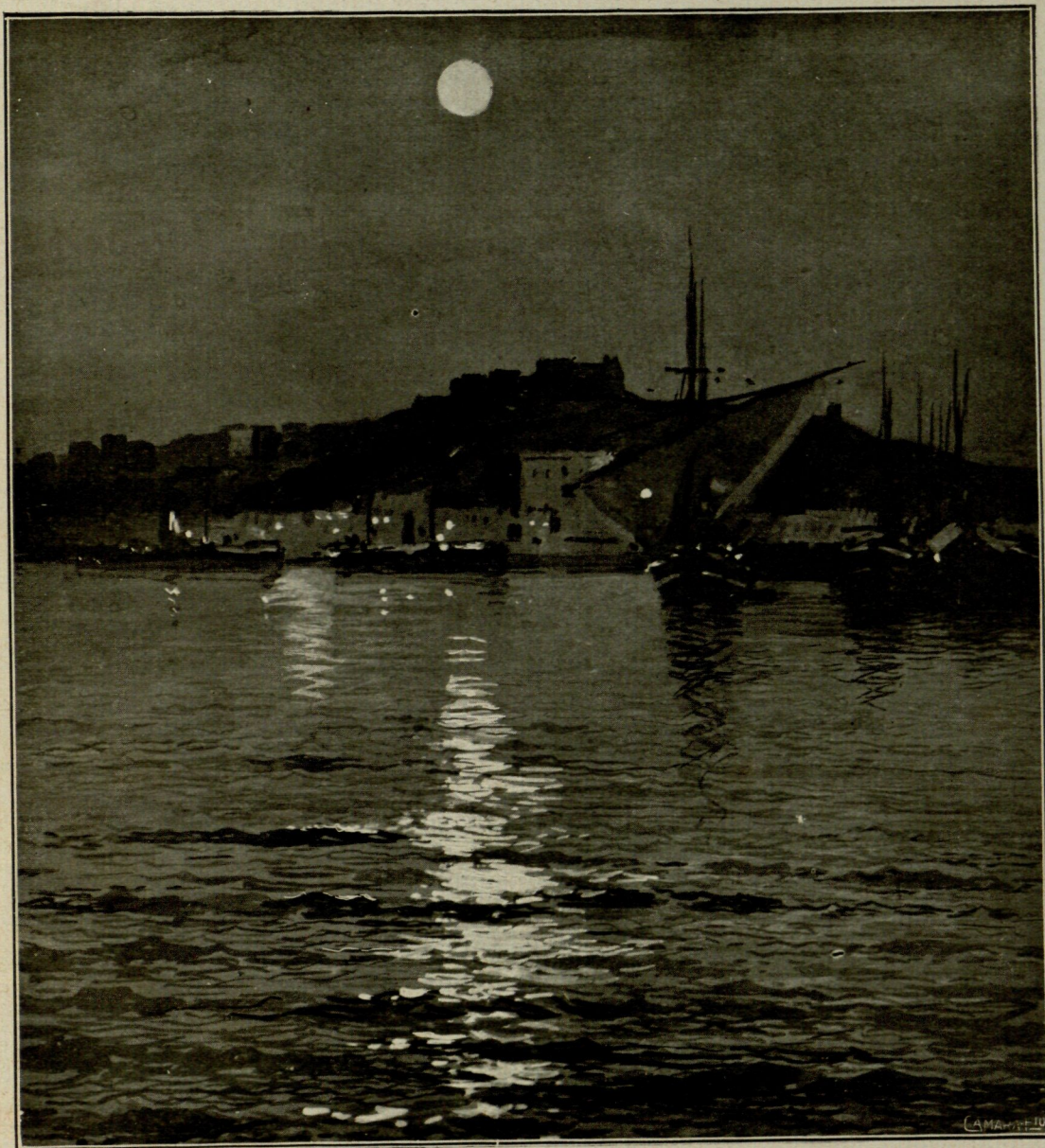


Huellas sagradas de la Patria: estos arcos de triunfo, en los que colaborara el alma indígena con el genio de la Raza, como en tantas otras cosas...

EXALTACIÓN DE CARTAGENA

Por EMILIO CARRÈRE

(Dibujo de Verdugo Landi)



Perla del mar latino, ciudad morena
que sueña de las olas al dulce son.
¡Lo mismo que una lírica, blanca azucena,
Virgen de los Dolores de Cartagena,
yo ofrendo en tus altares esta canción!

Musa mediterránea, yo te quería;
soñaba con tu mágica luz oriental.
Eras muy de mi alma, pues yo tenía
en Cartagena un culto sentimental.

Vergel de jazmineros y de azahares,
de quimeras radiantes mi mente llenas;
yo temo que me embrujes con tus cantares,
pues tienes el hechizo de las sirenas.

Eres mitad cristiana, mitad moruna;
teje el Mediterráneo tus alquiceles
con espumas de nácar, mientras la luna
engarza en tu turbante ricos joyeles.

¡Oh, nazarena pálida de hondos amores
y moradas ojerías que abrasa el llanto;
la que canta esos trenos desgarradores
en la mañana trágica del Viernes Santo!

Mujeres como llamas, hechas de raso,
y en los ojos la fiebre de los ensueños,
que andan musicalmente, bordando el paso
con sus pies fabulosamente pequeños.

Unge vuestra belleza celeste gracia,
¡oh, levantinas vírgenes de tez morena!
¡Sólo igualan los lises la aristocracia
de estos lirios de carne de Cartagena!

Así era, toda ungida de poesía,
con las negras pupilas llenas de encanto,
una cartagenera que yo quería,
que ya duerme en la tierra del Camposanto.

Ved que soy un poeta y un peregrino
que engarza una plegaria y un madrigal;
esta ciudad, diadema del mar latino,
es para mí un sagrario sentimental.

Perezosa nereida que estás soñando
embriagada de nardos y de azahar,
mientras tu pie y tu frente besan cantando
tus dos enamorados: el sol y el mar.

Prisionera en tus cármenes de jazmineros,
si al horizonte miras, ¿qué es lo que anhelas?
¿Rutas de aviadores, entre luceros,
ó en la mar, un camino de carabelas?

Cartago nazarena, tu alma de artista
siente del atavismo la ley fatal,
ante el mar, que es la ruta de la Conquista,
y el azul, que es la senda del Ideal.

¡El puerto! Fuertes mástiles aventureros,
donde cantan los vientos sus sinfonías;
fuman sus viejas pipas los marineros
con los ojos henchidos de lejanías.

Esta noche divina de primavera,
el embrujo que tienen vuestras miradas
me ha fascinado, y canto cual si viviera
en un limbo quimérico de cuentos de hadas.

Biblioteca de Comunicación

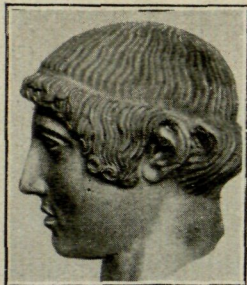
El mago Abril de aromas la noche llena;
modula el mar latino su dulce son...
¡En memoria de aquella novia morena,
Virgen de los Dolores, de Cartagena,
toma el haz de azucenas de mi canción!

DE LA HISTORIA DEL ARTE

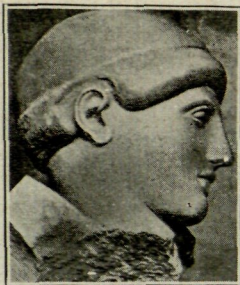
El escultor que rivalizó con Fidias



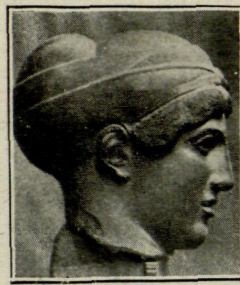
La «Atenea», de Lemnos obra de Alcámenes, que se conserva en Dresde



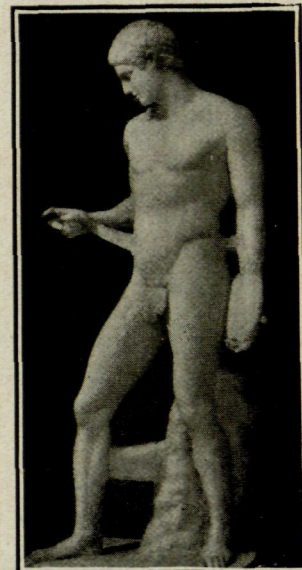
Cabeza del «Apolo», de Olimpia, vista de perfil



Cabeza de «Teseo», en el templo de Olimpia



Cabeza de una mujer lapita, en el templo de Olimpia



El célebre «Discóbolo» del Vaticano, obra de Alcámenes

gran escultor griego del siglo V a. de J., nacido en Lemnos, según Suidas y Tzatzés, y en Atenas, según Plinio, y al que varios escritores helenos clásicos consideraban como rival afortunado de Fidias, su averiguado maestro.

Entre los trabajos más importantes que se le atribuyen, figuran una *Afrodita*, que los atenienses llamaron *de los jardines*, y que era el más precioso ornato de los que circundaban el templo de la diosa en Urania; la *Hécate*, de la que se cree es copia el grupo conservado en el Museo capitolino de Roma; el *Marte*, de su templo en Atenas; el *Discóbolo* del Vaticano; una *Progné*, el grupo de *Progné é Itis*, de la Acrópolis de Atenas; la estatua de *Vulcano*, en Atenas; el *Hermes*, de Pergamón, y algunas otras de menor importancia, más uno de los tímpanos del templo de Júpiter, en Olimpia, obra esta última que, no obstante la autoridad de Pausanias, fué largamente discutida por los arqueólogos en la fecha de su descubrimiento.

Un libro reciente, cuyo autor es el arqueólogo británico Sir Charles Walston, y que acaba de publicarse en Cambridge, plantea de nuevo el viejo é interesante problema relativo á los mencionados frontis del templo olímpico, relegado con el de las esculturas del Partenón, desde hace algunos años, á segundo término, bien porque la generación actual esquivaba los amplios horizontes, ó quizá porque todo lo que puede decirse en tales materias ha sido ya escrito, permaneciendo al fin y al cabo tan irresolubles como siempre lo fueron ciertas interrogaciones hechas al pasado por los espíritus inquietos. De ahí la importancia de la obra que nos ocupa, que, sin duda, habrá de ser de positiva utilidad á arqueólogos y artistas, cualquiera que pueda ser

el juicio formulado por el lector sobre las conclusiones de Sir Charles Walston acerca de la personalidad de Alcámenes y la fijación del tipo clásico en el arte escultórico griego.

Pausanias, al que pudiera llamarse el Baedeker de la antigua Grecia, en su minuciosa descripción del templo de Zeus en Olimpia, afirma que las esculturas del frontis oriental son de Peonias, y las del occidental, de Alcámenes. Antes de que los alemanes excavaran Olimpia, entre 1875 y 1881, Peonias sólo era un nombre para los arqueólogos; por el contrario, Alcámenes era bien conocido, merced á las fuentes literarias, como insigne escultor de Atenas, rival de Fidias, á quien sobrevivió muchos años en cuanto consta que aún labraba hermosas estatuas en el año 403 antes de nuestra Era. Confíabase, según esto, en que si se llegaba á descubrir las esculturas frontales más ó menos completas, sin duda habríase de ejemplificar elocuentemente la existencia de aquel estilo rico y flexible que muestra el Partenón, y cuyo más perfecto modelo es la balaustrada de Atenea Niké en la gloriosa ciudad madre.

Las excavaciones dieron, sin embargo, un mentís á estas esperanzas. Todas las esculturas frontales descubiertas mostraban ser producto de un arte bastante anterior, ciertamente vigoroso y pleno de ambiciones, pero que presentaba defectos de ejecución inadmisibles en un discípulo y colaborador de Fidias. Sobre esto, hubo de hallarse soterrada también una obra—la conocida *Victoria*—que puede ser atribuida con toda seguridad á Peonias, y que hace difícil, si no imposible, admitir la intervención de este artista en la labra del frontis olímpico. Por si ello no fuera bastante, encontré á poco una inscripción que menciona otras obras de Peonias en el templo de Zeus, sin referirse para nada á las esculturas de los tímpanos.

Complica aún más este problema el haber sido descubierto, años más tarde, en Pergamón (Asia Menor) un busto de mármol, clasificado ya definitivamente como valiosa copia de una obra de Alcámenes. Pero es el caso que este busto, del

que posee una reproducción el Museo de Berlín, ofrece muy lejanos parentescos con las esculturas de Olimpia.

Consideramos ocioso entrar en detalles acerca de la controversia entablada por los arqueólogos helenistas acerca del punto. Sólo diremos que la mayoría de ellos se ha inclinado á creer durante muchos años que tanto uno como otro frontis del templo olímpico proceden de un mismo cincel, acaso concebidos y ejecutados por artistas pertenecientes á una escuela escultórica local, pudiendo, por tanto, conceptuarse equivocadas las afirmaciones de Pausanias.

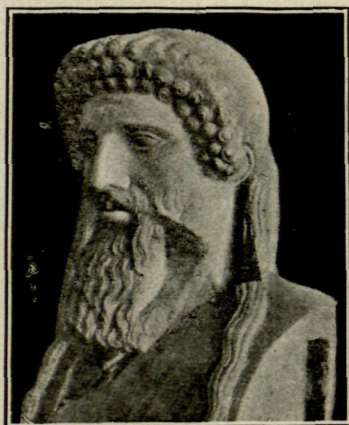
Divorciándose en absoluto de esa mayoría de opiniones, Walston da entero crédito á la descripción del geógrafo y arqueólogo heleno. Y no sólo declara obras indudables de Alcámenes las esculturas del frontón occidental del templo de Olimpia, como atribuye á Peonias las del frontis oriental, sino que aquéllas, con todas sus imperfecciones de técnica, que, sin duda, obedecían á la juventud de sus autores, representan en la historia del arte griego los más antiguos ejemplos del tipo clásico, llevado más tarde á su máxima perfección por Alcámenes en su célebre *Afrodita*, y por Peonias en su no menos famosa *Victoria*.

El resto del interesante libro de que nos ocupamos se halla dedicado á estudiar las diversas obras conservadas en los Museos de Europa y América, y que se tienen por copias de originales de Alcámenes. El minucioso análisis de las mismas lleva á sir Charles Walston á considerar como indudables solamente cuatro: la *Atenea*, de Lemnos; el *Discóbolo*, del Vaticano; la *Venus*, de Munich, y el *Hermes*, de Pergamón. Opina Walston que asimismo deben ser atribuidas á Alcámenes el *Hércules*, de Boston, y el *Apolo*, de Casel.

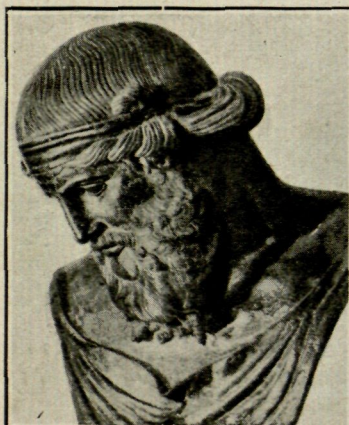
D. R.



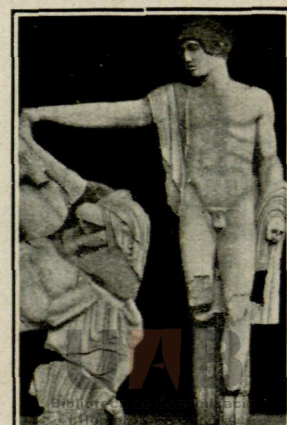
«Venus», de bronce, copia de Alcámenes, conservada en el Museo de Munich



El famoso «Hermes», de Pergamón, obra indudable de Alcámenes



Busto en bronce de Dionisio, copia de Alcámenes, conservado en el museo de Nápoles



El «Apolo», obra de Alcámenes, que figuraba en el tímpano del templo de Olimpia



Biblioteca de Comunicación
i Hemeroteca General

LA PINTURA ESPAÑOLA CONTEMPORANEA

«Apolo convierte en álamos blancos a Lampecía y Febe por lamentar la catástrofe de Faeton», cuadro de Muñoz Degraín, que figuró en la exposición de sus obras celebrada en el Círculo de Bellas Artes y organizada por el hijo del glorioso artista

La peregrina de la extraña manía



NADIE supo cuándo, cómo ni de dónde vino. Se la encontraron las primeras beatas á esa luz indecisa de tono opalescente del amanecer, un día, junto al pétreo porche adosado á la vieja iglesuca románica.

Apenas se destacaba, de tan pegada al muro, de tintes ocres y morados, con las vivas notas verdes del jaramago que irrumpía floreciente por entre las comisuras hondas de las piedras desiguales. Tenía una extraña actitud expectante, un gesto de anhelo contenido de fervor hermético, de afán que se retarda en lograrse y de impaciencia domeñada con torpe disimulo.

En su faz pálida y doliente, una ternura insospechada y una inquietante claridad; un fulgor hondo, extraño, de alucinada, animaba sus grandes pupilas desorbitadas, de amplia mirada que quisiera abarcarlo todo, y que desconfía de los rostros y actitudes ajenas. Enmarañada tenía su crespada cabeza, que ni se ergía retadora y desafiante, ni se abatía humillada y vencida; pálidas y finas las manos, que surgían con sus dedos largos, poco avezados á duras faenas, entre sus limpios harapos. Tenía un légamo de arrogancia pretérita é inéditos modales de timidez.

La miraron recelosamente las buenas y pías comadres, y se hicieron á un lado con su murmurio sabroso y fecundo. Ella ni las miraba siquiera. Y cuando giraron, con su chirriar lastimero y áspero, los goznes herrumbrosos de la puerta carcomida, claveteada con férreas estrellas negras deslucidas, se colocó en el umbral y se adentró en las tinieblas dulces y húmedas de la iglesia, en cuanto el sacristán, soñoliento aún, franqueó el paso al sagrado recinto.

Sus pisadas quedas, silenciosas, se diluyeron en las tinieblas. Su silueta oscura, borrosa, se perdió en las sombras recogidas, encalmadas, que agujereaban débilmente los cirios pálidos y callados y las lucecillas crepitantes nadando sobre aceite obscuro en las doradas lámparas, en otrora relucientes. Detrás de ella entraron en tropel las beatas madrugadoras con sus bisbiseos, que se desparramaban y perdían con el estrépito de los zuecos y galochas arrastrándose por el entarimado con un «carrac-clac-clac» prolongado.

La recién advenediza se situó junto á una columna, y no se movió un instante, fijas sus acoradas pupilas en la imagen de la Virgen, en un éxtasis inefable, al margen de cuanto la rodeaba y sucedía.

Había salido ya la última beata. Dos ó tres veces recorrió aún el sacristán la iglesuca, apagó las velas, y con voz gangosa repitió entre dientes la manida frase cotidiana: «Que se va á cerrar!...», una vez y otra, para ella sola... Pero ella no se iba. Hasta que la zarandéo y la arrojó del templo de no muy malas maneras.

Al siguiente día á primera hora volvió. Y al otro y al otro... Sin variar en su actitud ni en su receloso hermetismo.

Un día sufrió un desvanecimiento. Su cuerpo dió contra el suelo, que crujó de extraña manera, y al ir á recogerla los más próximos se vieron zarandeados de súbito con una fuerza que los avasallaba: la desconocida se contorsionaba y retorció en el suelo, dotada de un poder que entre cinco ó seis no podían abatir, y echaba espuma por la boca, arañándose, rasgándose sus pobres vestidos recorcusidos y decolorados.

—¡Está endemoniada!... ¡Está endemoniada!...—exclamaron á un tiempo varias bocas sin previo acuerdo.

—Teu ó mal que le chaman ramo cativo...—agregó sentenciosamente una vieja, haciéndose cruces y saliendo despavorida.

—¡Está endemoniada!—dieron en decir los más y en propalarlo. Para nada sirvió que el médico tratase de explicar el sucedido con razonamientos científicos, y que muy prosopopéyicamente hablase de hiperestesia, de neurosis, de fenómenos epileptiformes, de frenopatía, etc.

Se la creía con el demonio en el cuerpo; la gente huía de ella, los chicos la seguían, la cercaban, y más de una vez llegaron hasta lapidarla.

—¡Tola, tola!... ¡Arramada!...—la gritaba de lejos la rapazada envalentonada y alborotadora.

—Debe ir al santuario que le llaman Ocorpiño de louxe—decía una—, y le marchará el demonio que tiene dentro.

—O ir á Santa Eufemia de Santiago de Artei-

jo—exclamaba otra mujeruca—, si no quiere ir la convento de Belbis, de Santiago...

Pero la extraña peregrina no iba á ningún sitio ni hacía caso á nadie. No iba más que á la iglesuca el más tiempo posible. Cohibida, es cierto, por las miradas hostiles y los gestos ceñudos y amenazantes de los demás; pero obstinada y consecuente como nadie podía imaginarse. La mirada fija en la Virgen, como implorando piedad y tregua en el odio ajeno, en la agresividad rencorosa de la chiquillería desparramada y siempre alerta por el pueblo.

¡Cómo la odiaban! Hasta las madres, para combatir los efectos temidos del mal de ojo, contra el tangaraño y el enganido, que suponían podría causarles, llenaban de pintorescos amuletos á sus hijos...

—O—

Poca gente la había oído hablar. Quien la escuchaba oía unas frases extrañas, incoherentes:

—Este rapaz que tiene la Virgen es mi hijo...

Y otras veces:

—Voy á la iglesia para ver á mi nenín...

Esta su extraña manía acabó por perderla una vez en que la turbamulta infantil perseguidora, más engreída que otros días, oyó aquellas palabras extrañas, y la tomó con ella que echó á huir... Pero una piedra certera, sabe Dios por quién arrojada, la quitó de un golpe, ya por siempre, todo aliento...

Cuando el forense del partido fué para hacer la autopsia, la reconoció apenas verla.

—Es Silvina...—dijo simplemente.

—¿La conocía usted?—inquirió alguien.

—Sí; me la presentaron en Madrid en el estudio de un escultor amigo mío... El imaginero, por cierto, que talló la imagen de la Virgen que ahora tienen ustedes en la iglesia. Por cierto también que ella y su hijo, que se le murió, le sirvieron de modelo. ¡Y qué parecido más asombroso sacó el artista! Contemplando la imagen esa se les está viendo: el retrato de ella y de su hijo... ¡al que quería tanto!...

E. ESTEVEZ-ORTEGA

(Dibujo de Máximo Ramos)

UN PERRO DE CIRCO

NOVELA
POR
JACK LONDON



TRADUCCIÓN

DE

FERNANDO
DE LA MILLA



ILUSTRACIONES
DE E C H E A

(CONTINUACIÓN)

—Porque me gusta mucho. Es un gusto como otro cualquiera. Hay á quien le gusta el vino, á otros las cómicas, á otros las carreras de caballos. Y aun hay á quien le gustan los libros y hasta meterse á cura. Bueno, pues á mí me gusta su perro de usted. Igualito que á aquella señora que está allí le gustará el brillante que lleva en el dedo. Ya sabe usted que el libro del gusto se quedó en blanco.

—Sí, puede ser... Lo malo es que su amor no es correspondido. Y á mi perro le hace usted muy poca gracia. Y eso que el pobre, á unos más, á otros menos, quiere á todo el mundo. Y con usted, no hizo más que verle por vez primera, y hasta se le erizó el pelo.

—No es esa la cuestión—insistió Harry del Mar—. Yo no le pido que me quiera. Con que lo quiera yo me basta.

El mayordomo creyó ver en aquel instante que una ráfaga de fría crueldad pasaba por los ojos de su interlocutor.

—Hay Bancos que están abiertos toda la noche—prosiguió—. Acompañeme á mi casa, dando un paseo, á buscar un cheque. Dentro de media hora puede usted tener el dinero en sus manos.

—Pero si es que no quiero. Ni aun como negocio. Escúcheme usted. Aquí tiene usted un perro que gana veinte dólares por noche. A veinticinco noches por mes son quinientos dólares, y seis mil al año. Al cinco por ciento, representa el interés de ciento veinte mil dólares. Claro que esto me supone algunos gastos. Pongamos, sin correnos ni quedarnos atrás, cien mil francos. No; tampoco vale exagerar... Pongamos cincuenta mil. ¡Y no son más que mil los que usted me ofrece!...

—Sí; pero un perro puede morirse cualquier día.

—Es un riesgo que hay que correr. Porque también puede vivir muchos años. No, no. Es un mal negocio.

—Hoy no hay quien le convenza á usted. Ya hablaremos otro día.



Pero las cosas debían encauzarse de muy otra manera. Kwaque seguía sin poder dormir, haciéndole sufrir más cada día la inflamación del axila derecha. Hasta el extremo que Dag resolvió ir á ver á un médico.

Y por eso, una mañana el negro y el mayordomo se dirigieron hacia el gabinete del doctor Walter Merritt Emory.

Después de una larga espera fueron introducidos en el gabinete de consulta.

Y mientras Kwaque se quitaba el chaleco de franela y la camisa, Dag declaró:

—Esto debe de ser un cáncer. Lleva muchas noches quejándose. ¿Qué le parece á usted? O cáncer ó tumor.

Pero ya la mirada penetrante de Walter Merritt Emory se había posado en la mano izquierda del negro y sus dedos torcidos.

Cirujano habilísimo y especialista de la lepra, que había estudiado en las Filipinas, no vaciló en la determinación mental del diagnóstico. Y convencido del proverbio «Cuando veas á un leproso busca el segundo», trasladó inmediatamente su mirada á Dag, mientras pensaba para sus adentros: «El perro va á ser mío.»

No obstante, se guardó muy mucho de descubrir sus pensamientos.

—Este hombre—dijo, refiriéndose á Kwaque—está muy débil. La vida que hace aquí y el cambio de alimentación no le convienen en manera alguna. Desde luego, como medida de prudencia, convendría someterlo á observación, por si se trata de un tumor ó de un cáncer. Aunque me parece que no se trata de una cosa ni otra.

Sin dejar de hablar, observaba á Dag y descubría en su frente el pliegue fatal, el «pliegue del león», parecido al que se dibuja, de una manera natural, en el entrecejo de la fiera.

—¿Y usted?—dijo al mayordomo—. ¿Usted se siente bien? ¿No siente un poco de cansancio, de flojedad?

—Qué sé yo... No puedo decir que me siento mal... Pero le aseguro que estoy deseando volver á embarcarme y correr hacia los trópicos, que ellos darán buena cuenta de mi reumatismo.

—¿Sufre usted de reuma?—preguntó el doctor con bien afectado aire de indiferencia.

Dag extendió su mano izquierda y mostró el meñique, que aparecía ligeramente hinchado y torcido bajo la piel, suave y satinada, un poco brillante.

—El reuma es un gran misterio—prosiguió Merritt Emory—. Los más sabios se estrellan contra él. ¿Se le duermen los dedos?

Dag movió el meñique con bastante trabajo.

—Ya veo... Ya veo. Tendré que examinarle un poco más despacio. Siéntese ahí, haga el favor. ¡Miss Judson!

Entró una enfermera joven y ayudó al mayordomo á instalarse, un poco hacia atrás, en el gran sillón laqueado del doctor Emory, que fué á sumergir las manos en el antiséptico más enérgico que poseía, pensando siempre en aquel gracioso perro que hacía cosas tan divertidas en los bares del barrio de los marineros.

—No tiene usted reuma más que en este dedo meñique—dijo inclinándose sobre Dag—. ¿A

ver? También parece que aquí en la frente... No tema nada. No voy á hacerle daño. No obstante, grite si le lastimo. Perfectamente. Apoye la cabeza en el respaldo del sillón. ¡Acérquese, miss Judson! Fíjese bien... No siente nada, nada en absoluto.

Entretanto, el doctor Emory hundía en el «pliegue del león» una larga aguja de acero, ante los ojos exorbitados de Kwaque y sin que el mayordomo acusase la más leve sensación.

—¿Ve usted?—dijo Dag Daughtry—. No tengo nada. Océpese de mi negro.

—No hay nada más extraño que el reuma. Usted necesita ponerse en cura, amigo mío... Pero deje el sitio á su criado.

Kwaque ocupó ahora el sillón laqueado, no sin que antes el doctor Emory hubiera extendido sobre él un paño caliente, casi abrasante.

En ese momento, el doctor Emory se golpeó la frente, como si una idea acabara de ocurrirle; consultó el reloj y frunció el ceño.

—Miss Judson—dijo con tono de reproche—. Ha olvidado usted recordarme la cita que tenía á las once y media con el doctor Hadley. Son las doce menos veinte. Con el genio que tiene estará de un humor...

Miss Judson asumió una actitud humilde y se excusó como pudo, aunque, en realidad, no tenía la menor idea de aquella cita.

—Afortunadamente—dijo el doctor dirigiéndose á Dag—, se trata de un colega vecino de la misma casa. Vive ahí, en el piso de enfrente. Se trata de un caso de apendicitis crónica. El es de opinión que se debe operar, y yo creo que basta con una medicación apropiada. Me está esperando con otro compañero llamado á consulta. Vuelvo en seguida.

El doctor Emory se dirigió, en efecto, á casa de su vecino el doctor Hadley. No para tratar de un enfermo, que no existía, sino para utilizar el teléfono de su colega y pedir comunicación con el director del Comité de Higiene, de San Francisco, y después con el jefe de Policía. Con uno y otro tuvo una conversación rápida y confidencial. No habían pasado diez minutos, y ya estaba de vuelta en su gabinete, en donde miss Judson había permanecido haciendo compañía á Kwaque y al mayordomo.

Parecía muy animado, y dijo al entrar:

—Vaya, ya pude convencerle de que era yo el que tenía razón. El doctor Granville, que ha hecho de árbitro, opina exactamente como yo. ¿Me permites, amigo, que encienda un cigarro? Lo tengo bien merecido. ¡No te molesta el olor del humo?

El Hemeroteca General

El doctor Emory encendió un habano, al que dió algunas fumadas. Luego, como distraída-



Entretanto, el doctor Emory hundía en el «pliegue del león» una larga aguja de acero...

mente, dejó caer el brazo, de manera que la lumbrera del cigarro viniese á tocar la mano izquierda de Kwaque, que permanecía en el sillón.

Y siguió hablando, dirigiéndose á Dag y á miss Judson.

—Cada vez estoy más convencido de que se hacen muchas más operaciones de las necesarias. El caso de ese enfermo... Le he evitado no solamente los riesgos de una operación, sino también el dinero que le hubiera costado, aparte los gastos de clínica. Yo... no pienso cobrarle nada por las consultas. Me basta con haber tenido razón. Alrededor de mil dólares que le he economizado al enfermo.

Mientras hablaba el doctor Emory, el extremo encendido de su cigarro había permanecido en contacto con uno de los dedos de Kwaque, que escuchaba atentamente, sin darse cuenta de que su carne empezaba á arder.

—Huele á quemado—dijo de pronto el mayordomo, olfateando y mirando á su alrededor. El doctor Emory levantó la mano y arrojó el cigarro con ademán de repugnancia.

—¡Qué horror de tabaco! Es esto lo que huele mal. Claro, los hacen con hojas de coles... Esta marca ha sido siempre muy buena. Pero la falsificación lo invade todo...

Kwaque, sin advertir que había desaparecido

un buen centímetro de uno de sus dedos, se preguntaba cuándo se ocuparía el doctor de su humilde persona. Miss Judson observaba con curiosidad, pero imperturbable, aquel asombroso fenómeno de la carne quemada, sin dolor para el paciente.

El doctor Emory continuó un interminable discurso sobre las calidades de cigarros, sobre el cultivo y fabricación del tabaco, y sobre los fraudes de que se hace víctima al público. Después de lo cual se decidió al fin á acordarse de los clientes que aguardaban en la sala de espera y á ocuparse del pobre Kwaque.

—A primera vista—dijo—no me atrevo á

diagnosticar... Puede ser un tumor, un cáncer o un simple forúnculo. Sólo puedo afirmar...

En ese momento se oyeron unos golpes en la puerta del gabinete, que comunicaba directamente con el vestíbulo de la casa y por donde salían los clientes. Miss Judson salió a abrir, y tras el marco aparecieron dos agentes de policía, un sargento y una tercera persona, de grandes bigotes, enfundado en una soberbia levita, un clavel rojo en la solapa.

—Buenos días, doctor Master—dijo el doctor Emory, yendo hacia el recién llegado y tendiéndole la mano—. Y buenos días, sargento. ¡Hola, Tim! ¿Cómo va, Johnson? ¿Ya no están ustedes de servicio en el barrio chino?

Y en seguida, volviendo hacia Kwaque:

—Me disponía a afirmar, señores, que nos encontramos ante un caso magnífico de úlcera perforante, debido al *bacillus leprae*. Creo que ningún médico de San Francisco ha tenido nunca el honor de presentar otro igual al Comité de Higiene.

—¡Un leproso!—exclamó el doctor Master.

Hubo un estremecimiento en todos los presentes. El sargento y los dos agentes retrocedieron; miss Judson se llevó ambas manos al corazón, exhalando un grito ahogado, y Dag Daughtry preguntó, trémulo de asombro:

—¿Qué significa esto, doctor?

El doctor Walter Merritt Emory se le acercó, en la mano otro cigarro encendido y sin responder a su pregunta:

—Perdón, amigo mío, déjame hacer contigo el mismo experimento, haz el favor. Estate quieto un instante. Quiero enseñar a mi colega... ¿Estamos?

—No le comprendo...

El doctor Emory acercó su cigarro a la frente del mayordomo. Pronto la piel empezó a quemarse, desprendiendo un humo ligero de un olor hediondo. Dag no se movió.

—¿Han visto ustedes?—exclamó el doctor con una risa triunfal, retrocediendo unos pasos.

—¿Se está usted burlando de mí?—no pudo por menos de exclamar Dag Daughtry, cada vez más asombrado—. Este negro es mi criado, y aun en el caso de que sea un leproso, no tienen ustedes derecho a detenerle.

—Ya han visto ustedes—repitió el doctor Emory—. Dos casos indiscutibles de lepra. El amo y el criado. El caso del criado es mucho más grave, no cabe duda. Ahora que el amo también está listo. Llévanselos. Y procedan, se lo recomiendo, a todas las desinfecciones de rigor.

Dag Daughtry intentó protestar.

—Perdón, doctor, pero...

El doctor Master hizo unas señas al sargento, quien las repitió a los dos agentes. Estos, sin embargo, no se arrojaron sobre el mayordomo. Por el contrario, retrocedieron un paso, como para mejor prevenirse, y sacando sus porras, y con aire amenazador, parecieron querer decirle que se considerase su prisionero.

Dag Daughtry comprendió que no se atrevían a tocarle, lo que le convenció trágicamente de que el doctor Emory tenía razón. Avanzó un paso hacia ellos, pero los agentes levantaron en seguida sus rompecabezas.

—¡Ni un paso más!—exclamó uno de ellos—. Aguarde nuestras órdenes.

—¡Tú, levántate!—ordenó a Kwaque el doctor Emory—. Vístete y ponte al lado de tu amo.

—¡Maldita sea!—exclamó Dag Daughtry.

—El hospital de leprosos—prosiguió el doctor Emory dirigiéndose a su colega—no ha recibido ningún otro enfermo desde el japonés, que murió allí, por cierto. Haga usted que desinfecten los locales antes de que entren estos desgraciados.

Dag se tambaleó. Le abandonaban las fuerzas. Por primera vez en su vida se sentía desfallecer. El pleno mar, el puente de los navíos, la dulce caricia de los vientos alisios, todo había terminado para él. Se llevó una mano a la frente insensible, y palpó la carne quemada.

—¡Por amor de Dios!—exclamó—. Dejarme unas horas de libertad. ¿Que soy leproso? No es una razón para que no nos conduzcamos como gente civilizada. ¡Dadme dos horas, dos horas nada más, y saldré de San Francisco! Embarcaré, lo juro, en el primer vapor que salga. No se me volverá a ver.

—Dondequiera que esté usted—dijo el doctor Master, previendo con orgullo una ocasión de leer su elogio en la Prensa, sintiéndose ya el San Jorge de San Francisco, bajo su planta el dragón vencido de la lepra—, por todas partes será usted un grave peligro para la salud pública. Conque oiga a los agentes.

—¡Llévenlo!—ordenó el sargento.

Los dos agentes avanzaron, los rompecabezas en alto, hacia Dag y Kwaque.

—¡Obedezcan y ténganse a distancia! A no ser que prefieran que les hundamos el cráneo. ¡A la puerta!... Bien. Salgan ahora.

Por tercera vez Dag se volvió, aun a riesgo de ver cumplida la amenaza de los agentes.

—¡Doctor Emory, tenga piedad!...

—Ha terminado el tiempo de la charla. Ha llegado el de la separación.

—¡Doctor, mi perro!... ¡Mi perro!

—Yo iré a buscarlo. ¿Qué dirección?

—Cuarto 87. Clay Street. Pensión Bowhead. ¡Haga, por Dios, que me traigan mi perro, me lleven adonde me lleven!

—Conforme. ¿Y la cacatúa?

—¡Ah, sí! ¡Cocky! Enviemela con el perro. ¡Y gracias! ¡Gracias!

Aquella noche, miss Judson, que cenaba en compañía de un interno del hospital de San José, empezó a referir:

—¡Oh, mi jefe, el doctor Emory, es de una cultura científica!... Llegaron dos leprosos inmundos a su gabinete. Su diagnóstico fué cuestión de un segundo. Figúrate que con su cigarro encendido...

Lo mismo que hay gentes que por su afición a las carreras de caballos llegan a cometer villanías, de la misma manera el irrefrenable deseo de poseer un perro había hecho cometer al doctor Emory una mala acción. Si *Michael* no hubiera existido, el doctor Emory se habría comportado como suplicaba Dag, como un hombre civilizado. Es decir, que hubiera revelado al mayordomo su enfermedad y la de Kwaque, y le hubiera permitido embarcar para los mares del Sur, para el Japón o para cualquier otro país en que son tolerados los leprosos. Dag hubiera escapado así al infierno horrible de la leprosería de San Francisco, adonde se le condujo.

El doctor Emory despachó rápidamente aquel día a los enfermos que aún esperaban. En seguida, desdénando el almuerzo, pese a lo avanzado de la hora, subió al automóvil y se hizo conducir al barrio de los marineros, a la pensión Bowhead. Por el camino se encontró con un capitán de la Policía; se dio a conocer y le rogó que le acompañase. El doctor Emory, que también solía intervenir en la política local, era muy conocido y respetado.

La presencia del policía no fué inútil, porque la patrona se opuso, primero, enérgicamente, a que se llevasen el perro de su pupilo. Pero le intimidó la presencia del representante de la ley, y no se atrevió a insistir. Pusieron un bozal a *Michael* y lo hicieron salir amarrado a una cuerda.

Ya cruzaba bajo el dintel cuando se dejó oír una llamada quejumbrosa.

—¡Cocky! ¡Cocky!

Era la cacatúa, blanca como la nieve, que desde el reborde interior de la ventana, en donde se había encaramado, llamaba sobre ella la atención.

Walter Merritt Emory se volvió.

—Ya vendrán por ella—dijo a la patrona—.

De momento voy a llevar el perro a su amo.



No era sólo el doctor Emory el que deseaba vivamente la posesión de *Michael*. Sentado en una gran butaca de cuero, en el Yacht Club, descansando los pies en otra, Harry del Mar, el amaestrador de animales, digería, adormilado, un almuerzo tardío, recorriendo distraídamente la mirada por las primeras ediciones de los periódicos de la tarde.

De pronto, unas grandes titulares, atrayendo su atención sobre un suelto de pocas líneas, le

hicieron saltar en su asiento. Se puso de pie, reflexionó unos instantes, y después volvió a sentar, una vez oprimido el botón del timbre eléctrico.

No habían transcurrido aún cinco minutos, y ya iba en un *taxi* hacia el barrio de los marineros, los ojos deslumbrados por visiones maravillosas, palpando imaginativamente pilas de dólares, paquetes de billetes de banco y montones de *carrets* de cheques; todo, en fin, lo que le había reportado un perro irlandés, exhibido por él en una escena resplandeciente. Ya veía a *Michael* cantando, el hocico hacia arriba, como jamás había cantado ningún perro en este dichoso mundo.



Cocky, al quedar solo en la habitación, empezó por advertir que la puerta no se había cerrado del todo. Se puso a reflexionar—si cabe hablar así refiriéndose a las actividades mentales de un pájaro—y a preguntarse, sin dejar de mirar fijamente la puerta entreabierta, si debía aventurarse por aquella salida hacia un mundo más vasto. Mientras vacilaba, sus ojos se fijaron en otros dos ojos, que lucían como dos brasas en la abertura.

Eran dos ojos de un animal, entre verdes y amarillos, cuyas pupilas se dilataban y empequeñecían con rapidez, según que sondaran las partes oscuras y las partes luminosas de la habitación. Inmediatamente, *Cocky* concibió que había en ello un peligro emboscado, pero un peligro de muerte. Sin embargo, no dejó aparentar nada, y, sin desconcertarse, se quedó mirando los ojos de aquel gato escuálido, que como una aparición fantasmal, había surgido bruscamente en el umbral de la pieza.

La mirada del gato expresaba curiosidad e inquietud. En cuanto se dió cuenta de que había sido visto, se sentó cachazudamente, hierático y rígido, en espera de lo que fuera a ocurrir, semejante a una esfinge que, agrupada sobre las arenas ardientes del desierto, parece interrogarlas con su mirada de piedra, inmóvil, en la misma postura desde hace miles de años.

Cocky también permanecía inmóvil. Ni el más rápido guiño de su ojo redondo, ni el menor estremecimiento de sus plumas denunciaban el terror que sentía. El gato y el pájaro, el cazador y el cazado, el carniceiro y su presa parecían igualmente petrificados.

Así continuaron los dos animales durante varios minutos. Después, la aparición retrocedió en la puerta entreabierta, y las pupilas verde-amarillas desaparecieron. *Cocky* hubiera suspirado en una inmensa sensación de alivio, si las aves supieran suspirar. Pero siguió inmóvil, escuchando unos pasos que se arrastraban por el corredor.

Pasaron otros cuantos minutos, y bruscamente el carniceiro reapareció. Pero esta vez no fueron ya solamente una cabeza y dos ojos. Un cuerpo, ágil y sinuoso, los había seguido y se había deslizado por el suelo hasta el centro de la habitación.

Los ojos del gato continuaban fijos en *Cocky*, y su cola mecíase majestuosamente en el aire, de derecha a izquierda, en un movimiento rítmico, lento y monótono. Después, el gato comenzó a avanzar hasta colocarse a seis pies del pájaro. Entonces volvió a inmobilizarse, a excepción de la cola, que seguía con su ritmo de abanico, mientras los ojos brillaban como dos topacios a la plena luz de la ventana.

Cocky no concebía la muerte con la precisión de un ser humano. De todas maneras, intuyó que el término de todas las cosas había llegado para él. Vió al gato dispuesto al salto fatal, y, pese a todo su ánimo, acabó por descubrir, muy a su pesar, el pánico que le sobrecogía.

—¡Cocky! ¡Cocky!—se lamentó en una honda queja que sólo oyeron las ciegas y sordas paredes de la estancia.

Era el desesperado grito de socorro de la pobre bestezuela, dirigido a todas las fuerzas amigas susceptibles de acogerle en su trance: a Dag Daughtry, a Kwaque, a *Michael*. Su grito significaba: «Soy un pobre ser, muy pequeño y muy débil, y ved ahí ese monstruo que quiere devorarme. Amo la claridad del día y el vasto mundo, y no quiero morir. Soy una pobre criatura



... se encontró con que la perrera estaba vacía

de Dios, pequeña y bondadosa, y no puedo luchar con un monstruo enorme, cruel y hambriento. Por eso imploro vuestra ayuda. ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Cocky! ¡Soy Cocky! ¡Todos me conocen! ¡Soy Cocky!»

Esto quería decir, y otras muchas cosas más, el indefenso ser plumado, blanco como la nieve. Pero nada ni nadie respondía á su llamada.

Entonces, pasado el momento de pánico, volvió á ser quien fué siempre. Se afianzó en el reborde de la ventana, y, terciada la cabeza, el ojo alerta, esperó valerosamente los acontecimientos. El gato, por su parte, se asombró de aquel son de voz humana. Había retardado el ataque, y, agachando las orejas, aun se había agazapado más contra el suelo.

En el silencio de la alcoba se oyó el zumbido de un moscón y sus golpes ruidosos al chocar contra los cristales de la ventana cerrada, que lo retenían prisionero. También el pobre insecto,

encerrado detrás de aquella transparencia mentirosa que le separaba del universo y de la vida, también él se enfrentaba con su tragedia.

Igual, exactamente igual que el felino—una hembra, por cierto—. El hambre le atormentaba sin piedad y le atenazaba las ubres, sus flacas ubres vacías, que la leche hubiera debido hinchar para alimento de sus siete pequeñuelos, débiles y desamparados. Torpemente, los ojos aun no abiertos, buscaban unas gotas de vida apretando con sus tiernas manecillas el tibio seno maternal. La pobre bestia había depositado el fruto abundoso de su vientre en el rincón oscuro de una basurera. Y allí la esperaban sus hijuelos.

De repente estremeció al felino esta visión horrenda; su cola se agitó de nuevo, y midió con los ojos la longitud exacta del salto que debía dar. El instante de respiro que había tenido Cocky le había rehecho completamente.

—¡Que el diablo te lleve! ¡Que el diablo te

lleve!—gritó con acento belicoso y desesperado, erizando las plumas.

A este grito, el felino pareció vacilar, turbado por la extraña voz, que bien sabía él, sin embargo, provenía de aquella ave parlara. Volvió á oírse el ruido del moscón al chocar contra los cristales. Después el gato, resolviéndose, se lanzó como una flecha sobre su víctima.

Rápidamente, Cocky voló del reborde de la ventana. Pero como la mano de un niño que alcanza una mariposa, las uñas del gato le alcanzaron en pleno vuelo. La frágil máquina viviente no pudo resistir aquel choque brutal: se rompieron sus alas, y un torbellino de plumas blancas se abatió sobre el carnicero vencedor, que ahora, asustado, miraba á todas partes, dilatadas las pupilas, temiendo que aquel raro fenómeno fuera presagio de una gran desgracia.

(Continuará en el número próximo)



Alice Terry, una de las más bellas actrices del teatro del silencio

CINEMATOGRAFÍA

"FILM" ESPAÑOL

ALGUNAS PELÍCULAS PRÓXIMAS

Agustín de Figueroa, el joven e inteligente aristócrata que tan notablemente supo destacarse en *La malcasada*, es el autor de una película que ha empezado á filmarse bajo su dirección. Se titula la nueva cinta *Sortilegio*. Por su argumento y por sus escenarios, esta película del hijo de los condes de Romanones señalará

una nota de novedad y de interés en la vida cinematográfica española. Biblioteca de Comunicación

La autora del argumento que ha servido de base á la película *Historia de un taxi* es la joven escritora Concha Méndez Cuesta.

Otro escritor joven, Carlos Fernández Cuenca, ha empezado á dirigir la adaptación cinema-

UAB

tográfica de la popular comedia de Arniches; *Es mi hombre!*

También parece que es ya un hecho que será trasladada á la pantalla la magnífica novela de D. Armando Palacio Valdés, *La hermana San Sulpicio*. Hace ya unos cuantos números recogimos la nota de que el ilustre novelista, á pesar de las proposiciones que desde fuera le habían hecho, no había querido acceder á la escenificación cinematográfica de su libro, por considerar que la intervención de elementos extranjeros restaría emoción y ambiente á la obra. Ahora, *La hermana San Sulpicio*, hecha en España, mantendrá seguramente esa admirable lozanía andaluza que es uno de sus más bellos caracteres.

y una copa de una infusión hecha de cereales, á la que los americanos llaman *postum*; á las ocho y media se dirige al estudio de la Paramount, en Long Island, entra en su camerino, se quita la ropa que lleva puesta, se hace el maquillaje y se viste el traje con que ha de aparecer ante el objetivo; á las nueve y diez minutos pasa al escenario, saluda al director y á sus compañeros, y empieza el trabajo de impresión de la película en que toma parte; á la una de la tarde va al restorán del estudio donde se bebe el zumo de una naranja, y en seguida toma un mantecado de vainilla; á las dos y diez minutos está de vuelta en el escenario para proseguir el trabajo interrumpido; á las siete se dirige á su casa de Bayside, en Long Island, donde cena. Esta comida consiste

Las orgías de Hollywood son, la generalidad de las veces, una bonita mentira.

•••••

Esther Ralston, la encantadora rubia de *Peter Pan*, tomará parte en una serie de películas de la Paramount, en las que interpretará el principal papel femenino, antes de que se le confiera el título de *estrella* de la Paramount por derecho propio. La primera película de esta serie en que Esther Ralston tomará parte será la titulada *Modas femeninas*, la cual será llevada á la pantalla con un lujo sin precedente.

•••••

En las escenas más sensacionales de la película de la Paramount que llevará el lacónico título



Norma Shearer, la bellísima actriz cinematográfica, caracterizándose en su camerino para «filmar» una escena de película

PANTALLA MUNDIAL

LA VIDA DE LOS ACTORES DE «FILM». LAS PRÓXIMAS PELÍCULAS DE ESTHER RALSTON. UNA PELÍCULA DE AVIADORES.

La idea que el público tiene, generalmente, de la vida que llevan los actores de *film* es equivocada. Imaginan casi siempre una vida lujosa y mundana, llena de extraordinarias aventuras y de frívolas magnificencias. La realidad, sin embargo, es muy otra. Esa leyenda de los sitios de recreo y los *cabarets* de moda en Hollywood no pasa de ser eso: una leyenda. Citaremos, como comprobación de esto, el caso del excelente actor cómico W. C. Fields. He aquí la vida que hace corrientemente este artista cinematográfico:

► Fields se levanta invariablemente todos los días á las siete de la mañana; á las siete y media toma el desayuno, que consiste en una naranja

generalmente en otro zumo de naranja seguido de cuatro platos de viandas variadas, los cuales Fields despacha con buen apetito; á las ocho y media se dirige á un *cine*, ó escribe algunas escenas de una comedia que tiene en preparación; al filo de la media noche se acuesta en compañía de un buen libro de viajes, histórico ó de biografía. El acostarse tarde es una costumbre que Fields adquirió durante sus muchos años de actor del teatro hablado, de la cual no ha podido librarse todavía. A las dos de la mañana apaga la luz... y á dormir.

La vida tranquila y reposada (cuando está fuera del estudio) de W. C. Fields es la que llevan muchos actores de la pantalla, cuando sus deberes profesionales no los llaman á cientos de kilómetros del estudio para impresionar escenas al aire libre, ó durante las cuatro ó cinco semanas de vacaciones que se permiten hacer una vez al año.

lo de *Alas*, tomarán parte cuatro *ases* de la aviación de cuatro diferentes naciones. Estos *ases* son: el barón Carl von Hatman, famoso aviador alemán que acaba de llegar á los Estados Unidos; Ted Parsons, un aviador americano que sirvió en las fuerzas aéreas de Francia y posee el título de *as*, pues él sólo consiguió derribar veinte aeroplanos enemigos; Dick Arlen, considerando el más joven de los aviadores canadienses, y William Wellman, aviador americano que sirvió en el escuadrón Lafayette durante la Gran Guerra. Ted Parson es, en rigor, americano, pero como quiera que conquistó sus laureles sirviendo á las órdenes de Francia, los franceses lo consideran como *as francés*. Además de estos cuatro aviadores internacionales, en la película toman parte Frank Tommick, que sirvió con las fuerzas alemanas durante el gran conflicto, y Dick Grace, que perteneció al Servicio Aéreo Naval de Inglaterra.



Lilian Gish y Jhon Gilbert, en una escena de la adaptación cinematográfica de «La bohemia», la popularísima novela de Murger

He aquí un bello ejemplo de fraternidad universal. Enemigos ayer bajo banderas distintas, hoy se unen cordialmente bajo el airón común del trabajo y del arte. Fraternidad universal. Pero en el *film* solo... En lo que es apartamiento de la realidad...

UN ARGUMENTO DE PELÍCULA

RUBIA O MORENA

Principales intérpretes: Adolfo Menjou, Greta Nissen y Arlette Marchal

CANSADO de ver su casa convertida en un *cabaret*, Enrique Martel, un joven y acaudalado abogado parisiense, decide abandonar la ciudad para dirigirse á una pequeña población provinciana, en donde piensa encontrar la jovencita que desea por esposa, una muchacha

completamente diferente á las que él conoce; en fin, una mujer que no eche de menos el *cocktail* al sentarse á la mesa, y que no sienta la imprescindible necesidad de bailar el *charleston* entre plato y plato.

Firme en su propósito, una hermosa mañana Enrique sale de su casa, y después de un viaje de unas cuantas horas de tren expreso, nuestro héroe llega á la estación de *Petit Paradis*, una aldehueta de unas cuantas casas, en la cual espera que la fortuna y la casualidad, en amigable consorcio, le depararán la felicidad en forma de doncella casadera, amorosa y buena.

No hay duda que el destino parece guiar los pasos del caballero errante de la felicidad, pues apenas pone pie en el andén de la humilde estación provinciana, Enrique tiene la buena suerte de encontrar en ella á una anciana venerable y buena, quien resulta ser una antigua amiga de los padres del joven abogado parisiense. A instancias de la buena señora, Enrique va á alo-

jarse en su casa, pues el hotelucho del lugar no es muy á propósito, ciertamente, para un caballero como él, acostumbrado á las comodidades de la ciudad.

Al llegar á la linda villa donde vive la anciana, ésta presenta á Enrique á sus hijos, los esposos Perrier, quienes, á su vez, presentan al joven á su bellísima hija Luisa, de la cual Enrique se enamora á primera vista; mas, á fuer de buen diplomático, nuestro héroe se guarda muy bien de precipitar los acontecimientos, pues tiene la plenísima seguridad de que no le es indiferente á Luisa, quien, dicho sea de paso, es precisamente el tipo de mujer que él desea: joven, hermosa, amable, ingenua, y sobre todo, ignora el significado del exótico vocablo *cocktail* y no sabe bailar el *charleston*. En una palabra, la beldad rubia que tan repentinamente ha robado el corazón de Enrique es, en opinión de éste, una mujer á quien Dios dotó con todas las gracias; de consiguiente, no es extraño que á los pocos días de su

llegada á Petit Paradís y á la villa Perrier, Enrique partiese de ella con dirección á París, del brazo de su joven y bella esposa.

Al llegar á París, uno de los primeros actos de Enrique es presentar orgullosamente su esposa á Blanca, con quien aquél había tenido cierta intimidad, la cual, á pesar de los desengaños, no se había desvanecido por completo.

A los pocos días de su llegada á París, cuando apenas Luisa había tenido tiempo de acostumbrarse al medio en que vivía, una orden urgente del Gobierno llama á Enrique á un viaje de inspección á la zona de ocupación de Marruecos, para donde parte inmediatamente, dejando á la consternada Luisa al cuidado de su amiga Blanca.

Un mes después de su partida, Enrique vuelve de Marruecos, ansioso de gustar los placeres de la interrumpida luna de miel, para encontrar á su joven esposa convertida «en una verdadera parisiense», gracias á las lecciones perfectamente aprovechadas que durante su ausencia le había dado Blanca, las cuales hicieron de Luisa



Entre las actrices jóvenes que figuran en los estudios cinematográficos de Hollywood, una de las que se destacan con arte más personal es esta admirable Dorothy Sebastián



La hermosa actriz Elinor Fay y el actor William Boyd en una escena de la película «Jim el Conquistador»

una de aquellas muñequitas de pelo á lo *garçonne* de quienes pocos meses antes Enrique huyera como el hombre precavido huye de un apestado...

Como es de suponer, en estas condiciones la felicidad conyugal de nuestros amigos no podía ser muy duradera. El divorcio se imponía, á pesar del disgusto que determinación tan grave ocasionaría á la dulce y venerable abuela de Luisa.

Concedido el divorcio, y pasados los días que la discreción aconseja, Enrique contrae segundas nupcias con Blanca, con la esperanza de que con una morena será más afortunado en su vida conyugal que con una rubia. Pero si á las tres semanas de su enlace con Blanca un curioso le hubiese preguntado si era más feliz con la morena que con la rubia, el muy cuitado habría contestado con el laconismo hijo del más íntimo convencimiento: «¡Con ninguna!»

Por causas que no hace al caso referir, la noticia del inminente divorcio de Luisa llega á oídos de sus padres, quienes, temerosos de las consecuencias si la abuela Perrier se entera, deciden que el padre de Luisa haga un viaje á París para llevar á la joven pareja á Petit Paradís y convencer á la anciana de que todo es felicidad en las relaciones matrimoniales de su nieta, á

quien madame Perrier quiere como á las niñas de sus ojos.

La sorpresa de Alberto Perrier al llegar á París y encontrar á su hija divorciada no es para descrita. Mas deseoso aquél de hacer aparecer á Luisa y á Enrique como dos esposos que se quieren con entrañable afecto á los ojos de su anciana madre, consiente en que Blanca vaya á Petit Paradís, con el objeto de que finja que no es la esposa en segundas nupcias de Enrique, sino una amiga íntima de Luisa.

Esta farsa, como es natural, ocasiona más de una situación comprometedorá á todos los actores de ella, especialmente cuando madame Perrier insiste en que «no irá tranquila á su cama si no puede dejar acostaditos en la suya á Luisa y á Enrique», todo lo cual Blanca se ve obligada á aguantar con resignación filosófica, para evitar un desenlace tan fatal para la farsa como para la bondadosa anciana. Pero, cansada al fin de desempeñar un papel tan poco ajroso, y convencida de que Luisa y Enrique siguen amándose, Blanca decide marcharse de Petit Paradís, y dejar que los esposos divorciados gocen tranquilos en la villa Perrier, lejos del mundanal ruido, de la felicidad nuevamente hallada...



El coche americano más económico

La desventaja de los coches pequeños americanos en cuanto a economía de sostenimiento, ha sido definitivamente resuelta por los constructores del Overland Whippet.

De líneas graciosas, esbeltas y bien proporcionadas, este cochecito ofrece a precios muy reducidos las características siguientes:

10 HP.—8 litros por 100 klmts.—4 frenos Bendix.—4 ballestas semielípticas.—Engrase y refrigeración por bomba.—Dirección por sin fin.—Amortiguadores.—Arranque y alumbrado eléctricos.—Quinta llanta equipada.

Solicite una demostración y precios

Agencias en las principales
poblaciones



Elegancias

EL IMPERIO DEL ESTAMPADO

ESTE género de adorno se ve por doquier, y cada vez logrando mayores éxitos. A las sedas estampadas, utilizadas en la confección de trajecitos de mañana, han sucedido los *lamés* adornados de grandes diseños en colores vibrantes, que tan bello efecto producen al transformarse en vestidos de «grande *soirée*», y las deliciosas gamuzas, de tonos muy suaves, con las que se hacen los saquitos ó americanas de moda, y á las que se guarnece al pie, en los puños y el cuello, con una linda greca estampada en tonos desvaídos.

El uso de este bello motivo de decoración no se limita á los trajes: se le aprovecha también para ornamentar los sombreros, los cinturones, las sombrillas, ¡hasta los zapatos! Dicho adorno forma lo que po-



Tres lindos vestidos muy prácticos confeccionados con sedas Parret

necesaria para la esbeltez de la figura.

Muy graciosos resultan los *écharpes* de moda para remate de los trajes de primavera. Se confeccionan estas prendas accesorias, de crespón ó punto de seda, y si han de usarse con trajes de deporte, de cachemir; siempre en tonos vibrantes, realzados por diseños estampados en otros tonos. Entre los modelos más vistosos se hallan los de entonación inspirada en el gusto popular; así, los de fondo azafranado y dibujo en azul fuerte y amarillo ó fondo ciruela y motivos en rosa y verde. Muchos de estos *écharpes* llevan en los extremos un pesado fleco de igual color que el fondo, guarnición que imprime movimiento y gracia á la silueta.

Hay que advertir que mu-



Vestido de seda estampada en azul combinado con azul liso (Modelo Baquiast)

dría llamarse el nexo entre una prenda y otra de la *toilette*. Al imprimir el sello de su diseño especial, une entre sí á todas las piezas y las convierte en conjunto. Poco importa que los géneros de dichas prendas sean distintos y diferentes los tonos; si llevan el mismo motivo estampado, se les considerará como parte integrante de la totalidad.

Las gamuzas, á que antes hicimos referencia, empleadas en la confección de chaquetas cortas y rectas ó de boleros, resultan ideales para la primavera. Muy ligeras, abrigan lo suficiente para que el atardecer en el paseo no resulte demasiado molesto. Además, su tono delicado permite que se las utilice con trajes de vestir, de crespón ó *charmeuse*, bien enterizos, bien de dos piezas, procurándose en este último caso que la chaqueta sea un poco más larga que el blusón.

Se asegura que los modistos preparan creaciones ideales que verán la luz del día tan pronto como el tiempo autorice el uso de telas muy ligeras, pues los industriales de tejidos han logrado éxitos no soñados con las gasas y crespones estampados.

Mientras tanto, nos contentamos anticipando la llegada de los días cálidos con los vestiditos de crespón de falda plisada *muy, muy* corta, y blusa sin plegar, sujeta al talle por un volantito ó por un cinturón ancho que imprime gracia singular á la silueta.

Algunos trajes de tarde logran efectos de capa sin necesidad de llevar dicha prenda. Consíguese esto cortando el blusón por modo que unas mangas muy amplias, sin fruncir en torno á la muñeca, puedan introducirse dentro de los hombros y en las costuras de los costados.

La delantera de la prenda, como la espalda, conserva la línea recta, tan



Vestido de seda estampada en colores suaves con adorno de seda lisa



Vestido «quatre á quatre» en alpaca de seda negra sobre fondo de alpaca blanca. Los volantes van bordeados en blanco. (Modelo Callot)



Vestido «Jougita» en tul negro y blanco, bordeado en terciopelo negro. El fondo es de seda blanco. (Modelo Callot)

chos modistos están mostrando singular predilección por los flecos como motivo de decoración en los modelos de tarde y de noche, confeccionados de géneros que tienen cierto empaque: el raso, el *taffeta* y hasta el *lamé*, para el que han lanzado los industriales de tejidos un fleco bellísimo de hebras metálicas.

También se colocan flecos en los vestidos que se desea ceñir á la figura, pues su peso obliga al crespón, por ejemplo, y á otros tejidos de igual índole á drapear el cuerpo, evitando el que la línea se pierda en amplitudes excesivas.

En torno á las sombrillas colócanse también flecos; pero no de hebras, sino de cintas estrechas de colores variados, que el aire agita y convierte en menudos círculos fuertemente coloreados.

Esta guarnición imprime á los trajes un carácter algo español, que los modistos franceses aprovechan en sentido laudatorio, seguros de que es la manera más eficaz de provocar las simpatías de sus clientes hacia una nueva modalidad.

En lo que se refiere á líneas generales del traje, conviene advertir que el punto de panal se utilizará este año en casi todos los modelos que no vayan plegados mecánicamente. La popularidad de este punto es

comprensible, sobre todo para trajes que precisa limpiar ó lavar con frecuencia, pues evita el tener que mandarlos á planchar fuera de casa. Además, siendo como es elástico, se ciñe á las caderas mucho mejor que los otros frunces. Hay faldas que llevan este adorno casi hasta la mitad de su longitud, y lo mismo el blusón.

También se llevan mucho unas jaretas menudas, con las que se ajustan los *jumps* al tallo.

En cuanto á entonación, no olvidemos que el azul torna á imperar sobre todos los demás colores. Los industriales han lanzado tejidos de un tono azul más fuerte que el *nattier*, al que denominan «azul ilusión», que desde el primer instante ha cautivado la atención. ¡Con tal de que la ilusión dicha perdure siquiera una temporada!...—I. P.



Sombrero de paja con cinta de seda estampada (Modelo Lewis)

Sombrero de fieltro negro con aplicaciones de seda y cinta verde rojo (Modelo Guy)

Sombrero de seda drapada con hebilla de piedras finas (Modelo Lewis)



Toda ama de casa podrá improvisar cualquier receta culinaria o postre casero valiéndose de este gran auxiliar que ahuyenta todo peligro de adulteraciones e impureza.

No deben faltar en toda despensa unos botes de la más pura y rica de las leches, la

**Leche
condensada**

„La Lechera“



Pida muestras y folletos gratis a la Sociedad Nestlé A. E. P. A., Via Layetana, 41-Barcelona

Biblioteca de Comunicació
i Memòries General



Un curioso instante de «Cardinal Plate», una de las pruebas hípias más importantes de Hurlt Park. En primer término y casi á la misma altura, tres caballos se disputan fieramente el triunfo

LOS DEPORTES

COMENTARIO DEL "SPORT"
UNIVERSAL

EL FÚTBOL INGLÉS Y EL ESPAÑOL

LA final de la Copa de Inglaterra ha dado un resultado inesperado, y el vencedor no es para los críticos el mejor de los equipos.

La victoria de Cardiff City, que atribuye el trofeo por vez primera á un club del País de Gales, supone el derrumbamiento del esfuerzo del Arsenal, el club de la metódica preparación y el conjunto seleccionado con tanta escrupu-



En Wembley Park, después del partido final de la Copa de Inglaterra, jugado ante cien mil espectadores, el capitán de Cardiff City, vencedor del torneo, bebe champán en la clásica copa, acompañado de Fergusson, el autor del goal del triunfo

losidad por los *managers* más sagaces entre todos los profesionales británicos.

La empeñada partida ante los cien mil espectadores de Wembley fué tal, que en casi todas las finales, plenas de emoción, pero escasas de verdaderos méritos, los del Cardiff supieron anular los esfuerzos desesperados del Arsenal, y su goal de oportunismo marcó esa retirada á la defensiva que los contrarios no pudieron salvar.

He aquí á Fergusson y al capitán del grupo vencedor, bebiendo en la magnífica Copa que les acaba de entregar el Rey, y que por vez primera irá al país de Gales.

•••••

La polémica española ha dado los nombres de los finalistas que en el terreno de Zaragoza hicieron partidas muy desemejantes.

El Real Madrid, en una vulgar exhibición, fué batido por un Real Unión de Irún, que no

recuerda aquel glorioso equipo fronterizo, pero en el que surgen nuevos y positivos valores, como Regueiro y Garmendía. Tal vez frente á enemigo más difícil y en la próxima jornada definitiva, el nivel suba y el match responda á lo que debe ser la final del campeonato de España.

Frente á la mediocre exhibición, la lucha homérica de los colosos vasco y catalán, de tácticas tan opuestas, de características tan distintas. Jornada de empates, de alternativas, de vigorosos empeños, esa que calificó al Arenas finalista del torneo, puede calificarse como una de las fechas más sobresalientes del fútbol nacional, y, ante la victoria vasca, suspirar por la presencia en el campo de equipos que, sin menosprecio de la técnica, respondan á esa fuerte especialización que se llamó *furia española*, y que, sin ser brutal, discurriendo por los caminos reglamentarios del esfuerzo y la acometivi-

dad, puede alcanzar todavía grandes triunfos para el fútbol patrio.

•••••

A la vista las fechas de los últimos domingos del actual, que verán en París y en Bolonia la actuación de la selección española frente á la francesa y la italiana, vuélvese todo el interés de la afición hacia los grandes partidos, que es preciso ganar para reivindicar definitivamente el deporte hispano aún no liberado del descalabro parisino.

Pero estos partidos inmediatos son de los más difíciles en los que actuará nuestra roja selección. En París, porque los franceses gozan al presente de un conjunto muy mejorado, como lo prueba su empate contra los italianos á 3, y en Italia, porque sobre su terreno la *squadra azzurra* es punto menos que invencible.

JUAN DEPORTISTA



Los concursos atléticos entre los colegiales de Eton.—La prueba de los cien metros lisos, durante las fiestas universitarias, es presenciada por todos los estudiantes luciendo la clásica gorra ó la chistera de las grandes solemnidades

(Fots. Agencia Gráfica)

SEÑOR...

SE APROXIMAN SUS VACACIONES

ES EL MOMENTO de renovar su casa

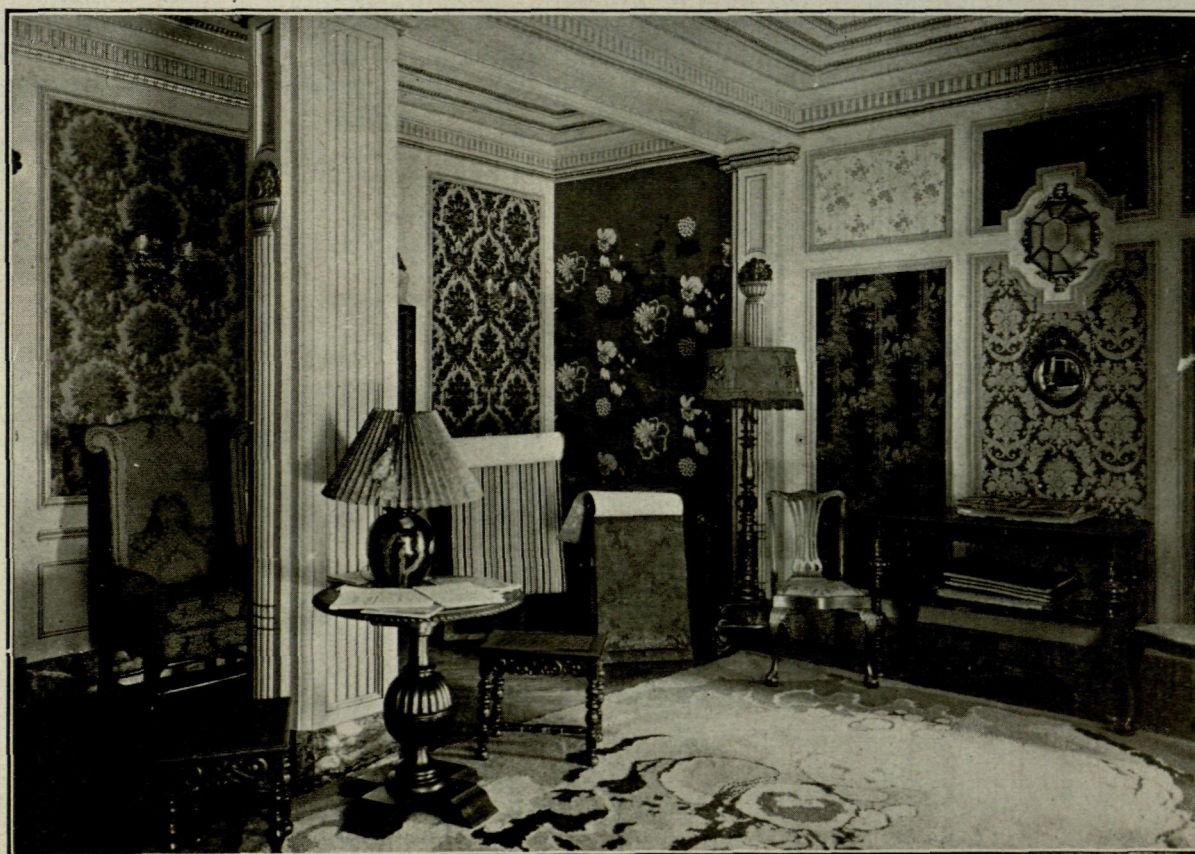
SIN MOLESTIAS, mientras Ud. descansa de su cotidiano esfuerzo, nuestros técnicos, á su vuelta, se encargarán de sorprenderle con ese **bienestar inefable** que proporcionan los aposentos modernizados.

PIDANOS, PREVIAMENTE, CUANTOS PROYECTOS Y PRESUPUESTOS DESEE

SOMOS LOS INTRODUCTORES DE LA DECORACION MODERNA

A BASE DE PAPELES PINTADOS

NUESTRA ESPECIALIDAD EN
REVOCOS DE FACHADA Y PINTADO DE INTERIORES
ESTÁ GARANTIZADA CON LA PRÁCTICA DE MEDIO SIGLO



Un rincón de nuestro Salón-Exposición

SIEMPRE LO MÁS NUEVO

DiAZ

Carmen, 21. - MADRID

Teléfono 12785

Biblioteca de Comunicación
Biblioteca General

SECCIÓN ESPECIAL PARA PROVINCIAS

LA CATÁSTROFE DE NORTEAMÉRICA
LA TERRIBLE INUNDACIÓN
DEL
VALLE DEL MISSISSIPPI



En la fotografía de arriba, tomada á vuelo de pájaro, se contempla la ciudad de Little Rock, en el valle de Arkansas, inundado todo el barrio norte y gravemente amenazado el resto de la población. Abajo, el valle de Arkansas, cerca de la misma ciudad, aparece completamente sumergido. En el centro y parte superior del grabado, las líneas paralelas de árboles marcan el antiguo cauce del Mississippi (Fots. Vidal)



REFIÉRENSE estas notas gráficas á las terribles inundaciones causadas en los Estados del Mississippi y Arkansas por el desbordamiento del caudaloso río americano, que durante la semana última ha originado nuevas é im-

portantes devastaciones. Una de las ciudades donde mayores estragos ha ocasionado el Mississippi ha sido Little Rock, del Estado de Arkansas. Nuestras fotografías dan idea de la magnitud del desastre en la mencionada ciudad de Little

Rock, cuyo barrio septentrional, el más industrial y rico, ha quedado casi destruido. Se calcula que sólo en dichos estados quedan sin albergue, por efecto de la inundación, más de 80.000 personas.

NOTABLE OBRA DE ARTE



Medalla conmemorativa de las bodas de plata de la coronación de S. M. el Rey Don Alfonso XIII, obra del notable y laureado escultor español Antonio Parera. Estas preciosas medallas son fabricadas por la Casa Alfredo Alvarez, de Bilbao

A PROPÓSITO DEL AUTOR DE "CARMEN"

EN un compendio de Historia de la literatura francesa que ha gozado muchos años del apoyo ministerial como libro de texto en los liceos franceses, se leen, hablando de Merimée, estas brevísimas palabras: «(1803-1870) se dió á conocer con algunos cuentos y la novela *Colomba* (1840).»

Para notificar así, de una manera tan desabrida, la personalidad de un gran maestro de las letras francesas contemporáneas, sería conveniente que se omitieran los escritores modernos en esos tratados. Alfige, realmente, ver tratado de ese modo al primer cuentista francés del siglo XIX, precisamente en la nación que más se ha sobresalido siempre en el arte de reflejar escenas de la comedia y la tragedia humanas.

Próspero Merimée, maravilloso cuentista, gran erudito, historiador y arqueólogo, fué también un hispanista concienzudo y de extraordinario mérito. Escribió una *Vida de Cervantes*, y tenía un conocimiento profundo del castellano y sus dialectos; el lenguaje de los gitanos le fué también familiar, y su primer libro, *Teatro de Clara Gazul*, publicado á los veintidós años, fué una perfecta mixtificación literaria, que supone un conocimiento intenso del espíritu de nuestro teatro clásico.

Cumplidos los cincuenta años de la muerte de Merimée, sus obras pasan á ser del dominio público, como las de Balzac y las de Alfredo de Musset lo fueron no ha muchos años. Es sorprendente que de un escritor clásico hace tanto tiempo ningún editor haya publicado, hasta ahora, la serie completa de sus obras. Acaso el motivo resida en que en toda la obra de Merimée predomina un intelectualismo aristocrático que las aleja de las multitudes. Es un maestro del idioma, modelo de sobriedad, exento de sinónimos y de epítetos, nítido en el arte de la expresión como un escritor helénico. Nadie fué capaz de rivalizar con Merimée en el arte de componer un cuento trágico con más sencilla expresión. En esa maravilla que lleva *Carmen* por título, el autor, buen

arqueólogo, como queda dicho, comienza rectificando la topografía de la batalla de Munda. A la vista de esas líneas eruditas, el lector se ve bien distante de la tragedia cuyo desarrollo llano y sin peripecias es un portento de talento que confina con el genio. *Carmen* es el mejor libro escrito en Francia con asunto español, y sería muy difícil buscar otro parecido con asunto semejante en ninguna literatura. Nada tiene de sorprendente que haya inspirado á grandes músicos y poetas.

Colomba, publicada en 1840, es, en Italia, un cuento clásico. Es un estudio del espíritu de venganza en Córcega. Cuando *Colomba* presenta á su hermano Orso la camisa ensangrentada y las balas, ya oxidadas, que mataron á su padre, y se precipita en los brazos estrechándole fuertemente y pidiendo venganza, un estremecimiento nos sobrecoge y se apodera de nuestro espíritu. *Colomba* besa á Orso con una especie de furia; besa las balas y la camisa, y sale de la habitación, dejando á su hermano como petrificado.

Tamango, *Las almas del Purgatorio*, *La partida de Trictrac*, *El vaso etrusco*, *Arsenio Guillot*, *El abate Auboin* y *La visión de Carlos IX*, son otras tantas novelas cortas en que lenguaje y estilo desaparecen para no dejar lugar más que á los personajes, el escenario y la acción, supremo esfuerzo en el arte de la expresión artística por medio de la palabra escrita.

Las horribles escenas de *Tamango* inspiraron á Enrique Heine una de las estrofas más amargas del *Libro de Lázaro*, escrito en los últimos años de su vida.

Merimée viajó por España en los años de 1830 y hacia 1850. En esta segunda expedición conocía ya á la familia de la futura emperatriz Eugenia, emperadora de los franceses, con quien mantuvo amistad cordial toda su vida. Esta relación, que le unía también á Napoleón III, no le inclinó jamás á la cortesana. Se mantuvo independiente, pero siempre noble y lleno de lealtad. Cuando el Emperador intervenía ó pretendía intervenir en

las elecciones académicas, su amigo votaba conforme le dictaba su conciencia, prescindiendo de la presión imperial. La superioridad de Merimée informaba siempre todos sus actos. Muchas veces bastaba su presencia para imponerlos ó llevar las cosas por otro camino distinto.

Los estudios críticos de Merimée sobresalen por el sabor profundo y de primera mano que en todos ellos sobreaunda. Nadie juzgó con más acierto ni competencia mayor las lagunas que ofrece la *Historia de la literatura española*, de Ticknor, ni el método con que la expuso. Había visitado Merimée las principales bibliotecas europeas, donde se guardan libros preciosos y manuscritos singulares que aquí nos faltan, desgraciadamente, por los saqueos, ignorancias y desidias de muchos, entre nuestros gobernantes de antaño.

Fué también, el autor de *Carmen*, un precursor en el estudio de la literatura rusa, cuyo idioma conocía familiarmente, y asimismo sus dialectos. Tradujo muchos cuentos de Gogol y de Pouchkine, entre otros, el titulado *Le coup de pistolet*. Supo asociar magistralmente Merimée la vida de sociedad con el estudio y la fecunda labor artística.

H. Taine, que otorgó este privilegio á muy contados de entre sus contemporáneos, consagró á Merimée un extenso estudio en sus *Nuevos ensayos de historia y literatura*. Analiza en él la perfección que alcanzó el arte de narrar bajo los trazos de su pluma, y le dedica elogios, poco frecuentes en aquel crítico, artista y sabio.

Merimée murió en 1870, víctima del dolor moral que la guerra le produjo. En las últimas cartas que escribió á su amigo Panizzi, director del British Museum, refleja sus amarguras y predice el desenlace de la lucha.

Su preciosa biblioteca la quemaron las turbas de la Commune, que creyeron vengarse así de la amistad de Merimée con la familia imperial.

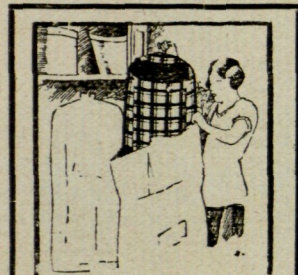
C. R. SALAMERO

¡COMERCIANTES!

por 50 pesetas

le remitiremos 1.000 pay-pays grandes. Bonitos dibujos, palo redondo. Pago á treinta días

Reclamamos -MONTEVIDEO-
Cor.es Catalanas, 548, Barcelona



Saco guardarropa

de papel impregnado, contra la polilla, pesetas 1,50 saco; tamaño 160 por 70 centímetros. Peso, 110 gramos. Se remite por correo certificado enviando 50 céntimos extra para franqueo á Muller y Cia., Fernando, 32, Barcelona. Para la venta en Madrid, Francisco Fernández, Cab.º Gracia, 2; Hijos de M. Grases, Infantas, 28; Atocha, 57 y 59, y Fuencarral, 8; Morales, Carretas, 41.

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista :- Dirigirse á esta Admón., Hermosilla, 57.

El Sr. Templado sigue alabando su señora:



*Es una mujer
que piensa*

Estudia mi apetito y mi bolsillo. El puchero que hace es siempre copioso y delicioso. No compra pedazos de carne enormes, porque tiene siempre una lata de Caldo Maggi en cubitos á mano.—Sabe que, usando estos cubitos, ya no hay sopas insípidas.

El Caldo Maggi puede ser servido con confianza á la persona más exigente. Posee un sabor fino muy agradable al paladar. A quien lo conoce, sólo su recuerdo despierta el apetito.



A petición hecha por carta al Representante General en España, D. Gastón G. Rivals, Ronda de San Pedro, 27, Barcelona, se regalará un interesante Libro de Recetas culinarias domésticas muy prácticas.



LOS MEJORES
RETRATOS Y
AMPLIACIONES

Díaz Casariego

Fernando VI, 5, planta baja
MADRID

INGENIERIA Y CONSTRUCCIÓN

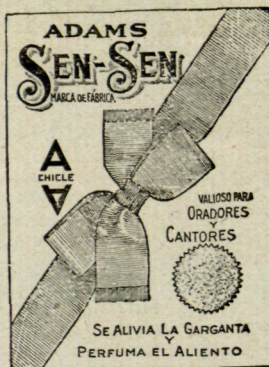
REVISTA MENSUAL IBEROAMERICANA

Viene a ocupar un puesto que había vacante entre las revistas técnicas, no viene a competir con ellas. Su orientación es diferente a todas las demás y su presentación única. Se ocupará principalmente de

- ~ Ingeniería civil,
- ~ Minas y metalurgia,
- ~ Electricidad y mecánica,
- ~ Agricultura y montes.

Su objeto es ser el elemento auxiliar del técnico y del industrial, y su modesto precio de suscripción (30 pesetas año) está al alcance de todo el mundo.

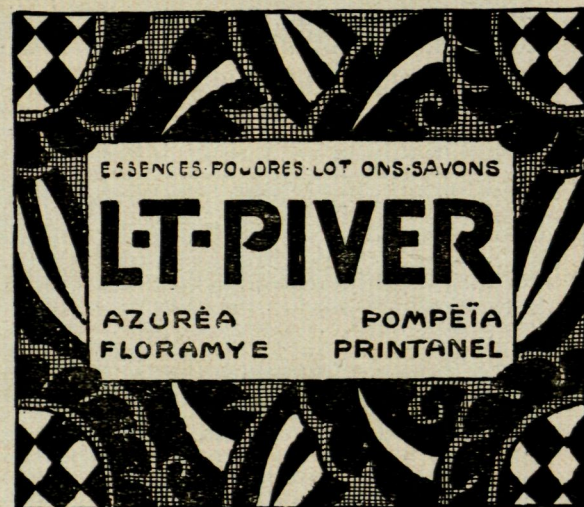
APARTADO DE CORREOS 4 003
LARRA, 6 MADRID



Las pastillas aromáticas
SEN-SEN
se venden en todas partes
á 40 cént. paquete.

"PUBLICITAS"

Administración de la publicidad de
PRENSA GRAFICA
Avenida Conde Peñalver, 11.—MADRID



REDACCIÓN TELEFONOS ADMINISTRACIÓN
50.009 DE 51.017
PRENSA GRAFICA

APOPLEJIA -PARALISIS-

Angina de pecho, Vejez prematura y demás enfermedades originadas por la Arterioesclerosis e Hipertensión. Se curan de un modo perfecto y radical y se evitan por completo tomando

RUOL

Los síntomas precursores de estas enfermedades: dolores de cabeza, ramba o calambres, zumbidos de oídos, falta de tacto, hormigueos, vahidos (desmayos), modorra, ganas frecuentes de dormir, pérdida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, hemorragias, varices, dolores en la espalda; debilidad, etc., desaparecen con rapidez usando Ruol. Es recomendado por eminencias médicas de varios países; suprime el peligro de ser víctima de una muerte repentina; no perjudica nunca por prolongado que sea su uso; sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, continuando la mejoría hasta el total restablecimiento y lográndose con el mismo una existencia larga con una salud envidiable.

VENTA: Madrid, F. Gayoso, Arenal, 2; Barcelona, Segalá, Rbla Flores, 14, y principales farmacias de España, Portugal y América

Para anunciar en esta Revista,
dirijase á la Administración de
la Publicidad de Prensa Gráfica

Avenida Conde de Peñalver, 13, entlo.
Apartado 911. Telef. 16.375. MADRID

PUBLICITAS

Casa en Barcelona: Pelayo, 9, entlo.
Apartado 228. Telef. 14-79 A.

**SEÑORAS. EL FLUJO Y ENFERME-
DADES DE LA MATRIZ
SE CURAN CON
LAS IRRIGACIONES DEL DR. VALLEY.**
USARLAS POR HIGIENE Y PARA EVITAR CONTAGIOS.

**MAQUINARIA
DE UNA**

FABRICA DE HARINAS

**SISTEMA MODERNO
Y COMPLETAMENTE NUEVA**

SE VENDE

Dirigirse á D. José Briales Ron
Puerta del Mar, 13 MÁLAGA



Agentes para la venta en España:
COMERCIAL ANONIMA. — VICENTE FERRER — BARCELONA

FOTOGRAFÍA

ALFONSO
Fuencarral, 6 - MADRID

Maravillosa Crema de Belleza - Inalterable - Perfume suave.

REINE DES CRÈMES

DE J. LESQUENDIEU PARIS

CREMA de TOILETTE INDISPENSABLE PARA SEÑORAS Y CABALLEROS

De venta en toda España. Agente: J. ROS & Cuesta Santo Domingo. MADRID

Lea Ud. MUNDO GRAFICO

SE VENDEN los clichés usa-
dos en esta Re-
vista -:-: Hermosilla, 57

**PROFESOR QUE ENSEÑA
A ESTUDIAR**

D. Antonio Farré Calzadilla,
Licenciado en Derecho, profesor espe-
cialista en alumnos poco habituados
al estudio,

LES ENSEÑA A ESTUDIAR

Únicamente admite alumnos
del Bachillerato Universitario,
sección de Letras, y de la
carrera de Derecho.

CALLE DE NARVAEZ, NUMERO 9
(junto á la Avenida de la Plaza de Toros)
MADRID

CANAS



INVENTO MARAVILLOSO
para volver los ca-
bellos blancos á su
color primitivo á los
15 días de darse una
loción diaria con el
Agua de Colonia LA
CARMELA. Su ac-
ción es debida al oxi-
geno del aire, por lo
que constituye una
novedad. Inofensiva.
Venta todas partes.



Santiago Luengo Rodriguez

VINOS, ALUBIAS Y PATATAS

LA BAÑEZA (León)

Dr. Bengué, 16, Rue Ballu, Paris.



Agentes exclusivos de esta publicación
en la ISLA DE CUBA:

"LA MODERNA POESÍA"

Pi y Margall, 135-139
HABANA

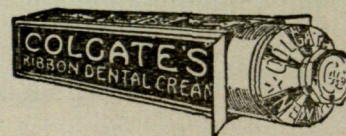


**Damas y Caballeros compran
más que ningún otro**

este notable dentífrico que conserva los dientes
sanos, brillantes y limpios.

¿Por qué? Porque la limpieza que produce
el dentífrico de Colgate es tan evidente, que
materialmente puede sentirse tan luego como
se acaba de usar la Pasta.

Al humedecerla y pasarla con el cepillo por
los dientes, forma sobre estos, las encías y en
toda la boca una espuma que limpia los dientes,
purifica la boca y hace desaparecer las causas
de las caries dentales.

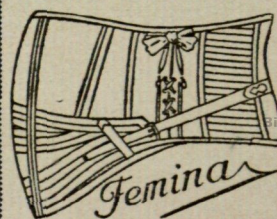


Teléfonos de Prensa Gráfica

REDACCIÓN

ADMINISTRACIÓN:

50.009 51.017



es la faja á presión graduable, impres-
cindible para EMBARAZO. Puede
y debe utilizarse desde el primer mo-
mento para conseguir un parto nor-
mal. Prescrito por especialistas y
profesoras en par os. ¿Le interesa á
usted un detalle gráfico? Pida fo to-
grafía adjuntando selo co: reo 0.35, á

INSTITUTO ORTOPÉDICO
Sabaté y Alemany, Canuda, 7
BARCELONA

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES



**BROTANIL
SEVILLA**

Supongamos que usted lee este anuncio...
Y supongamos también que usted padece una calva incipiente y prematura ó que debido á su abandono tiene la cabeza totalmente desprovista de cabello. Supongamos que no bien leído el anuncio compra usted un frasco de

"Brotanil Sevilla"

y entonces... se acabaron las suposiciones, porque á partir de ese momento puede afirmarse categóricamente que usted volverá á recobrar el pelo perdido si observa constancia en el tratamiento, pues no olvide que el

"Brotanil Sevilla" es el único producto de rigurosa base científica que cura la calvicie

Diploma, Gran Premio, Cruz-Insignia y Medalla de Oro en la Exposición de Bruselas, 1925
Diploma de Honor y Medalla de Oro en la Exposición de Roma, 1925
Diploma de Honor en la Exposición de Jerez, 1925, con asistencia de SS. MM

6 pesetas frasco más el timbre
En buenas perfumerías

Si no lo halla en su localidad, pídale al distribuidor exclusivo para España:
F CINTO, calle Ruiz - MADRID
remitiendo 8 pesetas por Giro Postal y lo recibirá franco de porte

UNIVERSITAT DE BARCELONA

UB
de Comunicació
eroteca General

137